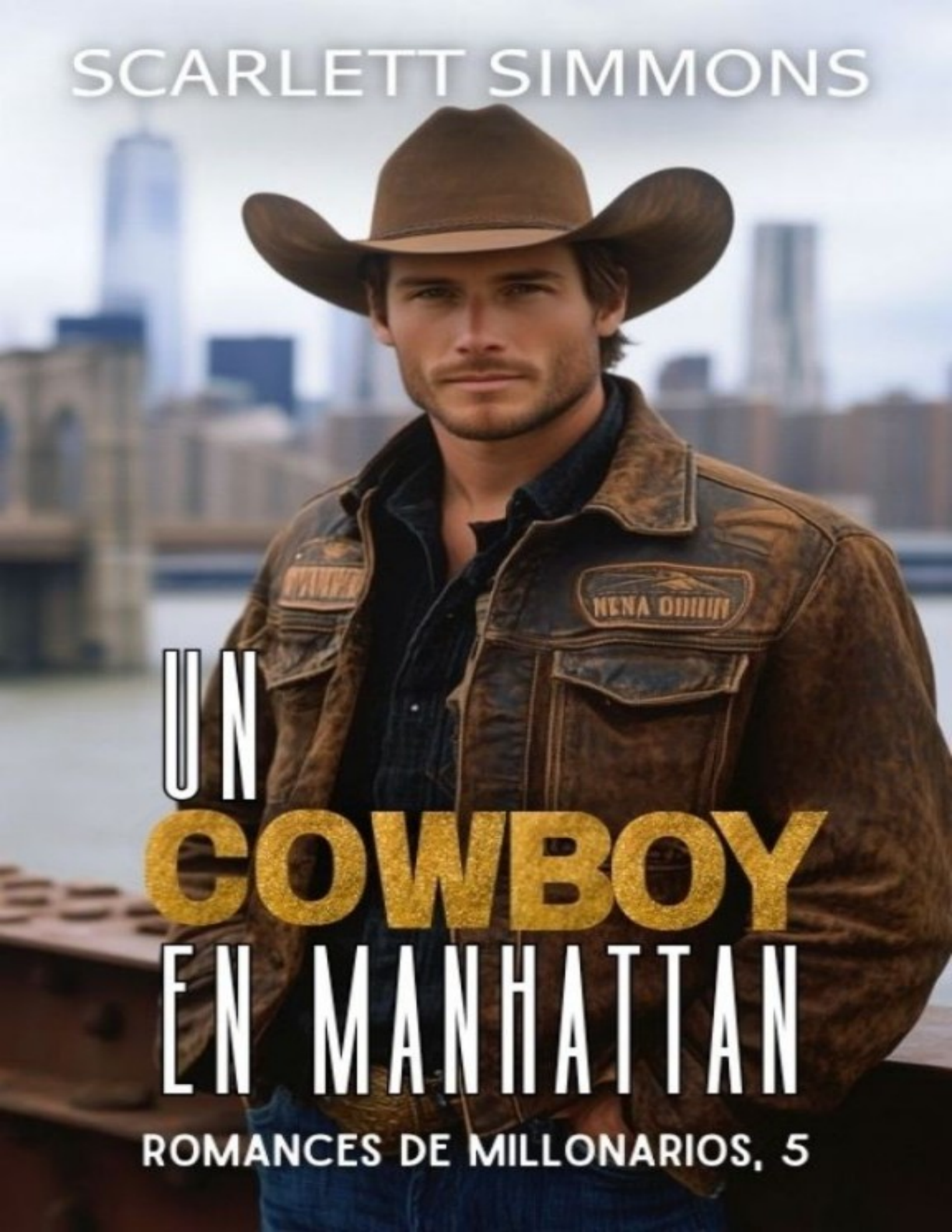
SCARLETT SIMMONS



UN COWBOY EN MANHATTAN

ROMANCES DE MILLONARIOS, 5

Un cowboy en Manhattan

Scarlett Simmons

Serie: Romance de millonarios (5)

Derechos de autor de @ScarlettSimmons, 2025
Maquetación y cubierta: Scarlett Simmons
Imagen de cubierta generada por IA (MidJourney)
Distribuido por Amazon
Registrado en CEDRO
Todos los derechos reservados, solo pertenecen a la autora.
Los hechos, algunos lugares y personajes aquí relatados son ficticios en su totalidad y cualquier semejanza a la realidad se debe a la más pura casualidad.
No se permite la reproducción parcial o total de este libro ni su incorporación a ningún archivo digital ni plataforma de venta sin el consentimiento escrito de su autora. Cualquier infracción de los derechos de autor y propiedad serán constitutivos de delito (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com o 917021970).

Serie Romance de Millonarios

Scarlett Simmons

La serie Romance de Millonarios recoge historias en las que el protagonista es un hombre acaudalado y rico, que vivirá en diferentes situaciones en busca o huida del amor.

En esta quinta entrega nos encontramos con un *friends to lovers.* Travis McKenzy es un ranchero que se ha hecho rico gracias a la carne premium que vende. Llega a Nueva York en busca de una agencia que le ayude con la publicidad. Alli se encuentra a la que fue su mejor amiga, en plena crisis, y que se fue a la gran manzana hace diez años. Los mismos que llevan sin verse. Megan no se puede creer lo guapo que se ha puesto su amigo y él no soporta la tristeza de la mirada de ella.

Dudas, cambios y encuentros pasionales se mezclan en esta novela romántica en la que la amistad se mezcla con el deseo que nace entre Travis y Megan. ¿Pueden los antiguos mejores amigos ser otra cosa? ¿Les atrae algo más que los recuerdos y la compasión?

Todas mis novelas son autoconclusivas e independientes, por lo que puedes leer en el orden que desees, aunque puede que unas te gana *spoiler* de otras, lo importante es la historia.

Encuéntralas aquí:



Sobre mí

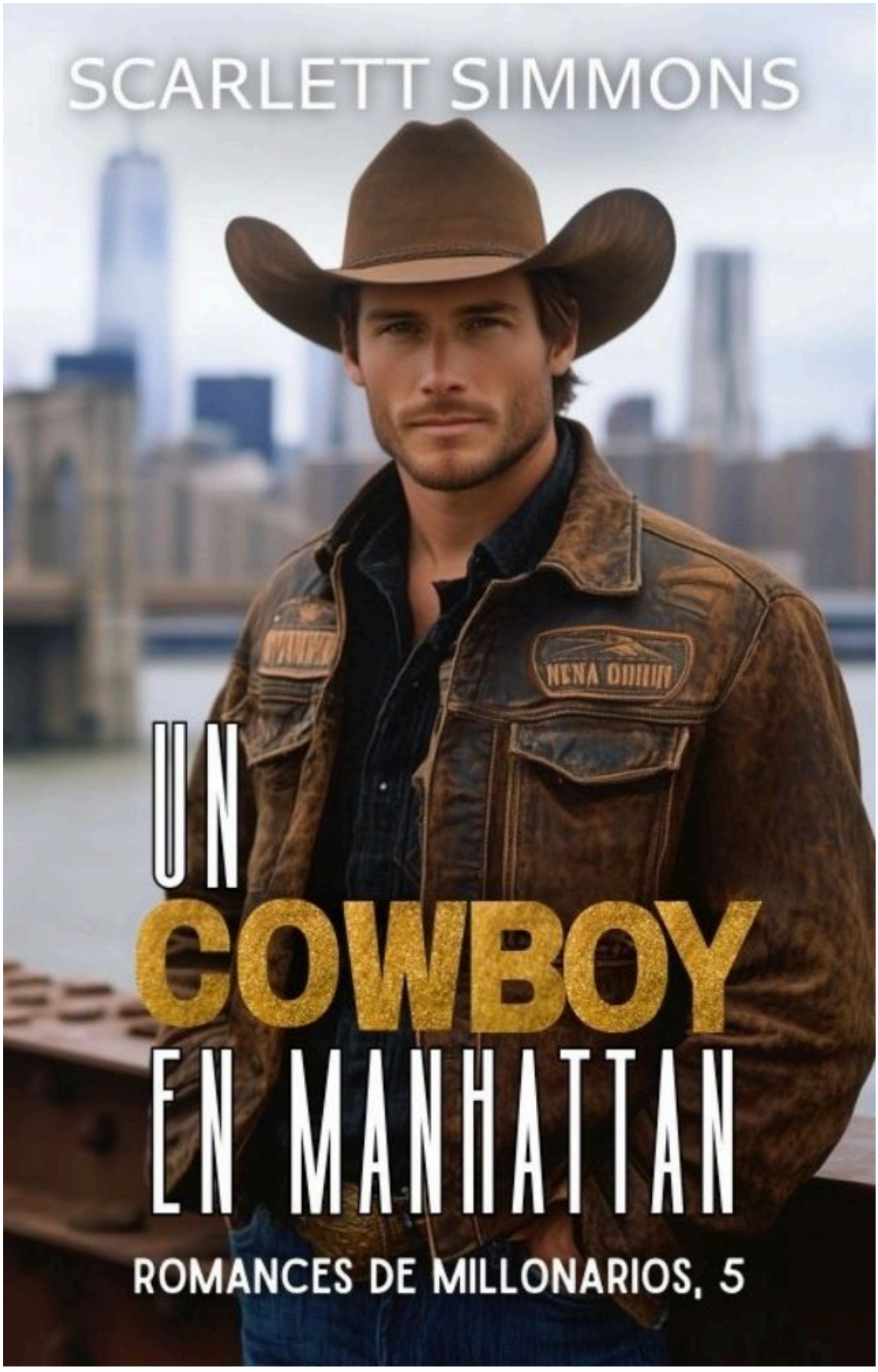
Soy **Scarlett Simmons**, escritora de novela romántica contemporánea *spicy*, de origen europeo y alma ardiente. Escribo mis fantasías siempre que puedo, pero no me había planteado publicar hasta que una de mis amigas disfrutó tanto con la lectura de mis novelas que he decidido sacarlas a la luz, poco a poco, para que tú también las goces.

Te invito a sumergirte en mundos vibrantes de frenesí, delirio y fogosidad envueltas por toneladas de tensión y amor. Pero a nadie se lo regalan. Mis personajes se enamoran y luchan por el amor en distintas circunstancias.

Sígueme en mi cuenta de autora de **Amazon** y sé la primera en enterarte de las nuevas publicaciones.



S.S.


SCARLETT SIMMONS
UN
COWBOY
EN MANHATTAN
ROMANCES DE MILLONARIOS, 5

Capítulo 13
Megan3
Capítulo 26
Megan6
Capítulo 310
Travis10
Capítulo 414
Travis14
Capítulo 620
Megan20
Capítulo 725
Megan25
Capítulo 829
Megan29
Capítulo 934
Travis34
Capítulo 1039
Megan39
Capítulo 1142
Megan42
Capítulo 1246
Travis46
Capítulo 1351
Megan51
Capítulo 1455
Travis55
Capítulo 1560
Megan60
Capítulo 1666
Travis66
Capítulo 1770
Megan70
Capítulo 1875
Travis75
Capítulo 1980
Megan80

Capítulo 2085
Megan85
Capítulo 2193
Travis93
Capítulo 2296
Megan96
Capítulo 23103
Travis103
Capítulo 24107
Megan107
Capítulo 25112
Travis112
Capítulo 26117
Megan117
Capítulo 27121
Travis121
Capítulo 28125
Megan125
Epílogo129
Megan129

Capítulo 1

Megan

No hay nada como despertarte con un mensaje de voz a las cuatro de la madrugada que empieza con: «Lo siento, me he equivocado», y dejarte con los ojos abiertos el resto de la noche, sin poder dormir. Esas noches que pasas revisando, sin querer, en qué se ha convertido tu vida y recordando que la cena del día anterior fue un polvazo, al que le siguió una botella de vino en solitario porque él, otra vez, se largó corriendo.

No he pegado ojo y, sin embargo, aquí estoy. Lunes por la mañana, el pelo con un recogido con una pinza con la idea de peinarme en la oficina, las gafas de sol que no me quito ni dentro del metro, y la necesidad urgente de ingerir café intravenoso a pares.

El ascensor de la agencia abre sus puertas y una voz, con el sonido robótico y amable de siempre, lo anuncia como si no lo viéramos. Sí, odio esa vocecita de máquina, y con la resaca de hoy, más aún. El mármol brillante del pasillo se me clava en los ojos, la atmósfera revela lujo y presume de dinero, y todo el mundo se comporta como si lo de dormir fuera una costumbre asentada para todos menos para mí. Manhattan a las ocho y media de la mañana es una coreografía perfecta de prisas y gente que no se choca a pesar de caminar sin mirar al frente.

Hago lo mismo. Voy por el pasillo con mi café en un vaso de cartón en la mano, simulando que no me importa estar aquí como cada mañana. No, lo que en realidad finjo es que no me importa haber vuelto a acostarme con Blake, mi jefe, el viernes y anoche, y

aparento que no escuché su «te prometo que esto cambiará pronto» por quinta vez en seis meses. Estoy harta de fingir.

Sabía que enamorarme de un hombre casado tenía efectos secundarios, pero no calculé que duraran tanto. A estas alturas, Blake ya debía de estar divorciado y viviendo una segunda luna miel a mi lado. Cada día que pasa, siento que ese sueño está más lejos.

—¿Has oído lo del cliente nuevo? —pregunta Jasmine en cuanto me ve aparecer por el pasillo antes de que me siente en mi refugio dentro de la oficina—. Recién llegado del lejano oeste, según cuenta Lucy. Ha entrado en recepción como si necesitara ensillar un caballo, pero dice la bruta de Lucy, que es él el que está para montar —se ríe de su propio chiste.

—¿Qué dices? —me dejo caer en mi silla, simulando un interés que no tengo. Solo quiero meter la cabeza en mi ordenador y dejarme engullir por el trabajo, la mejor evasión que conozco. No estoy para nadie.

—Te aviso de que esta mañana ha llegado un *briefing* urgente para el equipo de dirección. Un cliente nuevo que va a entrar directamente con campaña de *branding*. Importante, al parecer. Si no hubieras llegado tarde, te habrías enterado.

—¿Y por qué me hablas con ese tono?

—Porque menudo careto llevas, Megan. Parece que no has dormido en todo el fin de semana. ¿Algún ligue que te ha dejado seca?

Odio a Jasmine. Además de cotilla, es mala persona y tira a dar. A pesar de eso, es lo más cercano a una amiga que tengo en este trabajo. ¿Ligue? Si ella supiera. Nuestra amistad, o lo que sea, no alcanza para que le cuente con quién me veo, porque no están permitidas las relaciones personales dentro de la empresa.

—Algún estúpido que se ha equivocado de número y me ha despertado en mitad de la noche. El capullo me ha desvelado.

—Vale, lo que tú digas, culpa tuya por no poner el teléfono en silencio. Bueno, a lo que iba, me muero por ver al nuevo cliente. Si es como dice Lucy, se te va a quitar el sueño en cuanto lo veas; parece un espectáculo de hombre —ríe de una manera tan escandalosa que los pinchazos de mi cabeza aumentan más si cabe.

—No te sigo. ¿Por qué dices eso? —acierto a decir y me arrepiento. Lo que menos me apetece ahora es una conversación superficial. Vale, ni intensa ni de ningún tipo. Solo deseo silencio.

—Porque nadie sabe quién es, pero Lucy lo ha visto en recepción, que parece que no me escuchas, tía. Dice que parecía salido de un rancho de ganado. Camisa de cuadros, sombrero, botas, cinturón con hebilla y todo. Lo han dejado esperando y se ha quedado ahí, tan pancho, nada desubicado, como si Manhattan fuera su casa y está claro que no lo es. Dice Lucy que se le han caído las bragas al verlo y que nunca ha visto a un tío tan bueno en su vida.

—¡Vaya! ¿Y no preguntaste el nombre? Podrías buscarlo en Internet. Por alegrarnos la vista, digo… —Solo quiero que tenga algo que hacer y me deje en paz, pero no funciona.

—¿Y arruinar el misterio? Ni loca. Solo sé que tiene una reunión con Scott esta mañana. En cualquier momento aparece por aquí, ya lo verás.

Bebo un trago largo de café, como si eso pudiera bajarme el nudo del estómago. Estoy demasiado cansada para chismes y, sin embargo, hay algo en la historia que me deja con una incomodidad extraña.

Jasmine sigue hablando. La oigo como si estuviera bajo el agua.

—…lo que te digo, que dice que está bueno. Muy bueno. Según Lucy, tiene ese rollo de paleto interesante que te rompe las bragas con la mirada. Digo yo que no será tan paleto si requiere los servicios de una agencia como esta. Lo otro, lo de romper bragas, quiero comprobarlo por mí misma.

—¿No estarás exagerando?

—Yo nunca exagero con los guapos. Los respeto demasiado. Y si Lucy lo dice, me lo creo.

Sonrío, pero no digo nada más. Me concentro en mi pantalla, aunque no leo una palabra de lo que tengo delante. Pienso en Blake y en sus promesas que nunca cumple. En su mujer y su hijo. Me recuerdo que anoche, después de que se fuera, me prometí a mí misma que sería la última vez. Hasta me bebí una botella de vino yo sola para celebrar mi decisión, como si fuera la primera vez que la tomaba. Así estoy ahora.

Pero esta vez pienso cumplirla.

Justo en ese momento, se oye un murmullo en la entrada. No me giro, no necesito hacerlo porque sé que es él. El cliente misterioso del que llevan hablando toda la mañana. El vaquero que resulta exótico en Manhattan, pero no para mí que me crié en un rancho. Veo a Jasmine a mi lado estirando el cuello como una adolescente en un concierto.

—Madre mía —dice en voz baja—. Que alguien me pase una botella de agua bendita, porque este hombre es pecado puro.

—Voy a por café —respondo, levantándome con una calma que no siento, solo como excusa para alejarme del bochornoso espectáculo de mis compañeras.

Hay una parte de mí, una parte terca y dolorosamente familiar, que tiembla sin saber por qué. Me fui de Willow Creek, el rancho en

el que trabajaban mis padres, porque me ahogaba en el pueblo. El día que me admitieron en la universidad de Nueva York fue el más feliz de mi vida y, aunque no ha sido fácil, he conseguido abrirme un hueco en el mundo de la publicidad, en la empresa de Blake y Scott Walton, y no solo porque me acueste con uno de ellos.

Capítulo 2

Megan

No entiendo por qué la gente tiene tanta energía los lunes. Quiero decir, ¿han aprendido a alimentarse de rayos solares o algo por el estilo? Porque yo, honestamente, funciono solo con café, aunque me gustaría más un lunes en el que no tuviera que olvidar las promesas rotas y el nivel de rencor que me asfixia y que, a este paso, me va a provocar una enfermedad.

—¿Lo has visto ya? —me susurra una compañera de contabilidad, a la que apenas conozco, cuando nos cruzamos en la zona común.

Respiro hondo. Cuento hasta cinco y sonrío sin mostrar los dientes.

—¿A quién?

—Al cliente nuevo. El *cowboy*. Está reunido con dirección, pero dicen que va a quedarse varios días. Necesita una campaña completa. *Branding*, identidad visual, medios… le va a costar un pastón porque, además, no tiene ni idea de estas cosas y ya sabes cómo son los Walton, seguro que le sacan más de lo que cuesta —baja la voz como si estuviéramos en una película de espías—. El tío está tremendo, no me creo que todavía no lo hayas visto.

Perfecto. Siguen todas con el tema que ya ha pasado a la lista de cosas que no me importan esta mañana: la llegada del Príncipe del Rancho. A ver, que no tengo nada contra los *cowboys*. Fui criada entre ganado, barro y rodeos en el rancho Willow Creek, el más grande de Cedar Valley. Me sé el sonido que hace un caballo al resoplar de pura pereza y lo que cuesta quitar el olor a establo de la

ropa interior si la dejas secando cerca del granero. O si te has revolcado en él con…, dejémoslo.

Pero eso fue otra vida. Otra Megan. Y ahora mismo, la Megan actual tiene problemas más importantes de los que preocuparse que un vaquero millonario, por muy guapo que sea, y que sus compañeras han elegido como *crush* de la semana. Por ejemplo, me preocupa más saber por qué el imbécil de Blake me lleva ignorando toda la mañana.

Sí, lo he visto. He pasado a diez metros de él en recepción y no ha levantado la cabeza del móvil. Ni un gesto. Ni una mirada. Ni un puto hola. Como si no hubiéramos estado follando hace unas horas, aunque actúe como si no me conociera de nada. Eso tras haberse acostarse conmigo dos veces este fin de semana y después de decirme por mensaje que «lo siente, que lo va a solucionar». Soy una imbécil porque seguro que nunca se va a separar de su mujercita, y menos por mí.

¿Y qué hago yo? Me escapo al baño como una colegiala despechada, me meto en el cubículo del fondo y me miro en el espejo mugriento como si ahí fuera a encontrar la respuesta a mi desquicie emocional. Pero no. Solo encuentro una ojera con forma de croissant y la los mechones que se me escapan de la pinza porque aún no me he peinado. ¿Se pede tener peor pinta?

—Eres idiota —me digo a mí misma en voz baja.

Una voz al fondo del baño responde:

—¿Perdona?

Me sobresalto. Genial, Megan. Ahora también hablas sola en baños públicos y te pillan. El colmo de la idiotez.

—Perdón. Ensayaba una línea para un anuncio de pastillas para la autoestima —improviso, saliendo con una sonrisa falsa.

La mujer me mira como si estuviera loca. Bravo. Me viene bien ese *look*.

El resto de la jornada se me va en un eterno bucle de intentar no pensar en Blake, fallar estrepitosamente, revisar campañas, enviar correos, borrar correos y volver a escribir los correos que he borrado, porque tenía demasiado tono pasivo-agresivo. Lo normal en una perdedora.

Hasta que llega la hora del *briefing* general al final de la mañana, donde reparten los proyectos de la semana.

Todos vamos como borreguitos a la sala de reuniones grande. Yo me acomodo al fondo, como siempre. Jasmine se sienta a mi lado y me da un codazo que me saca de mi burbuja.

—Está a punto de entrar —susurra.

—¿Quién?

—El vaquero, que pareces tonta. No sé qué demonios te pasa hoy, tía. Scott quiere que lo conozcamos porque ha contratado varios proyectos. Este tío nos salva el trimestre, ya verás —sonríe emocionada mientras da palmas silenciosas con las manos delante de la cara.

El *cowboy* entra con cierta timidez, escoltado por el jodido de Blake y por Scott. Parecen tres modelos, cada cual más guapo. Yo hago caso omiso de Scott y del *cowboy*, y me quedo mirando en exclusiva a mi odiado amante, con toda la ira de que soy capaz, sin fijarme en nada más hasta que nos piden silencio.

—Os presento a Travis MacKenzie, nuestro nuevo cliente con quien vamos a trabajar durante los próximos meses…

No escucho nada más desde que mi mirada ha ido de mi odiado amante y jefe, Blake, a nuestro nuevo cliente cuyo nombre es más

que dos palabras que conozco demasiado bien. De pronto solo tengo ojos para el *cowboy* buscando en su mirada algo del aquel niño que fue mi mejor amigo en otra vida. Siento que alguien me ha dado un puñetazo emocional entre el pecho y el estómago. Han pasado diez años y dudo que sea él, tal vez es coincidencia, hay muchos Travis en Arizona, y muchos MacKenzie. Este es más alto, más ancho, más guapo de lo que mi memoria hubiera sido capaz de imaginar. Sin embargo, esos ojos…, sé que es él y, a la vez, me digo que no puede ser.

Nuestro nuevo cliente mira alrededor. Su presencia es tranquila, poderosa, como si le diera exactamente igual estar rodeado de urbanitas cargados de sarcasmo, mujeres salivando con las bragas bailando y café de especialidad. Tiene la piel dorada por el sol, una barbilla de esas que podrían partir nueces y un aura de suficiencia que no sé si es orgullo o timidez. No pega nada un *cowboy* con pinta de *cowboy* real —no disfrazado— en una de las torres más altas y distinguidas de Manhattan.

Los murmullos empiezan a recorrer la sala, como si se hubiera colado un actor de una serie de vaqueros muy *hot*. Scott se levanta y le da la mano de forma ceremonial, simbolizando el trato, como si de verdad supiera qué hacer con un cliente que huele a hierba fresca en lugar de a Wall Street.

Yo no digo nada. Trago saliva mientras resbalo el culo hacia delante para hundirme un poco más en mi asiento. Porque ahora que lo tengo a veinte metros, empiezo a recordar las tardes junto al lago, las carreras de caballos improvisadas en el rancho de sus padres, las guerras de barro y la tristeza de sus ojos cuando me marché.

Travis MacKenzie.

El chico flacucho que no sabía hablar con chicas y me regaló mi primer beso bajo un cielo lleno de estrellas junto a los sauces. Pero

no, estoy demasiado cansada y solo veo visiones. No puede ser él.

Él nunca habría salido de Willow Creek. Él… él no era así.

Se gira. Mira la sala. Su recorrido se detiene en mí y sonríe, primero con expresión de duda, achinando los ojos para ver mejor, luego con algo parecido al interés. La reunión es breve y él la pasa mirando al fondo, donde estoy sentada. Cuando se levantan, me hago la remolona para salir la última esperando que él se vaya con los hermanísimos, que siempre salen los primeros. Pero no lo hace. Me giro para coger el bolso de la silla y su voz me llega grave por la espalda.

—¿Megan? ¿Eres tú?

Pum. Mi estómago da un vuelco. Jasmine me da otro codazo y yo parpadeo como si no fuera conmigo. De pronto, el problema Blake ha pasado a segunda posición. Ahora en mi cabeza solo está Travis MacKenzie, en un lugar que no es el suyo. ¿Qué hace un *cowboy* en Manhattan?

Capítulo 3

Travis

Nunca imaginé que me encontraría con Megan en una empresa como esta. Sabía que trabajaba en Manhattan, claro, y no dudaba de que hubiera llegado a un puesto alto. Siempre fue lista, decidida y con ese punto de sarcasmo que derribaba a cualquiera. Aunque es cierto que en mi mente revoloteaba su nombre, jamás pensé que me la encontraría en una ciudad de millones de habitantes. No voy a negar que me pasó por la mente llamarla, pero después de tanto tiempo sin saber el uno del otro, ¿se acordaría de mí? Decidí que era mejor dejar las cosas como se quedaron y no molestarla en su vida de urbanita. Sí, a pesar de lo que fuimos. Porque después de dejar de escribirnos, de aquellas cartas que fueron menguando hasta desaparecer, yo me obligué a no pensar más en ella y hacer mi vida sin flagelarme por lo que pudo ser y no fue.

La sorpresa es que está aquí. En la última fila de una sala de reuniones que huele a lujo, con cuadros clásicos y dispositivos caros. En un edificio de cristal en el corazón de la ciudad, donde todo el mundo parece caminar a diez centímetros del suelo y nadie pisa un charco desde hace años ni tiene callos en las manos.

Cuando vi su nombre en la presentación, el corazón me dio un golpe contra las costillas que ni los rodeos más salvajes. Pensé que me lo había imaginado. Que era una coincidencia de la que me reiría más tarde. Hay muchas Megans en el mundo. Pero no hay muchos ojos como los suyos. Y no me equivoco.

Cuando se levanta al final de la reunión, me abro paso entre la gente. Todos se despiden de mí con una sonrisa, con el entusiasmo profesional que solo se usa cuando alguien viene cargado de dinero

y proyectos, como es mi caso. Yo asiento, sonrío, pero tengo la vista fija en ella.

—¿Vamos? —me dice Scott, dándome paso delante de él.

—Ahora salgo, gracias. —Lo dejo ir porque me he dado cuenta de que ella se ha quedado rezagada y eso solo puede ser porque me ha reconocido, o lo intuye, a pesar de lo que sé que he cambiado desde la última vez que nos vimos.

—¿Megan? —pregunto, justo cuando se da la vuelta para coger su bolso—. ¿Eres tú?

Se detiene un segundo y se gira lentamente. Durante un instante, el tiempo parece aflojar el paso.

Me mira como si no supiera si creerlo o salir corriendo. La reconozco en ese gesto. Siempre le costó disimular la sorpresa. Tiene el pelo medio recogido, un mechón rebelde en la frente y esa expresión entre incrédula y contenida que no ha cambiado ni un milímetro. Me alegro de ver que no va tan arreglada como las demás, a las que les sobran capas de maquillaje y superficialidad. Al menos en eso no ha perdido su autenticidad sureña.

—Travis… —susurra, más como una pregunta que como una afirmación.

—Vaya, aún te acuerdas de mí.

—Llevo dudando toda la reunión. Todavía no estoy segura de estar despierta —responde y, por un segundo, su sonrisa se asoma, pequeña, tímida. Después, retrocede—. ¿Qué haces aquí?

Antes de que pueda contestar, aparece una chica que se planta a su lado de manera un tanto forzada y unos tacones que suenan a prisa.

—Hola, soy Jasmine —dice, con una sonrisa estudiada y los ojos brillando de interés—. Encantada. Megan, ¿todo bien?

Megan asiente con un leve movimiento de cabeza, todavía sin apartar los ojos de mí. Jasmine me ofrece la mano.

—Travis MacKenzie —saludo con cortesía.

—Lo sé —responde ella, algo nerviosa—. El vaquero millonario. Vas a dar mucho juego por aquí.

—Eso dicen —respondo con una sonrisa fría, mientras Megan me lanza una mirada de advertencia.

—Adelántate, Jasmine, es un viejo conocido —le aclara a su amiga y esta, con gesto de fastidio, se despide con la mano y desaparece.

—¿Tomamos algo? —le propongo sin rodeos—. Si tienes tiempo. Me vendría bien un café después de tanto protocolo y así nos ponemos al día. Este ambiente es demasiado frío para mi gusto.

Ella duda. Me mira como si aún no supiera si esto es una broma de mal gusto o una coincidencia astronómica. Pero luego asiente.

—Vale. Por un café no se acaba el mundo. ¡Oh! Ha sonado fatal, no lo digo por ti sino por el trabajo. Todavía me quedan unas horas aquí.

Salimos al pasillo justo cuando Scott aparece para recordarme la cena de bienvenida.

—Travis, recuerda que esta noche tenemos reservado en Osteria Central. Vendrá el equipo creativo. Nada formal. Bueno… casi. ¿Te parece bien? Podemos enviar un coche a tu hotel sobre las siete y media.

—Perfecto. ¿Os importa si viene Megan?

Scott se gira hacia ella, como si no supiera que está justo ahí.

—Me encantaría que vinieras —acepta con fastidio—. Tu experiencia nos va a venir muy bien para plantear el enfoque de la campaña.

Ella asiente sin entusiasmo. Pero no dice que no. Y eso compensa todo lo rancio que me parece Scott y una cena que no me apetecía, hasta ahora.

—Gracias, Scott. Con tu permiso, le he pedido que me acompañe a tomar un café.

Él acepta a regañadientes, no tiene más remedio después del contrato con muchos ceros que acabamos de firmar. En el ascensor, nos acompaña un silencio absurdo. Es más bien como si ambos estuviéramos volviendo a ubicarnos en un mapa que ya conocíamos, pero con ciudades nuevas en el medio. Caminamos por una calle lateral hasta dar con una cafetería discreta, con ventanales amplios y olor a espresso recién molido. Pedimos en la barra y nos sentamos en una mesa junto a la ventana.

Megan se desabrocha el abrigo y se acomoda sin prisa, está nerviosa, lo presiento. Sus manos rodean la taza como si le ofreciera consuelo.

—Nunca imaginé que te vería en pleno Manhattan; eres la última persona que esperaba ver aquí. Siempre has amado el campo —dice, por fin.

—Estamos empatados. Yo nunca imaginé que tú saldrías del rancho. Aposté a que en unos meses volverías al pueblo y está claro que me equivoqué. Te has convertido en una neoyorquina más. ¡Mírate! ¡Quién lo diría!

—No sé si eso es un piropo o no. Bueno, supongo que a ambos nos ha pillado por sorpresa.

—Sí, supongo que sí. Dime, ¿cómo estás?

—Depende del día. Hoy… —se encoge de hombros—. Asombrada, confundida y cansada. No he dormido muy bien y necesito extra de cafeína —añade levantando la taza de café.

—¿Y el resto del tiempo?

—Trabajando. No hay mucho más que contar. Acabé la carrera y entré a trabajar con los *hermanísimos,* como les llamamos entre nosotros, como becaria. Hasta hoy que soy adjunta de dirección de Walton Publisher.

Se calla, como si le costara verbalizar todo lo que hay detrás de diez años resumidos en tres frases. No la presiono. Sé que hay historias que no se cuentan de golpe. Lo que no esperaba es lo mucho que me afecta verla. Tengo un nudo en el estómago y la sensación de que algo que había cerrado a cal y canto vuelve a abrirse sin haber tenido tiempo para prepararme.

—¿Tú qué tal? —pregunta entonces—. ¿Cómo has acabado convertido en cliente estrella de los Walton? ¿Cómo se te ocurrió llamar a una agencia en Nueva York? ¿Es que no hay en Arizona?

—Estos años han sido de mucho trabajo. No he llegado a donde estoy por un golpe de suerte. Mi rancho produce la mejor carne de res del país y tenemos un plan de marketing bastante mediocre que quiero arreglar —respondo, dándole un sorbo al café—. Así que he venido hasta aquí, a poner mi rancho en el mapa y mi carne en los mejores restaurantes y tiendas del país. He hablado con varias agencias de distintos estados y la de los *hermanísimos,* como tú dices, es la que más nos convenció. Lo que no esperaba era encontrarme contigo. Eso sí que no estaba en el plan.

—Ni en el mío.

Sonríe. Por primera vez desde que la vi, lo hace de verdad. Una especie de escalofrío en forma de recuerdo me recorre cuando compruebo que esa chispa no ha desaparecido a pesar del tiempo y la ciudad. Megan no es la misma. Yo tampoco. Pero algo sigue ardiendo dentro de mí al tenerla cerca. No me gusta esta sacudida del pasado porque ella ya dejó claro una vez que solo éramos amigos, los mejores durante un tiempo. Ella me contaba sus ligues y yo los míos, aunque me los inventaba, porque la quería a ella. Hasta que se fue y ahí sí que me dejó claro que su interés por mí era nulo. No, no me puedo permitir otro duelo. Mejor será quitármela de la cabeza antes de volver a pasar por lo mismo.

Capítulo 4

Travis

En la cena hay tres tipos de personas: los que disfrutan de estar allí, los que fingen disfrutar de estar allí y Megan.

Está sentada frente a mí, con una copa de vino en la mano y la sonrisa tan forzada que me duele verla. Podría competir con cualquier actriz de drama de sobremesa y ganaría. Ni un músculo de su rostro se mueve sin permiso. Mantiene la espalda recta, la mirada fija en la mesa casi todo el tiempo y la actitud de estar contando los minutos para largarse. Quizá no ha sido buena idea invitarla con sus jefes.

Noto su incomodidad porque lleva media hora desmigando el pan sin comérselo y ha doblado su servilleta tres veces. Siento que disimula muy bien cada vez que su jefe habla, a Megan se le tensa el cuello de un modo casi imperceptible.

Casi.

Porque a mí no me pasa inadvertido. Puede que sea un vaquero de pueblo, sí, pero no idiota. Llevo años observando a las vacas al detalle para saber si están enfermas o listas para parir, y mi intuición siempre va por delante. Lo mismo me pasa con los caballos y con las personas. Y lo que leo en esta mesa es sencillo: su jefe no la trata bien. Percibo claramente que ella está nerviosa a su lado. Muy nerviosa.

Blake, que llegó tarde y se sentó al lado de Megan como si el mundo le debiera una reverencia, no le ha dedicado ni una palabra al llegar. Ni una sonrisa. Ni siquiera una pregunta educada de

cortesía. Solo le aparta la servilleta del sitio con una mano rápida, casi sin mirarla, como si su presencia le estorbara en la mesa.

Ella disimula bien. Sabe moverse entre tiburones. Sonríe cuando toca, asiente cuando alguien propone algo, incluso bromea con Scott y conmigo, pero sus hombros están más tensos que una cuerda de guitarra y no ha probado bocado desde el segundo plato.

Blake habla con Scott de inversiones y de campañas anteriores en las que, por supuesto, él fue el genio de todo. Megan no interviene. Cada vez que él abre la boca, ella recoge el tenedor como si fuera a usarlo y luego lo vuelve a dejar. Cuando por fin se atreve a decir algo, sobre un posible enfoque para la campaña de Willow Creek, él la interrumpe con un gesto de mano sin levantar la voz, con un tono algo déspota que la hace callar, como si su palabra no fuera importante. No entiendo que haga directora adjunta a una persona a la que no respeta. Aquí pasa algo más y voy a tratar de averiguarlo.

—No hace falta complicarlo —dice Blake, mirándome a mí, como si no hubiéramos oído ya suficientes frases huecas de su parte—. Megan tiende a enredarlo todo con ideas muy elaboradas, pero lo que tú necesitas es claridad.

Ella se ríe, pero no con la risa natural y viva que recuerdo de la niña que fue. La de ahora es una risa cortita, controlada, de alguien que ha aprendido a tragar las pullas poniéndole azúcar por encima.

Yo no digo nada. Sé que esto no va de mí y me limito a observar.

Poco después, Blake le susurra algo al oído. No lo oigo, pero veo cómo a Megan se le borra la expresión por completo y se pone roja como un tomate. Su mandíbula se tensa, y por un segundo se queda inmóvil. Luego recupera la sonrisa, vuelve a mirar su plato y aparta la copa de vino, como si ya no le sentara bien.

Más tarde, cuando Scott le hace una broma tonta sobre el postre, Megan parece tan fuera de sí que responde con un automático «sí,

sí», sin entender lo que le dicen. Blake ni se gira. Se limita a revisar el móvil bajo la mesa, con el tipo de indiferencia que humilla en silencio.

Es en ese momento cuando sé, sin necesidad de confirmar nada, que Megan está fingiendo delante de todos. Que no está bien. Lo más grave es que él lo sabe… pero le da igual.

—Así que el *branding* inicial se centrará en el concepto de autenticidad —dice Blake, con el tono de experto en todo—. Queremos llevar la narrativa hacia lo orgánico sin perder el lujo. «El sabor de lo salvaje, vestido para la ciudad» —declama moviendo la mano delante de él como si fuera un titular.

Sonrío en silencio. He venido hasta aquí para buscar una buena campaña, no para discutir sobre frases bonitas. Pero lo que más me interesa no está en la presentación, sino en el gesto de Megan al escucharle. No lo mira directamente.

Scott, que está encantado de tener un cliente que no lleva corbata a pesar de los ceros de su cuenta, se deshace en halagos que me empiezan a pesar. Si sigue por ahí me voy a arrepentir de haberles escogido. Y Blake, bueno… Blake sigue posando como si llevara puesta una chaqueta hecha de ego y colonia cara.

Cuando acabamos el postre, los hermanos Scott y Blake me ofrecen ir a un club a tomar una copa y les digo que no.

—¿No te apetece conocer Nueva York de noche?

—No, gracias. Ha sido un día largo y prefiero descansar.

—Como quieras, Travis. Podemos pedirte un taxi. ¿Vamos, Scott? —sugiere Blake ninguneando a Megan que se queda sentada, moviendo la cucharilla en su café como si fuera hipnótica.

Me despido de ella y salgo con los hermanos, para no dejarlos en mal lugar, pero lo que quiero es quedarme con Megan. En la puerta miento al decirles que me he dejado algo en la mesa y vuelvo a entrar. Por fin me he deshecho de ellos.

—¿Estás bien? —le pregunto en voz baja cuando ya estamos solos.

Ella levanta los ojos. Tarda un par de segundos en asentir.

—Sí. Solo… mucho trabajo, ya sabes.

—No. No lo sé —respondo, sin miramientos—. Porque hace media hora estabas mirando el cuchillo como si quisieras tirárselo a alguien.

Se le escapa una risa breve. Y luego, sin previo aviso, se le llenan los ojos de lágrimas.

No me lo esperaba.

No llora con drama ni sollozos. Solo unas lágrimas silenciosas que caen despacio mientras aprieta los labios para no decir nada.

Me levanto sin pensarlo.

—Ven. Vamos a caminar.

Ella no dice nada, pero me sigue. Salimos del restaurante sin mirar atrás. Nueva York brilla con sus mil luces, pero hay calles en las que el ruido se amortigua y la noche parece más sincera. Doblamos un par de esquinas hasta llegar a un pequeño parque con vistas al río. El Hudson duerme tranquilo, ajeno al caos de la ciudad.

Nos sentamos en un banco, sin hablar. La dejo respirar.

—Perdona —dice, por fin—. No quería hacerte esto.

—¿El qué? No me has hecho nada, Meg.

—Llorar delante de ti, no dejarte ir al hotel a descansar…. Me parece ridículo. Y lo siento.

—Pues a mí no me lo parece. Era mentira lo de que estaba cansado, lo dije porque quería que se largaran y quedarme contigo. Solo me preocupa que estés bien.

Ella niega despacio. Se seca los ojos con la manga del abrigo.

—Gracias, no es nada preocupante. Estoy pasando una fase… de agobio. Es todo.

—¿Y te hace feliz esta ciudad? No he visto esa chispa que siempre tenías en la mirada cuando éramos niños.

Megan mira al agua oscura que se balancea delante de nosotros. Se toma su tiempo para responder y yo no la presiono. Ahora soy su viejo amigo que está de vuelta, nada más.

—No lo sé. A veces pienso que sí. Es Nueva York, ¿no? Donde todo pasa. Pero también es fría. No por la temperatura… sino por la forma de vivir de a gente. Aquí nadie mira a nadie, ¿te puedes creer que tengo los mismos vecinos desde hace tres años y solo hemos hablado una vez? Todo va deprisa. Hay días en los que hablo más con el microondas que con personas. Lo único que parece humano es cuando el café te lo sirven con una sonrisa, y ni eso es frecuente. Por otra parte, he vivido momentos alucinantes aquí, los necesitaba. La adrenalina me hace sentir viva, me encanta tener tantas opciones para hacer y he conocido a gente alucinante. Hoy me has visto en un día bajo, cansada. No tienes que preocuparte, de verdad.

Asiento despacio. Entiendo más de lo que imagina, de lo que no dice.

—Vale, como tú digas. Te he notado triste y recuerdo que tú no eras así.

—Pero no hablemos más de mí. Todavía me parece cómico que estés aquí, y vestido de vaquero —ríe y mi corazón se ilumina un poco—. ¿Cómo has llegado a tener esta empresa tan exitosa?

—Mucho trabajo, Meg. Con gusto, ¡eh!, que no me quejo. Mi padre me dejó el rancho en herencia, unos meses antes de casarme con Linda, no sé si la recuerdas.

—Así que estás casado, eh. Sí, me acuerdo de Linda.

—Sí, bueno —hago un ademán con la mano porque no quiero hablar de ello—. Me sentí obligado a seguir la trayectoria de mi padre, continuar su trabajo, pero me aburría, así que me apunté a la universidad a distancia para hacer algo diferente que me estimulara. Ahí di forma a una idea, que me rondaba hacía tiempo, y creé la empresa cárnica. Creo que me he rodeado de la gente adecuada porque he llegado hasta aquí sin haberlo previsto al principio. Mi idea era llegar a un mercado más local. Se me fue de las manos y ahora soy…

—Millonario —me corta y yo suelto una carcajada.

—No iba a decir eso, ahora soy un hombre de negocios próspero que tiene un rancho.

—Y, además, guapo, tenías locas a mis compañeras de la agencia.

—Oye —le digo después de reírme de nuevo—, tengo la solución para tu cansancio. ¿Por qué no vienes a Willow Creek unos días?

—¿Qué? —pregunta con una risa nerviosa.

—A desconectar. A recordar que el aire puede oler a tierra, y no a gasolina. Puedes traer un libro, dormir hasta tarde, ver las estrellas.

No tienes que hablar con nadie si no quieres. Nadie te juzgará. Puedes desaparecer sin tener que justificarlo.

Ella se queda muy quieta.

—No puedo. Tengo trabajo, reuniones, entregas…

—Excusas, eso es lo que tienes —respondo, sin dureza.

Ella se ríe bajito. Luego suspira.

—Gracias. Por la invitación, que se agradece… pero sobre todo por esto. Por estar hoy conmigo, apoyándome a pesar del tiempo que ha pasado. Por no preguntar. No sabes lo valioso que es tener a alguien que no exija explicaciones.

—Supongo que una ciudad así necesita más amigos y menos postureo.

—Y menos gente como Blake.

Lo dice sin pensar. Luego se muerde el labio, arrepentida.

—No te lamentes, me he dado cuenta.

—¿Sí? ¿De qué?

—No hace falta ser un genio para notar ciertas cosas.

Me gustaría abrazarla, que sienta que todavía soy su amigo aunque no nos hayamos visto en años, pero me parece demasiado íntimo. Quizá ella ya no desee mi contacto.

—Ya. Supongo que tú ves más de lo que dices.

—Es lo que tiene haber crecido entre vacas y silencios. El campo te enseña a ser paciente, todo lo contrario que esta ciudad. Y en la espera, se aprende a observar.

Megan se ríe. Por fin. Y después apoya la cabeza en mi hombro, como si fuera lo más natural del mundo. Yo me quedo quieto, sin atreverme a abrazarla, y no digo nada. Solo me quedo con ella, sintiendo su respiración, el temblor leve de su cuerpo y esa tristeza callada que no necesita palabras.

Pienso que puede que en los pueblos haya cotilleos, malos entendidos, discusiones absurdas y vecinos que se creen con derecho a opinar sobre todo… Pero al final somos una comunidad, que celebra y se ayuda, que nunca deja solo a nadie. Y eso es más de lo que Manhattan parece ofrecerle a Megan ahora mismo.

Capítulo 6

Megan

Hoy la oficina es un hervidero. Literalmente. No han pasado ni veinticuatro horas desde la reunión con Travis, y ya hay rumores, especulaciones y hasta teorías conspiranoicas dignas de una serie de Netflix. No me ha dado tiempo ni a llegar a mi escritorio cuando Jasmine ya está a mi lado, móvil en mano, con la cara iluminada por el brillo de su propio cotilleo.

—¿Se puede saber desde cuándo tú y el *cowboy* buenorro sois amigos?

—Buenos días, Jasmine —respondo, dejando el bolso en la silla como si no hubiera escuchado nada.

—¡No te hagas la digna! Te llamó por tu nombre, Megan. ¡¡Por tu nombre!! Con voz de tráiler de película romántica. Y tú lo mirabas como si te acabara de salvar de una estampida de búfalos. ¡Queremos saberlo todo!

—No hay mucho que contar.

—¿Que no hay qué? ¡Pero si os mirabais como si fuerais a besaros con los ojos!

—Jasmine, no inventes. No fue así. Solo nos conocemos de antes, hace mil años que no sabía nada de él. Fin del misterio.

—¿De antes? ¿De cuándo? ¿De la universidad de vaqueros? ¿De un taller de rodeo emocional?

—Del instituto. De mi pueblo. Ahora, ¿puedo trabajar o te traigo una pizarra para hacer un esquema? —No digo nada de que mi padre trabajaba para el suyo y por eso vivíamos en el mismo rancho, porque lo que salga de la imaginación de Jasmine puede ser de todo menos inocente.

Ella bufa, se ofende con estilo, y se aleja con aire de reportera frustrada. Me dejo caer en la silla, me ajusto las gafas que uso para el ordenador y lo enciendo. Lo que necesito ahora es concentración. O un teletransporte directo a una isla tropical y desierta. Cualquiera de las dos cosas me vale.

Pero la paz dura poco.

Blake pasa por mi lado. No dice nada. Solo me dirige una mirada fugaz, con un gesto que pretende ser indiferente, pero va cargado de reproche. Yo me hago la sueca, algo que practico últimamente con un nivel olímpico.

Tres minutos después, su secretaria me escribe por mensajería interna.

Scott quiere verte en su despacho.

Mentira. Scott está en una reunión externa. Ese mensaje tiene nombre, apellidos y celos.

Camino hacia su despacho como quien va al matadero, pero con tacones. Al entrar, él cierra la puerta. Bien. Todo muy sutil.

—¿Qué estás haciendo, Megan?

—¿Perdona?

—Anoche. Lo del vaquero. ¿Era necesario ese numerito delante de todos?

—¿Numerito? ¿De qué estás hablando?

—De cómo lo mirabas, por ejemplo. ¡Ah! Espera, la risa tonta cuando el guaperas decía algo aunque no tuviera gracia. ¡Si parecía que estabas a punto de lanzarte a sus brazos en medio de la cena!

Lo miro en silencio durante un segundo eterno. El único que me tuvo en tensión fue él y su desprecio hacia mí; seguro que tenían planes en el club ese al que lleva a los clientes, con mujeres de compañía, y se lo chafé. Pienso esto a toda prisa y luego respiro hondo, para bajar pulsaciones.

—Blake, no tengo la menor intención de discutir contigo como si estuviéramos casados. Porque no lo estamos. Y ya que tú sí lo estás, permíteme recordarte que yo tengo todo el derecho del mundo a hablar, reírme o lanzarme a los brazos de quien me dé la gana.

Él me mira con los ojos entornados, tensos.

—¿Estás con él?

—¿En serio me preguntas eso? Claro que no. Se supone que estoy contigo, aunque no estoy tan segura…

—¿Vas a estarlo? Con él —escupe.

—Tampoco lo sé. Pero ¿sabes qué? —Me doy cuenta cada vez más de que lo nuestro no tiene salida y Blake nunca va a dejar a su mujer, así que me hago la valiente, cosa que no soy—. No es asunto tuyo.

Me cruzo de brazos. La respiración me late en las sienes. Y entonces llega la estocada.

—No me esperes este viernes—dice, con una expresión tan indiferente que quema—. Ni se te ocurra insistir.

—No pensaba hacerlo.

Me voy sin cerrar la puerta. Que escuche quien quiera. Ya estoy harta de ser la amante discreta, elegante y silenciosa. Que le aguante otra.

Vuelvo a mi mesa con la dignidad ajustada como un corsé. Jasmine me lanza una mirada que lo significa todo, pero no dice nada. Bien. Agradezco el silencio. A estas alturas me mantengo erguida con fuerza de voluntad, café y rabia pura.

Sigo trabajando como si nada. Respondo correos. Me reúno con diseño. Corrijo una propuesta absurda que alguien ha escrito como si fuera un poema de autoayuda. Y justo cuando estoy a punto de apagar el ordenador, me vibra el móvil.

Travis.

Gracias por la compañía de anoche. Me alegró muchísimo verte. Ya voy camino del aeropuerto. Ojalá aceptes mi invitación algún día y vengas a descansar al rancho. Cuídate.

Contra todo pronóstico, sonrío.

Una sonrisa real, de las que se escapan solas. La guardo rápido, como si fuera un secreto, y justo al levantar la vista… veo a Blake observándome de pie, a pocos metros de distancia, con cara de indiferencia forzada y rabia mal digerida.

Yo le sostengo la mirada solo un segundo, y luego giro la cabeza. Sigo con lo mío, como si no fuera nada, aunque por dentro duele y quema a la vez. Pero la dignidad pesa más que una herida.

Cierro la puerta de casa con el pie, lanzo el bolso al sofá, aun a riesgo de que se desparrame el contenido, y me quedo un segundo quieta, en medio del salón, en silencio. Bueno, silencio relativo,

porque el frigorífico hace ese zumbido intermitente que lleva semanas amenazando con morirse y el radiador tose como un abuelo con enfisema. Pero yo, por dentro, estoy en modo avión.

Me quito los tacones. Uno vuela hacia la alfombra. El otro rebota contra la pata de la mesa con un ruido seco. Me arranco el abrigo, lo dejo tirado en una silla y me desplomo en el sofá sin dignidad alguna. Las medias se me enrollan en los tobillos. La coleta que me hice por la mañana se ha rendido hace horas. Sí, estoy oficialmente descompuesta y mi imagen, ahora que estoy sola en casa, me importa una mierda.

Cuando mi única intención es que el sofá me engulla y no me escupa hasta el día siguiente, siento que llega la ola. Empieza por la garganta. Es una presión absurda, que luego baja y vuelve a subir. Me arden los ojos y, sin quererlo, sin prepararlo, rompo a llorar.

No lloro bonito, no. Esto no es una escena de película con lágrimas solitarias deslizándose en cámara lenta. Esto es llanto feo, con moquillo, con hipidos, con la voz rota repitiendo lo mismo una y otra vez:

—Soy idiota… Soy imbécil… Soy la reina de las imbéciles…

Cojo un cojín y me lo aprieto contra la cara.

—¿Cómo pude ser tan tonta?

Lloro por haberle creído. Por haberme tragado sus «lo estoy solucionando», sus «te juro que esto no va a durar», las cenas robadas y los mensajes absurdos a medianoche, a veces subidos de tono, que me hacían sentir especial.

Spoiler: no lo era y no lo soy.

Lloro por las veces que cancelé planes por él, porque teníamos que adaptarnos a su vida familiar. Por las veces que le escuché

pensando que esta vez será diferente. Por las veces que me prometí que sería la última y luego fui yo misma la que lo buscó, diciéndome que con el sexo era suficiente.

Lloro por confiar en alguien que no sabe querer si no es a escondidas.

Me levanto a por una copa de vino, la sirvo, doy un sorbo… y sigo llorando.

—Encima del caro. Muy bien, Megan. Llora, pero con clase.

El teléfono vibra, pero no lo miro. No quiero más decepciones en pantalla. Que Travis me haya escrito hoy solo hace que me duela más la comparación. Porque él fue amable, dulce, respetuoso… y se fue sin esperar nada. Mientras que Blake… Bueno, Blake espera siempre. Que lo espere, que lo perdone, que lo justifique.

Pues no.

—No más, ¿me oyes? —le digo a mi reflejo en la ventana, con la copa en la mano y la cara hinchada—. No más «te juro que la voy a dejar», o decirme que soy tu ángel, maldito cobarde —grito—. No más «es complicado, pero yo te quiero a ti», puto mentiroso. No más viernes en los que termino sola después de follarme y decirme que me amas.

Tiro el cojín al suelo con dramatismo, porque ya que se llora, se llora con estilo. Apago el móvil. Me meto bajo la manta como si pudiera protegerme del mundo y juro que, por esta vez, voy a hacer las cosas bien.

Lo que no tengo claro es cómo se hace eso. Mi historial de hacerlo todo mal habla por mí. Pero lo voy a averiguar. Me lo debo a mí misma, aunque de momento solo necesite llorar un poco más.

Capítulo 7

Megan

Han pasado unos días desde la cena en los que todo ha vuelto a la normalidad, menos mi relación con Blake, que parece haber terminado de verdad. Debo asumirlo: ha elegido a su mujer y yo solo he sido un pasatiempo. Seguro que ya está buscando otro juguete para distraerse.

A menudo pienso en Travis, que ya estará en Arizona, oliendo a hierba seca y a cielo abierto, mientras yo sigo atrapada entre el tráfico, los neones y la maldita calefacción central que me reseca el alma. No sé si pienso en él porque mi memoria tira de un hilo que quedó suelto, porque hace tiempo que no siento esa amistad pura con nadie, o porque la sensación de calma que emanaba es lo que más necesito ahora. Estoy cansada, triste y decepcionada. Lo normal en una mujer a la que han engañado.

Hace un par de noches saqué una caja de fotos del fondo del armario. Las pocas que traje, porque la mayoría se quedaron en casa de mis padres. En una estamos en el lago, junto a los sauces, todos con cara de sol y tierra. En otra, Travis me está salpicando con agua y yo le estoy gritando con la boca abierta. Tenía las mejillas rojas y el pelo lleno de horquillas. Él era delgaducho, con orejas grandes y esa sonrisa de niño que aún no sabía lo guapo que iba a ser.

Cierro la caja y sacudo la cabeza. Otra vez. Debo dejar de torturarme así. Fui yo la que decidió salir del pueblo de Cedar Valley y crear una vida en la ciudad. Si lo pienso fríamente, no hay demasiadas cosas que eche de menos de allí. La vida es dura, las oportunidades pocas, aunque Travis haya conseguido salir adelante,

y se vive muy aislada. Bueno, esto último en Nueva York también ocurre a pesar de la gente que hay por todas partes.

En esta ocasión, el trabajo no me ayuda a evadirme porque Scott ha decidido que, al ser yo la de la misma zona que Travis MacKenzie, soy la más capacitada para liderar el proyecto de *Willow Creek Beef.* Genial. Me he convertido oficialmente en la guía turística emocional de la infancia compartida. Me han asignado un equipo de cuatro personas y estamos empezando con la documentación. He visto más fotos del rancho esta semana que en toda mi adolescencia. Y claro, me vienen recuerdos. De los establos, de las carreras entre la valla y el río, de las tardes largas oliendo a heno…, y una sensación extraña me atraviesa. Lo que observo es que ha cambiado mucho. El rancho de Travis es ahora un lugar lleno de avances tecnológicos, muy moderno y próspero.

Pero esto es trabajo. Y yo soy una profesional. Así que me recompongo cada mañana, aunque últimamente lo hago con menos ganas. Duermo mal. Estoy cansada, tengo ojeras que ni el corrector de guerra consigue disimular, y una tristeza silenciosa que se me ha instalado en el pecho y no consigo engañar ni con las comedias más divertidas de Netflix.

Además, Blake sigue sin dirigirme la palabra. La parte buena es que solo doy parte del proyecto a Scott, que es quien se lo ha quedado. Mejor. Peor. Depende del día. ¿Debería cambiar de trabajo?

Esta noche llego a casa con la sensación de estar metida dentro de un traje que no es mío. Me saco los tacones en cuanto cruzo la puerta. Me quito el abrigo, la blusa, el sujetador… el roce de la ropa me molesta sobre todo en los pezones. ¿En los pezones?

Me freno en seco, en medio del pasillo.

—No, no, no, no puede ser eso. No puede ser ESO —me digo gritando, asustada como un cervatillo al que le han alumbrado con

una linterna.

Me voy directa al baño, abro el armario del espejo, lo cierro. Lo vuelvo a abrir, sin saber muy bien qué busco. Tal vez el sentido común que no sé dónde lo he dejado. Tal vez la receta mágica que diga que tengo una especie de alergia o de vulnerabilidad física, algo muy común entre mujeres emocionalmente dañadas.

Pero no. Sé lo que es. Lo sé porque lo he escuchado a mis amigas, porque lo temo estos últimos días en los que me siento rara, y porque mi cuerpo está hablando más claro que mi terapeuta. Hago memoria y calculo la última vez que tuve la regla. El susto se me agujerea el estómago y solo tengo ganas de gritar, de maldecir y de llorar. No me puede estar pasando esto. Ahora no.

Media hora después estoy en la farmacia de la esquina, con gorro de lana, bufanda hasta la nariz y la expresión de quien va a comprar drogas ilegales. El farmacéutico me reconoce y me sonríe.

—¿Todo bien?

—Un test. De embarazo. Uno fiable, por favor.

Me lo entrega sin comentarios, solo con un lacónico «suerte» saliendo de sus labios en un susurro. Dios lo bendiga.

En casa me siento en el borde de la bañera con la prueba entre las manos como si fuera una bomba. Leo las instrucciones tres veces. Abro el envoltorio. Voy al grano. Luego dejo el palito sobre el lavabo y empiezo a caminar en círculos por el salón con el temporizador del móvil activado, como una gallina con pánico escénico y rezando como mi abuela hubiera querido cuando era niña e insolente.

Dos minutos. Tres y el móvil suena en mis manos. Vuelvo al baño. He dejado un papel encima para que la visión sea más lenta. Lo desplazo poco a poco con el corazón chocando en mis costillas.

Aprieto los ojos para no ver lo que sospecho, y abro uno, poco a poco. Miro. Y ahí está. No hay lugar a dudas. Un positivo se alumbra en mi cabeza con luces de neón.

—No… no… no puede ser… —me oigo decir con voz de dibujo animado en *shock*—. ¡Es un error! ¡Estoy estresada! ¡El estrés puede alterar muchas cosas! ¡Seguro que hay estudios sobre eso! ¡En Finlandia! ¡O en Japón! ¡Yo qué sé!

Miro de nuevo la prueba y vuelvo a leer la caja. Reviso mis recuerdos. Alguno de los polvos rápidos con Blake, cuando me decía que estaba desesperado por entrar en mí y que era la mujer de su vida.

Y una mierda.

Las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas. Estoy embarazada de un hombre que no me habla, que está casado y que el viernes me sacó de su vida como quien cancela la suscripción a una *newsletter*.

Perfecto.

—Megan, estás jodida, y ahora de verdad.

No he pegado ojo en toda la noche sopesando todas mis posibilidades, como ir a que el médico me confirme mi estado. Voy al trabajo sin maquillar, porque el maquillaje supone una esperanza que no siento. Solo me recojo el pelo, me pongo un jersey ancho y camino hasta el despacho de Blake como quien va a anunciar el Apocalipsis.

Él me mira con cara de asco e indiferencia, y me recibe con un gesto de desdén y control.

—¿Qué quieres, Megan? Estoy ocupado.

Cierro la puerta muy despacio. Me pongo delante de la mesa sin sentarme en la silla, y lo miro fijamente, con las piernas temblando.

—Estoy embarazada.

Boom, algo dentro de mí ha estallado como una bomba al verbalizarlo en voz alta. Blake se ha puesto verde, blanco y ahora empieza a enrojecer de… ¿ira?

La que me espera…

Capítulo 8

Megan

—¿Embarazada? —repite Blake, gritando, como si hubiera oído mal o estuviera esperando que me riera y dijera: «¡Era broma!» y lanzara confeti sobre él.

—Sí. De unas semanas. —Intento mantener la voz firme, pero noto cómo las palabras me tiemblan por dentro—. Y es tuyo, por si necesitabas confirmación. Yo sí que te he sido fiel desde el primer día.

Él se queda quieto. No se lleva las manos a la cabeza, ni suspira, ni hace nada. Solo me mira con la cara gélida. De pronto, suelta:

—Fuera de mi despacho. Estás despedida.

Por un momento, pienso que no he escuchado bien. Pero sí, lo ha dicho.

—¿Perdón?

—Lo que has oído. Esto… esto es intolerable, Megan. Una jugada sucia. Si crees que con esto vas a obligarme a separarme y a casarme contigo, vas muy desencaminada.

La rabia me sube por la garganta como un incendio.

—¿Tú estás escuchándote? ¿De verdad piensas que he hecho esto a propósito?

—¿Qué quieres que piense? ¿Casualidad? ¿Un despiste inocente?

—¡Por Dios, Blake! —doy un paso al frente, señalándolo con el dedo—. Si hubieras cumplido tu palabra y te hubieras hecho la vasectomía cuando llevabas meses prometiéndolo, esto no habría pasado. Pero claro, era más fácil seguir diciéndome que lo harás mientras te hacías el mártir en casa. Lo único que hice fue confiar. ¡Confiar en ti!

—Déjate de sandeces —gruñe, sin levantar la voz, pero dejando claro que ha desconectado—. No pienso discutir contigo. Esto se acabó. Tu trabajo aquí y… lo otro. ¿Qué se habrá creído la pueblerina esta? —Las últimas palabras las murmura para su cuello, pero me llegan nítidas como dardos a mi corazón.

Se gira. Coge el teléfono fijo y marca directamente.

—Preparad el finiquito de Megan Collins. Sí, efectivo desde hoy.

El mundo se me cae encima en un golpe seco.

—¿Me estás despidiendo por estar embarazada?

—Te estoy despidiendo por hacer de mi vida un desastre. El embarazo es un detalle más en la lista. Créeme, me estoy conteniendo.

Mi cuerpo reacciona antes que yo. Me mareo. No es broma.

El suelo se mueve, me falta el aire, la luz del despacho se vuelve demasiado blanca y demasiado fuerte. Siento que estoy a punto de caerme, pero me sujeto al respaldo de la silla más cercana. No pienso caerme delante de él.

—Eres… un cobarde —susurro, con la boca pastosa y la náusea subiendo por mi garganta—. ¿Sabes eso? Un cobarde vestido de Prada, con corbata a juego y discurso de ejecutivo exitoso. Pero cobarde igual. Y mentiroso. Un don nadie.

Él no contesta y yo me derrumbo en el suelo.

Cuando abro los ojos, lo primero que veo es el fluorescente del techo, blanco y demasiado resplandeciente para mis ojos.

—¿Megan?

Parpadeo. Tardo un segundo en recordar dónde estoy. Me duele la cabeza y tengo una náusea incómoda flotando en la boca del estómago. Ah, sí, ya recuerdo, es porque me han despedido estando embarazada, en medio de una pelea de despacho con las puertas cerradas y una llamada a Recursos Humanos que ha sido como un disparo a bocajarro. Poco a poco los últimos minutos de mi vida vuelven a mis recuerdos en fila, uno a uno.

Enseguida me doy cuenta de que estoy en la sala de enfermería de la oficina. No sabía ni que existía. Una camilla, un armario con tiritas y sobres de manzanilla, y una butaca donde Jasmine me mira como si se acabara de tragar una temporada entera de telenovela en cinco minutos.

—¿Estás mejor?

Asiento. No sé si por inercia o porque ya he llorado todo lo que se podía llorar sin deshidratarme.

—No digas nada —murmuro.

—No pienso decir nada. Pero cuando te sientas fuerte, tengo una lista de insultos creativos que podría enseñarte para que subas y se los sueltes a ese malnacido. Todos de nivel experto.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

Me ayuda a levantarme. Me da un vaso de agua y una chocolatina que encuentra en su bolso, a saber si caducada hace meses. Luego me acompaña hasta la calle.

—¿Te llevo a casa?

—No hace falta, estoy bien.

—¿Me dejas que suba contigo?

—Jasmine…

—Solo para asegurarme de que no te desmayas en el felpudo.

—Estoy bien, de verdad.

Mentira. Pero no tengo energía para tener una invitada en casa. Quiero estar sola y lamerme mis heridas sin compartirlas con nadie. Acepto que me lleve en su coche y consigo que me deje en la puerta de la calle y no suba.

—Muchas gracias, Jasmine.

—Llámame si te sientes mal. Vendré enseguida.

—Lo haré, descuida —le sonrío porque de verdad que le estoy agradecida. No hubiera soportado un viaje en metro con el mareo que aún revolotea en mi cabeza.

Subo sola. Abro la puerta de mi apartamento como si fuera de otra persona. Dejo el bolso caer al suelo sin ningún reparo. Me quito los zapatos con calma para no desmayarme, y me quedo en mitad del salón sin saber si sentarme, gritar o meter la cabeza en el microondas.

Estoy embarazada. Estoy despedida. Estoy… jodida. Cuando me he caído redonda a sus pies, maldita sea, ya sabía que todo se ha roto: mi trabajo, la poca estabilidad que tenía, y esa estúpida ilusión que alguna vez me hizo pensar que Blake podría ser algo más que un hombre elegante con promesas huecas.

Estoy sola. Embarazada. Sin empleo.

Y voy a tener que criar a un bebé, con un colchón de ahorros que quizá me alcance para dos meses y medio si no me da por comer cosas caras y gasto lo mínimo. ¿Seré capaz de ducharme con agua fría?

—Estupendo, Megan —me digo a mi reflejo en el televisor apagado—. Has tocado fondo. El premio es… una mantita y una visita al infierno laboral. Felicidades. Lo has hecho de puta madre.

Cojo el móvil y marco el número de mi mejor amiga en la ciudad.

—¿Emma? Soy yo. ¿Estás en casa? Necesito verte. Es urgente nivel *todo empieza a irse al carajo*. Aunque mejor si vienes tú a mi casa. Hoy me he mareado en la oficina y prefiero no salir —suelto de carrerilla, casi sin respirar.

—Ve pidiendo las pizzas que estoy ahí en nada.

Emma vive solo a dos manzanas de mi casa. Hace años fuimos compañeras de piso, hasta que ella se enamoró y me dejó por un sureño tan guapo como cascarrabias. Él se marchó a los pocos meses y ella conservó el apartamento. Como las dos podíamos pagar los alquileres, decidimos seguir cada una en su piso: cerca pero no revueltas.

Recibo a Emma ya en pijama y las pizzas recién hechas sobre la mesa de centro. Ella ni saluda, va directa al grano.

—¿Qué ha pasado?

—Qué no ha pasado sería una pregunta más acertada.

Me derrumbo en el sofá y se lo cuento todo. Con pelos, señales y lenguaje poco jurídico. Ella, que es abogada y también mi mejor amiga desde la universidad, escucha sin interrumpirme. No me juzga ni me consuela. Solo espera a que acabe.

Y cuando lo hago, cuando le digo que Blake me ha despedido, que estoy embarazada, que me siento como un GPS sin señal y sin batería, Emma dice la frase más clara del día:

—Lo que tienes que hacer es demandarlo.

—¿Demandarlo?

—Sí. Por despido improcedente y acoso a una subordinada. Y por imbécil, si se pudiera. Pero de momento, con lo primero nos basta.

—¿Y mientras qué? —pregunto, mirándola con los ojos muy abiertos, y una mezcla de miedo y el vértigo de quien se acaba de asomar al abismo, bullendo en mi interior.

—Mientras, sobrevivir. Y dejar que te ayude. Vamos a ver tus papeles, tus contratos, todo lo que puedas tener por escrito. Luego, yo me hago cargo de la demanda y tú te dedicas a cuidarte. Una cosa a la vez, ¿vale?

Le digo a todo que sí, porque no tengo fuerzas para otra cosa. Ni certezas. Solo una idea tambaleante de futuro y la promesa de una amiga que, al menos hoy, es el único salvavidas en mitad del naufragio.

Capítulo 9

Travis

Sabía que algo no cuadraba. Llevo varios días sumergido en propuestas, correos electrónicos, documentos y carpetas compartidas que, más que una nube, parecen una jungla digital con cobertura defectuosa. Todo esto del marketing le queda grande a un granjero como yo. Sin embargo, a pesar de no estar muy puesto en lo que me parece una jungla, en medio de todo ese caos informativo, hay algo que no deja de llamarme la atención: el nombre de Megan ha desaparecido sin que nadie me haya dado ni una sola explicación.

Al principio quise creer que simplemente estaba de vacaciones, descansando un poco por fin, que tal vez alguien del equipo la había sustituido de forma provisional o que se encontraba en una fase del proyecto que no requería su intervención directa. Sin embargo, a medida que han ido pasando las reuniones *on-line* y he revisado una y otra vez los informes y las propuestas, su ausencia ha empezado a parecerme más que una coincidencia. Es como si alguien la hubiera borrado sin más, como si nunca hubiera estado, y esa sospecha me incomoda y me cabrea. Algo no encaja, y cuanto más lo pienso, más claro tengo que necesito saber qué ha pasado realmente.

Así que he llamado a la agencia y he pedido hablar con Megan, sin rodeos y con el tono tranquilo que uno pone cuando siente todo lo contrario. Al teléfono me ha contestado una chica, Jasmine, creo, que ha bajado la voz como si estuviera a punto de revelarme una información confidencial. Y entonces lo ha dicho, sin tartamudeos ni florituras: «Megan ya no trabaja con nosotros».

Me he quedado un segundo en silencio, esperando algún tipo de explicación, una frase que añadiera lógica al hecho de que no me han informado, o algo que no sonara tan a desaparición misteriosa. Pero nada. Fin de la información. No me ha dicho nada más, excepto que el equipo que se hace cargo de mi contrato es muy bueno y blá blá blá, he dejado de escuchar.

Me despido y, sin pensarlo mucho más, he hecho lo único que podía hacer: llamar directamente al móvil de Megan. Ya, podría haberlo hecho desde el principio, pero me prometí no remover el pasado y tener una relación profesional. Nada más. Mientras escucho el tono de llamada, no sé qué me inquieta más, si que no lo coja… o que lo haga y no me guste lo que me tenga que contar.

—¿Travis? —contesta con voz baja, como si estuviera escondida en un armario.

—Sí. Hola. ¿Estás bien?

—Sí. ¿Y tú?

—¿Estás segura? Te escucho muy lejana —me rio de la tontería que acabo de decir, pues realmente nos separan miles de kilómetros.

Me contesta con un silencio largo que dice más que un discurso completo.

—Jasmine me ha dicho que ya no estás en la agencia. ¿Es cierto? —continúo para llenar ese silencio.

—Sí. Es cierto. Perdona, debería haberte informado.

—¿Tú? Más bien ellos. Me ha extrañado que no me hayan comunicado este cambio, yo confiaba en que te hicieras cargo tú. ¿Ha pasado algo?

—Diversidad de opiniones. Dejémoslo ahí.

Su tono hace que me remueva en el asiento. Estoy seguro de que hay mucho más que no me quiere contar, así que tiro yo a ciegas esperando tener buena puntería.

—¿Tiene que ver con Blake?

Otra pausa. Lo odio.

—Digamos que sí —responde al fin, con una voz que me hace pensar en cosas que no me está contando—. Ya sabes que era mi jefe directo, así que sí, las desavenencias han sido con él.

—Megan… Si es por él, puedo exigir que te vuelvan a admitir, o intentar anular el contrato. No quiero seguir con esta agencia si te han tratado mal.

—No puedes anularlo, Travis. Las cláusulas están cerradas. Solo se puede romper el acuerdo por incumplimiento grave. Y, hasta donde yo sé, despedir a una mujer brillante no entra en esa categoría —ironiza.

—Han roto el equipo sin avisarme. Eso para mí es grave.

—No te la juegues. Blake y Scott Walton tienen poder. Mucho. Y tú tienes una empresa que cuidar, una marca que está empezando a sonar. No lo arriesgues por mí.

—¿Por ti? Lo arriesgo por sentido común. Por dignidad. Y porque, para ser sincero, me alegraba mucho haberte encontrado otra vez y desde que te vi, solo quería trabajar contigo. Aunque fuera como excusa para vernos.

Se hace el silencio otra maldita vez. A esta mujer hay que arrancarle las palabras. Puedo imaginarla mordiéndose el labio y bajando la mirada. Megan siempre fue buena esquivando emociones, pero no se le da tan bien fingir que no siente.

—Percibo en tus palabras que no era mi trabajo lo que te interesaba —escucho una risilla floja, menos mal que bromea porque no he estado muy atinado—. Si es por eso, podemos seguir siendo amigos.

Lo dice con la voz bajita que se le escapa cuando intenta parecer fuerte y no le sale del todo. Me trago lo que de verdad me gustaría decirle, porque lo último que quiero es presionarla y, porque, sinceramente, si eso es lo que puedo tener de ella, me vale. Al menos esta vez no pienso quedarme al margen y perderla de nuevo.

—Vale —respondo despacio, y luego añado—. Pero que sepas que, como amigo, soy bastante pesado. Suelo preguntar cómo estás sin venir a cuento y tengo una manía absurda de escuchar incluso cuando no dices nada.

La escucho sonreír al otro lado. Y por un momento, el mundo deja de parecer tan complicado.

—Además —continúo para llenar el silencio que ella se ha empeñado en tejer entre nosotros—, necesito una amiga de verdad, ya sabes, de las de hablar sin más.

—¿Y eso? Seguro que un tipo como tú tiene amistades por todas partes.

—Lo parece, pero no son reales. ¿Te acuerdas de cuando éramos niños?

—Claro. Tú eras un chico escuchimizado y tímido, y yo no era demasiado popular. Supongo que por eso congeniamos, ¿no crees?

—Sí, supongo. Pues desde que me va bien, me llueven las amistades, como me has dicho, pero son todas por interés. Cuando necesito abrir mi corazón, no hay nadie cerca.

—¡Vaya! Ah, ¿y tu mujer?

—¿Mujer? Llevo tiempo divorciado. Resultó ser otra interesada más. No sabes lo que me hizo —me recuesto en el sillón dispuesto a contarle si me pregunta.

—¿Te puso los cuernos? No creo, con lo bien que es… se te ve.

Me la imagino roja como un tomate por lo que ha estado a punto de decir. Me muerdo un carrillo para no reír antes de contarle más.

—Estábamos saliendo, pero no éramos novios formales; solo nos acostábamos de vez en cuando. Un día, preparó una cena especial con regalo: me dijo que estaba embarazada. Yo, ni me lo pensé. Aunque no estaba enamorado de ella, creí que lo correcto era darle una familia y un hogar a mi hijo.

—¡Vaya! —noto que se le quiebra la voz—, así que tienes una ex y un hijo. Si que me he perdido cosas, Travis.

—Solo la ex. El hijo no llegó nunca. Me mintió para casarse conmigo. Resulta que jamás estuvo embarazada.

Ella ríe, pero enseguida se rompe. Su sollozo me parte el alma y me deja claro que hay algo más que no me cuenta, así que trato de seguir la conversación para no dejarla en ese estado.

—¿Y qué vas a hacer ahora con el trabajo? —pregunto en voz más baja—. ¿Tienes algún plan?

Se hace un silencio más breve que los anteriores porque enseguida oigo que su sollozo aumenta. No doy una. ¿Qué podría hacer para animarla?

—No lo sé —susurra, y mi corazón hace un sonido que no sé si es un crujido o una maldición.

—Megan…

—Estoy intentando mantenerme en pie, ¿vale? Me esfuerzo mucho por parecer fuerte. Pero no tengo ni idea de qué voy a hacer con mi vida ahora mismo.

No digo nada. Porque no tengo una solución rápida ni se me ocurre una frase bonita que arregle eso sin parecer superficial. A veces las personas no quieren ánimos, sino compañía o comprensión. Mientras pienso, me quedo ahí, al otro lado del teléfono, imaginándola en su salón, con el pelo revuelto, los ojos hinchados y un millón de pensamientos pegajosos que no la dejan dormir.

A pesar de que estoy a miles de kilómetros, siento que me gustaría estar allí, aunque solo sea para sentarme en su sofá, darle un helado y decirle que no pasa nada si no lo tiene todo claro. Que nadie lo tiene. Ni siquiera los vaqueros con empresas de carne premium.

—Escucha —digo por fin—. No necesitas tenerlo todo resuelto hoy. Solo respira. Mañana lo verás diferente. Y si necesitas desaparecer unos días, Willow Creek está donde siempre. Con los porches desde donde ver atardecer, los caballos y silencio del de verdad.

—Lo pensaré.

—Sé que es mentira —sonrío—, pero me vale.

—De verdad, lo pensaré mientras lloro encima de un bol de cereales.

—Bueno, si los cereales son de chocolate, el drama es menos duro.

Nos despedimos, y yo me quedo con el teléfono en la mano, mirando la pantalla, deseando que algún día me deje ayudarla de verdad.

Capítulo 10

Megan

Siento la caricia suave de su lengua en mi pezón, que se endurece enseguida. Me duele un poco, pero no importa más que el cosquilleo que ablanda mi entrepierna. Él baja la mano y me acaricia. Masajea mi clítoris con la destreza de siempre; si en algo es bueno Blake, es en los preliminares. Arqueo la espalda para que siga y de regalo me introduce dos dedos que mueve aumentando mi placer. Levanto un poco la cabeza para besarle, morderle los labios y enredar mi lengua en la suya. Lo hago con los ojos cerrados mientras él me provoca un orgasmo con los dedos. Grito de placer y abro los ojos. Y vuelvo a gritar, pero de susto.

Me despierto empapada en sudor, con el corazón latiéndome en las sienes y esa angustia tonta que te deja un mal sueño, aunque una parte de mí sepa que solo era eso: un sueño. Pero qué sueño. Estaba en la cama con Blake, lo cual ya sería bastante castigo por sí solo, y de repente, sin previo aviso, al girar la cara, me encontraba con los ojos de Travis mirándome como si el mundo se hubiese detenido solo para nosotros. Y no era una mirada cualquiera, no. Era de esas que te hacen sentir que todo va a ir bien, que no estás sola, que mereces algo más que las migajas del amor. Una mirada de las que duelen cuando te despiertas y la expresión del que desea devorarte entera.

No, no puedo haber soñado con que tenía sexo con Travis. Con él, no. Con los amigos no se folla, me digo con seriedad.

Me siento en la cama con el pecho tenso y sensible como si lo llevara todo el día atrapado en un sujetador de una talla menos —gracias, embarazo—, las sábanas revueltas y una tristeza tan grande

que parecía haber alquilado todo el espacio de mi pecho. Estoy algo aturdida, todavía siento las manos de Blake, o Travis, ya no lo sé, sobre mis pliegues húmedos y excitados. No sé qué hacer con ese sueño, ni con mi cuerpo, ni con mi vida. Me levanto a trompicones, me meto en la ducha con la esperanza de que el agua arrastre todo lo que me pesa, y me vuelvo a meter en la cama porque, sinceramente, ¿para qué vestirse cuando no tienes adónde ir ni a quién ver?

Horas más tarde, al menos, me despierto sintiéndome mejor, aunque solo sea porque ya no me lloran los ojos por pura inercia. Preparo una tostada con mantequilla y la acompaño de un café soluble que sabe a resignación. Y justo cuando le doy el primer sorbo, el móvil vibra y escupe un número conocido: Blake. ¿No lo había bloqueado? Las hormonas me tienen loca.

Dudo si cogerlo. En otro momento, quizá habría sentido un latido de emoción o una punzada de esperanza. Esta vez no. En este momento es miedo. Puro y simple. Pero descuelgo, por si acaso.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —me increpa, sin ni siquiera un saludo, ni una pausa—. Me acaba de llegar una demanda. ¿En serio? ¿Qué clase de bruja eres?

Me llama de todo, desde oportunista hasta loca y puta, pasando por cosas que no se dicen ni en los peores pasillos del instituto. Me quedo callada, trago saliva, y me siento cada vez más pequeña, indefensa, como si cada palabra suya me borrara un poco más. El estómago me da vueltas, la cabeza también. Y el bebé… no sé, he notado una presión extraña, como si mi propio cuerpo supiera que necesita parar.

Le cuelgo y le dejo con la palabra en la boca, después de amenazarme con hacerme la vida imposible (cosa que, sinceramente, creo que ya ha conseguido sin esfuerzo), he intentado llamar a Emma. Me ha salido el buzón de voz y le he dejado un

mensaje corto, apenas un hilo de voz pidiéndole que me llame cuando pueda, que estoy asustada, que no sé si puedo con esto.

Necesito respirar. Salgo a la calle sin rumbo, con la chaqueta mal abrochada y las lágrimas congeladas en los bordes de los ojos. Camino sin saber a dónde, solo con la necesidad de huir de las paredes de mi casa que ya me saben a angustia. Acabo entrando en una cafetería pequeña, con mesas de madera blanca y olor a bollería recién hecha que te abrazan sin preguntar. Me siento en un rincón junto a la ventana y saco el móvil del bolso con la vana esperanza de que Emma me haya contestado.

Pero no. Lo que tengo son mensajes de Blake. Más insultos, más veneno y más intentos de hacerme sentir que yo soy la culpable de todo y que no le voy a destrozar la vida. Los voy leyendo uno a uno, sin saber si es masoquismo o instinto de defensa. Y luego hago captura de pantalla de todos, como si con cada una de ellas me protegiera un poco más. Al menos, si los borra, podrá verlos Emma. Ella sabrá qué hacer.

A medida que iba procesando lo que ocurría, algo dentro de mí se iba rompiendo. Tal vez fue el recuerdo de la primera vez que él me acarició la cara y me dijo que no tenía que demostrar nada a nadie. O la imagen de mí misma sonriendo como una tonta cuando me dijo que le encantaba desayunar conmigo en la cama después de hacer el amor, aunque la mayoría de las veces se iba corriendo antes del amanecer. O el eco de aquella tarde en la que prometió cuidarme, que dejaría a su mujer para vivir nuestra historia de amor cada minuto, a mi lado. No me di cuenta de que mentía. Ahora estoy en una cafetería cualquiera de Nueva York, con una vida en pausa y un corazón en ruinas, y no puedo más. Las lágrimas me brotan sin aviso, como si hubiesen estado retenidas y de pronto les hubiesen dado vía libre. Lloro por la idiota que fui, por la idiota que sigo siendo, y por el miedo que me da no saber en quién puedo confiar.

Un dolor hace que me encoja. Una punzada seca, profunda, directa al vientre. Me llevo las manos al abdomen y el café se me queda helado entre los dedos. No es un retortijón. Es algo más fuerte e intenso. Intento pedir ayuda, pero solo me sale un quejido. El camarero se gira al oírme, pero ya es tarde. Un segundo después, grito. Y luego, la nada.

Capítulo 11

Megan

Despierto envuelta en voces que no reconozco y una luz suave que se cuela por los párpados aún pesados. Hay un pitido constante, algo que parece venir de una máquina, y un olor a desinfectante tan familiar que no necesito abrir los ojos para saber que estoy en un hospital. Pero no es eso lo que me inquieta. Es el calor. Una caricia leve y rítmica en mi brazo izquierdo, como si alguien se esforzara en recordarme que sigo aquí, que sigo viva. Pero, ¿quién?

Me obligo a abrir los ojos, lenta, torpemente, como si mis pestañas pesaran kilos, y al girar la cabeza, me encuentro con la última persona que esperaba ver.

Travis MacKenzie está sentado a mi lado, con cara de no haber dormido en días, el pelo más revuelto de lo habitual y una expresión en los ojos que... no, no quiero pensar demasiado en lo que dicen sus ojos. Puede que esté delirando. Puede que aún esté soñando. Pero sus dedos siguen en mi brazo, firmes y cálidos. Reales.

—¿Dónde estoy? —pregunto, aunque ya lo intuyo, con esa voz de lija que te deja una buena siesta inducida por medicamentos.

Él se endereza al instante, como si mis palabras fueran el interruptor que encendiera todas las luces de su cuerpo.

—En el hospital —dice, y luego sonríe—. Vaya susto nos has dado. Llevas casi cuarenta y ocho horas dormida. Me alegra muchísimo que hayas despertado.

Intento incorporarme, pero mi cuerpo protesta en todos los idiomas posibles. Tengo sed. Me siento como una pasa abandonada

al sol.

—¿Puedo... agua?

Travis se pone en pie antes de que termine la frase. Coge un vasito de plástico con una pajita y me lo acerca con una delicadeza que hace que se me encoja algo por dentro. Y no es solo el embarazo. Es él. Es la forma en la que me mira, como si de verdad le importara.

—¿Qué haces aquí? —insisto, aún sin entender nada—. ¿Qué ha pasado?

Él se sienta otra vez, algo más cerca ahora, y me mira como si le costara ordenar las palabras.

—Te desmayaste en una cafetería. Justo en ese momento yo llamé a tu móvil. El camarero respondió y, como no sabía a quién más avisar, pensó que era un conocido y me dio el aviso. Él ya había llamado a emergencias, que llegó enseguida, y cogí el primer vuelo para venir a cuidarte.

Lo dice así. Sin dramatismo, como si volar de Arizona a Nueva York para cuidar de una ex amiga de la infancia embarazada, aunque esto no ya lo debe saber a pesar de no habérselo contado, fuera el pan de cada día. Como si no significara nada extraordinario.

—No te preocupes, tenía que venir a unas reuniones en cualquier caso —sonríe—. Precisamente te llamaba para avisarte, solo que he adelantado el viaje dos días, nada más. ¿Estás bien? —pregunta después, con una voz más baja, más íntima.

Me llevo instintivamente la mano al vientre, como si necesitara notar algo, cualquier cosa, una respuesta a las dudas que me corroen el alma: ¿sigo embarazada? Y aunque siento el vacío del miedo aún latiendo, consigo articular una frase:

—¿El bebé?

—Está bien. Tranquila.

Suspiro aliviada y, a la vez, sin que me dé tiempo a contenerme, empiezo a llorar. Lo hago con vergüenza porque no es de esas lloreras discretas y elegantes que se ven en las películas, no. Lo mío es llorar con moquillo, con ojos rojos, con la garganta hecha un nudo y la sensación de que si alguien me abraza voy a romperme del todo. No sé si me hubiera aliviado más haber abortado y no tener nada de Blake, ni siquiera un hijo no deseado. Mi cabeza es un amasijo de ideas contradictorias.

Travis no me abraza, pero sí me toma la mano con fuerza, como si esa fuera su forma de sostenerme sin invadirme. Y, por alguna razón, funciona.

La puerta se abre y entra una enfermera de voz dulce, coleta apretada y sonrisa hueca. Se acerca a revisar la tensión, me mide la temperatura y me pregunta si tengo hambre. Le digo que sí, que un poco. En realidad podría comerme al personal del hospital entero, empezando por el recepcionista. Mientras apunta cosas en una tablet, mira a Travis y se dirige a él.

—El médico vendrá enseguida a revisar el estado de su hijo. Dele solo agua a sorbos pequeños a su mujer hasta que nos indiquen qué puede comer—. Él no la corrige, solo sonríe.

Y yo… no digo nada. Porque no sé qué decir.

La enfermera se va recordando que vendrá el médico en unos minutos y, al poco, aparece. Es joven, tiene pinta de haber estudiado en Harvard y tener un canal de TikTok sobre salud que se ha hecho viral. Me explica que he tenido un bajón de azúcar, que tengo que cuidar la dieta, evitar los disgustos y que si mañana me encuentro bien, podré irme a casa.

—¿Y si los disgustos me buscan ellos a mí? —susurro.

Travis sonríe, pero no dice nada.

Cuando el doctor se va, la puerta vuelve a abrirse y aparece Emma. Guapísima, como siempre, con una americana roja y los tacones de abogada de éxito. Mira a Travis, lo saluda con familiaridad y se sienta al otro lado de mi cama como si se conocieran de toda la vida.

—Ya era hora de que despertaras, bonita —dice mientras me acaricia el pelo—. Este caballero me ha tenido al tanto de todo.

Travis la mira con una sonrisa de agradecimiento ante mi cara de sorpresa. No entiendo nada. Él se levanta para contestar una llamada y, en cuanto se cierra la puerta, Emma, sin perder un segundo, se gira hacia mí con esa chispa suya que siempre me arranca una sonrisa, aunque no quiera.

—¿De dónde ha salido este vaquero de película? ¿Y cómo es que nunca me hablaste de él? Porque está como un tren y encima es un amor. Megan, hija, ¿tú sabías lo que tenías entre manos?

—No es lo que piensas —susurro, todavía abrumada, consciente de que no tengo ni idea de lo que piensa.

—¿Cómo que no? —responde ella con los ojos muy abiertos—. ¡Ha volado desde Arizona para estar contigo! En un vuelo privado, nada más y nada menos. Si eso no significa algo, yo ya no soy de este mundo.

—Es un amigo. De la infancia. Nos encontramos en la agencia por casualidad después de muchos años sin vernos. No hay nada más. Es cliente de Blake —explico con la voz más bajita que encuentro, justo en el momento en que Travis vuelve a entrar.

—Ya no lo soy —afirma categórico, dejando el móvil sobre la silla —. He cancelado el contrato con él. De hecho, he contactado con la competencia directa, la segunda agencia que me pasó presupuesto. Me han parecido mucho más profesionales.

Lo dice con una calma tan natural que me dan ganas de llorar otra vez.

—Te habrá costado un dineral romper ese contrato. Las cláusulas…

No me deja acabar.

—El dinero no es el problema, Megan —responde, mirándome a los ojos—. Lo que no tolero es la falta de escrúpulos y de honestidad. Y yo no quiero rodearme de gente así.

Me quedo en silencio, mirando sus manos, sus ojos, y la expresión de alguien que ni presume ni dramatiza. Miro a Emma, que me sonríe y me guiña un ojo.

—Travis, si quieres ir a cenar y a darte una ducha al hotel, yo me quedo con ella. Tenemos asuntos de los que hablar.

Él nos mira, sabe que no puede discutir con Emma, y se va después de darme un beso en la mejilla.

Capítulo 12

Travis

Camino en silencio por las calles medio vacías, con el móvil en la mano y la cabeza llena de ideas arremolinadas. Hace fresco, aunque no lo suficiente como para espabilarme. Al menos no llueve. Me giro el cuello del abrigo y marco el número de mi madre para hablar con ella mientras voy al hotel y distraerme con sus chismes.

—¿Ya era hora, no? —responde antes siquiera de decir hola.

—Hola, mamá.

—¿Dónde estás? No me digas que sigues en Nueva York.

—Sigo en Nueva York.

—Travis, llevas días fuera. ¿Pasa algo?

—Nada grave. Solo... un par de cosas que no puedo dejar a medias. Trabajo, ya sabes.

—¿Y eso no se puede contar por teléfono? Mira que yo no soy de esas madres que se meten en todo, pero me tienes en ascuas. Ahora todo se hace a distancia, ¿de verdad tienes que estar tú? No te veo en una ciudad como esa.

—Lo sé. No podría vivir aquí. —Miro los edificios altos a mi alrededor y me encojo de hombros—. Es que han sido días raros.

—¿Y vas a decirme qué haces allí exactamente o tengo que empezar a imaginarme cosas?

—Nada que no pueda manejar. He cambiado de agencia de publicidad, solo eso, y quiero asegurarme de que estos son decentes, algo que se percibe mejor en el cara a cara. No te preocupes.

—Claro que me preocupo, hijo. Desapareces de pronto y no veo la necesidad. ¿Es que no hay agencias de esas en Arizona?

—No tienen el mismo alcance. Volveré pronto, te lo prometo.

—Pues más te vale descansar algo, que llevas meses sin parar. Y no hace falta que me lo cuentes todo, pero un mensaje de vez en cuando no estaría de más. Uno breve, con un «sigo vivo» me vale.

—Tienes razón. Lo haré.

—¿Y tienes idea de cuándo vuelves?

—Depende de cómo vaya mañana. Tengo una reunión importante con la agencia nueva. A partir de ahí, veré.

—Bueno. No te agobio. Solo quiero asegurarme de que estás bien. Llámame cuando puedas, ¿vale?

—Lo haré. Y gracias.

—Cuídate, Travis. Y come algo decente, que allí me han dicho que todo es comida basura —añade como si en una ciudad tan grande no hubiera sitios de comida normal.

—Lo intentaré.

Cuelgo con una mezcla rara entre calma y nudo en el estómago. Mi madre no sabe nada, pero me conoce demasiado bien. Guardo el móvil y acelero el paso. El hotel está cerca, pero mi cabeza sigue lejos.

Luego he llamado a Markus, el gerente de mi empresa. Quería saber por qué diablos he cambiado de agencia sin avisar, justo cuando estamos a punto de lanzar la campaña más ambiciosa del año. Le he explicado que la decisión es firme, que no voy a seguir trabajando con gente que no tiene ni palabra ni ética. Ha gruñido al otro lado de la línea, pero cuando le he dicho que Blue Media está tan entusiasmada con el proyecto que han prometido adelantar tiempos para cubrir el desfase, ha dejado de discutir. Solo ha dicho que espera que cumplan, que necesitamos la campaña cuanto antes. Y tiene razón.

Cuando por fin cuelgo, ya estoy en la habitación y pido algo de cena. Estoy agotado, me duelen los pies y tengo la cabeza embotada. Tengo varios mensajes de mi ex, que ni abro. No quiero saber qué tiene que decir ahora. Cualquier cosa que venga de ella solo me recuerda por qué no funcionamos, y cómo me mintió. No sé si por su culpa, pero pensar en mi ex hace que Megan vuelva a mi mente, a pesar de haber tratado de no pensar en ella con las llamadas a Markus y a mi madre.

No sé qué tiene esa mujer. No entiendo por qué no puedo quitármela de la cabeza, por qué me ha tocado algo que creía olvidado. Me atrae su fortaleza y me conmueve su tristeza. Me provoca ganas de protegerla de todo, o no, no es exactamente eso. Tal vez... es ella.

Cierro los ojos y me duermo con Megan en mis sueños. Con su cuerpo, su sonrisa, su voz, y con lo que me pasa por dentro cuando está cerca. Pensar en ella me provoca sensaciones nuevas que creía dormidas, siento que mi piel arde y el deseo se instala bajo mis calzoncillos.

Me despierto muy temprano, bajo a la calle, compro un par de cafés, algo de bollería que huele tan bien que me olvido de mi absurda dieta de avena, y me planto en el hospital. Quiero verla antes de ir a la reunión con Blue Media.

Cuando llego, está sentada en la cama con mejor aspecto. Lleva el pelo recogido en un moño desordenado y el horrible pijama de hospital le queda grande, pero aun así tiene esa luz que no se puede fingir. Me sonríe al verme, y eso basta.

—Te he traído desayuno —le digo, alzando la bolsa con cierta teatralidad.

—¿Con cafeína o sin? —pregunta, alzando una ceja.

—Descuida, todo apto para embarazadas quisquillosas. He leído hasta un blog de nutrición esta mañana. No quiero meter la pata.

Nos reímos. Comemos. Ella moja el croissant en la leche como si llevara años sin hacerlo y por un instante, la veo relajada. Ha vuelto el color a sus mejillas y se le han ido las sombras de los ojos. O al menos, algunas.

El médico entra poco después. Le han hecho nuevas pruebas a primera hora y, tras revisar la analítica y hacerle una ecografía rápida, confirma que puede irse a casa ese mismo día. Le entrega unas recomendaciones de dieta, una cita para la revisión y poco más. Todo parece estar en orden. Lo dice con una sonrisa discreta, y a mí se me aflojan los hombros del alivio.

—Emma viene a recogerme —dice ella, al verme mirar el reloj cada poco—. Tú ve a tu reunión. Estoy bien.

Le creo. Y además, verla así, con color en las mejillas y las ideas más claras, me tranquiliza. Aun así, me cuesta salir.

—¿Seguro?

—Sí, solo prométeme una cosa.

—Lo que me pidas.

—Que Blue Media y tú os vais a comer a Blake Walton con patatas.

—Lo intentaré.

En cuanto llega Emma, me marcho. No quiero que piense que no confío en ella. Pido un taxi y, camino de la agencia, llamo a mi hermano Winston. No sé qué hacer ahora con Megan, dejarla sola me hace sentir mal, pero sé que no quiere volver al rancho. Y yo estoy decidido a no perderla de nuevo. Solo puedo contarle esto que me pasa a mi hermano, necesito saber su opinión.

—Cuando llamas a estas horas, algo raro pasa.

—¿Sabes qué es raro? —le digo nada más descolgar, mirando la ciudad desde la ventanilla del taxi—. Que esté en Nueva York cuidando de una chica que no veía desde que teníamos bicicletas con pegatinas y helados que se derretían antes de cruzar la calle.

Winston tarda un segundo en contestar, lo justo para procesar.

—¿Chica?

—Megan Collins. ¿Te acuerdas? Mi amiga del instituto que vivía dentro del rancho, la que venía a los rodeos y me ganaba al ajedrez sin despeinarse. Nos encontramos hace poco, en la agencia que contraté. Está embarazada, la han dejado tirada en medio de un lío y... no sé, ha pasado algo. No entre nosotros, exactamente. Pero algo.

—¿Y ese algo es lo que te ha hecho coger un avión privado cuando prometiste no hacerlo nunca?

—No me preguntes por qué, porque todavía lo estoy averiguando. Vine sin pensarlo en cuanto me enteré de que no estaba bien, ¿sabes? Le dio una lipotimia y la ingresaron en el hospital. ¿No te parece una señal que justo la estuviera llamando yo en ese

momento? Ahora no sé si quedarme o volverme como si nada. Y no sé si es por ella o por mí.

—¿Y ella qué quiere?

—Buena pregunta. No lo sé. Es lista, independiente y está acostumbrada a apañárselas sola. No me ha pedido nada, pero tampoco me ha echado. Y cuando me ve, siento que se le relaja la mirada. No sé si eso significa algo, pero yo lo noto.

Winston se queda callado unos segundos, y luego suelta:

—Bueno, tú quédate el tiempo que necesites si a ella no le importa. Lo raro sería que no estuvieras ahí. Te conozco, Travis. Cuando te importa alguien, no sabes mirar hacia otro lado. Quizá te sirva estar unos días para aclararte. Tampoco hace falta tenerlo todo claro desde el minuto uno.

—No, claro. Pero reconozco que hay algo en esta historia que me descoloca.

Winston se ríe al otro lado.

—Pues nada, ya me contarás. Solo te pido que no desaparezcas sin decir nada, que mamá ya me ha preguntado dos veces por ti.

—No desaparezco, pesados, solo me he salido un poco de la ruta. Estáis demasiado acostumbrados a que lo tenga todo bajo control.

—Así es, no es propio de ti improvisar. De todas formas, a veces salirse de la ruta es lo que hace falta para encontrar algo aunque no lo busques.

—O para meterme en un buen lío.

—Eso también —dice, riéndose otra vez.

Y tiene razón, como siempre.

Llego a Blue Media con la cabeza medio embotada y un nudo en el estómago. Pero me reciben bien. El equipo es joven, entusiasta, y el ambiente no tiene nada que ver con la frialdad impoluta de la agencia anterior. Blue Media es moderna, podría estar en Silicon Valley, mientras que Walton Publisher emana una seriedad casposa. Me enseñan sus ideas, hablamos de la campaña y, a diferencia de la de los hermanísimos, siento que alguien escucha de verdad lo que quiero transmitir con mi marca. No hay promesas vacías, solo trabajo bien hecho. Y eso me convence.

Cuando salgo de la reunión, sé que he tomado la decisión correcta.

Sin pensarlo demasiado, en lugar de volver al hotel, cojo otro taxi y le doy la dirección de Megan.

Capítulo 13

Megan

Travis llega cuando Emma y yo estamos en plena conversación sobre si el azúcar de los bizcochos se puede sustituir por plátano. *Spoiler*: no. Emma ha decidido quedarse unos días conmigo, al menos mientras se estabiliza mi tensión y puedo moverme con soltura. Travis entra con la chaqueta aún puesta, el sombrero en la mano y una expresión curiosa que mezcla educación, timidez y una pizca de torpeza encantadora. Emma se levanta en cuanto lo ve y le lanza una sonrisa pícara.

—Justo a tiempo, vaquero. Yo me voy a casa a por algunas cosas. Prometo volver con cena para tres. ¿Te parece bien, Megan?

—Perfecto —contesto, aunque tengo la sospecha de que su repentina marcha tiene truco. Me guiña un ojo al pasar junto a mí y no puedo evitar sonreír. Me está dejando sola con él a propósito.

Cuando la puerta se cierra, se instala entre nosotros una pausa incómoda. Yo estoy recostada en el sofá, con una manta sobre las piernas. Él parece no saber dónde poner las manos, ni si sentarse, quedarse de pie o salir corriendo.

—Puedes quitarte las botas, ¿sabes? Y el sombrero también —le digo—. Estás en un piso de Nueva York, no en una cabaña del viejo oeste. Ponte cómodo. Hay zapatillas de hotel en el armario de la entrada.

Él asiente sin decir nada y obedece. Le oigo quitarse las botas con un leve suspiro de alivio y rebuscar en el armario.

—¿Esto sirve? —pregunta, enseñando unas zapatillas blancas con el logo del Hotel Continental Miami Beach, y me sacudo la imagen de Blake y yo disfrutando del jacuzzi de la habitación. Un sabor amargo me sube desde la boca del estómago.

—Sirve —respondo— ¿Puedes traerme agua?

Va a la cocina, coge dos vasos y una botella de la nevera, y regresa. Se sienta frente a mí, me sirve el agua y, por fin, parece relajarse un poco.

—¿Cómo está el rancho? —le pregunto, por decir algo que no tenga que ver con qué hace aquí, cuidando de mí, cuando podría estar en cualquier parte del mundo.

—Tranquilo. Bueno, ahora un poco patas arriba sin mí. Mi madre dice que los caballos ya me echan de menos. Y yo a ellos, la verdad.

—¿Te gusta tu vida allí?

—Ahora sí.

Hace una pausa. Bebe un sorbo de agua. Y entonces, sin que yo se lo pida, empieza a hablar de los diez años que llevamos sin vernos.

—Nunca pensé en quedarme a vivir en el rancho y hacerlo mi vida. Quiero decir, sí, lo quiero. Es mi casa, mi familia... Pero cuando era crío, soñaba con salir, conocer mundo. Como hiciste tú. Ir más allá del pueblo, de los rodeos y de las ferias ganaderas. Mi padre nunca lo entendió. Me dejaba estudiar, sí, pero no aprobaba que quisiera alejarme. —Vuelve a hacer otra pausa y veo su mirada pedida hacia quién sabe dónde—. Todo lo que conseguí, después de muchas peleas y con mi madre de mi lado, fue ir a la universidad de Los Ángeles. Tres años que los viví como lo mejor que me podía pasar. Me sentía libre, hice muchos amigos de diferentes lugares… Y

fue el cambio que necesitaba y que me ha hecho ser lo que ahora soy.

—¿Ganadero? ¿Rico..? —sonrío con malicia.

—Ambos —me devuelve la sonrisa y aprovecha para dejar el vaso sobre la mesa. En ese gesto veo su pelo rubio, decolorado por el sol, unas pequeñas arrugas, casi imperceptibles, en el rabillo del ojo, y las pestañas más largas que he visto jamás. No puedo negar que es muy guapo—. En la universidad conocí a gallegos que hablaban de sus vacas rubias y de un tal churrasco con tanta pasión que me picó la curiosidad. También a unos argentinos que hacían cortes de carne diferentes y la trataban como si fuera arte. Entre todos nos hicimos unas cuantas barbacoas y aprendí sobre la industria cárnica más que en las clases.

—¿Y eso te cambió? —pregunto, con curiosidad sincera.

—Me dio ideas y me hizo querer saber más. No te he dicho que estudié tecnología de los alimentos. No lo elegí por nada en concreto. Fue un poco casual. Además de eso, en Los Angeles me enamoré un par de veces, me desencanté, empecé a cuidarme con mis amigos en plan comida sana y deporte, y aprendí que la carne no es solo carne. Es historia, tradición, ciencia... Cuando volví, estaba decidido a aplicar todo eso, crear mi propia empresa y buscar trabajo fuera de Willow Creek. Pero mi padre me negó todo, nos pasábamos los días enfadados, sin hablar, y... bueno, falleció antes de que pudiera convencerlo —suspira y me parece ver agua en sus ojos. Le acaricio la mano y enseguida la retiro. No sé por qué lo he hecho—. Me tuve que quedar en el rancho, sacar a mi madre y a mi hermano adelante, y dejé mis sueños pasar. Al principio seguí su forma de gestionarlo, por respeto o por inercia, no lo sé. Hasta que un día me dije que podía hacer más. Volví a estudiar y empecé a cruzar razas, a trabajar con genetistas, a viajar a Argentina, a Galicia. Y ahora, tengo una línea de producto que sé que es buena. Muy buena. Pero me niego a convertirme en una macroindustria.

Quiero seguir siendo un granjero, un buen granjero, y distribuir nuestra carne por todo el país. Por eso llegué a la agencia en la que trabajabas. Lo demás, ya lo sabes.

Me quedo callada, mirándolo mientras él se recuesta en el sillón. Siento que está abatido. Sin embargo, hay algo en cómo lo cuenta, con voz pausada, en la forma en que se frota la nuca cuando habla de su padre, en cómo se le iluminan los ojos al mencionar su carne… Es puro sentimiento. Me doy cuenta de que estoy completamente embobada. No es solo por la historia, sino por él. Por lo que transmite, y lo cerca que me siento de este Travis que es mitad el niño que conocí y mitad un hombre hecho a sí mismo, con cicatrices que aún duelen.

Un escalofrío me recorre la espalda. No sé si es por lo que siento o por lo mucho que me esfuerzo en no sentir.

Entonces llega Emma, cargada con bolsas.

—¡Ya estoy aquí! He traído comida china, aunque si preferís algo más saludable, os aguantáis. Porque huele que alimenta.

Ayudamos a poner la mesa, bueno, ellos lo hacen mientras yo me encargo de supervisar desde el sofá. Emma y Travis se entienden a la primera. Se ríen, se pasan platos, se lanzan pullas suaves. Yo los miro desde mi rincón con una sonrisa que no sé si es sincera o si está disfrazando algo más. Un pinchazo de… ¿celos? ¿De verdad?

No puede ser. No tiene sentido.

Cenamos en la mesa del sofá, entre risas y anécdotas de la niñez que Emma no tenía que saber y que va a utilizar para burlarse de mí lo que me queda de vida. Acabamos tarde. Emma recoge los restos y deja todo preparado para el desayuno y nos dice que se va a dormir.

—Mañana tengo un juicio temprano, así que, si te parece bien, Travis, puedes venir a quedarte con Megan hasta que acabe. Así tú descansas tranquila, cariño, y no te ocupas de nada.

La miro contrariada. No puede pedirle eso. Voy a protestar cuando Travis se incorpora y recoge su chaqueta del respaldo.

—Si tienes wifi, puedo trabajar desde aquí sin problema. No quiero molestar, pero si necesitas que me quede, vengo a pasar el día contigo...

—Pues… —no sé qué decir. Los miro a uno y a otro, estoy cansada y mi cabeza va más lenta de lo normal. ¿Quiero que se quede conmigo? ¿Por qué iba a hacerlo?

—Perfecto —suelta Emma ante mi falta de respuesta.

Nos reímos. Y mientras él se va, dejando su sombrero en el perchero sin darse cuenta, yo me quedo con la sensación de que algo está cambiando. Dentro de mí. O quizá entre los dos. Pero aún no quiero pensarlo demasiado. Porque si lo pienso, me asusta porque ya sé lo mal que me sienta soñar y que no se cumpla nada. Y ahora mismo, lo último que necesito es otro susto. Todo esto no es más que una coincidencia y en dos o tres días estaré bien para volver a buscar trabajo y olvidarme de los Blakes y los Travis del mundo.

Capítulo 14

Travis

Llego al piso cargado como si fuera a quedarme una semana. Llevo el portátil, la mochila con el cableado necesario para montar un despacho improvisado, un sombrero de repuesto porque me dejé el de ayer (algo extraño para un vaquero como yo), y una bolsa de papel que huele a desayuno recién hecho: dos cafés con leche de avena, muffins, un par de bagels y un bol de yogur con fruta que me pareció algo sano para equilibrar tanta mantequilla.

La verdad es que no he dormido mucho. Me pasé la mitad de la noche dando vueltas en la cama del hotel, pensando en ella, en su cara pálida cuando se desmayó, en sus ojos grandes mirándome con incredulidad cuando despertó en el hospital y en su voz ronca cuando susurró que el bebé estaba bien.

Megan siempre ha sido guapa, pero ahora… hay algo más. Algo que me desarma. Puede que sean las curvas suaves que han empezado a marcarse en su cuerpo, o la forma en que se muerde el labio cuando está incómoda. Quizá sea la mezcla explosiva entre la mujer que ha vivido más de la cuenta y la niña que me quitaba el bocadillo en el recreo. Que me atrae como las moscas que rondan el cobertizo es algo que no me puedo negar a mí mismo. Es verdad que podía haber escogido a otra agencia que no fuera Blue Media, lejos de Nueva York, pero estar cerca de Megan inclinó la balanza. Mucho.

Aun así, soy realista. Megan va a tener un bebé de otro y no quiere saber nada de Willow Creek. Además, yo ya tengo suficiente con mis propios líos como para complicarme la vida con sentimientos que no llevan a ninguna parte y que me pueden partir en dos. Otra

vez. Porque no sé si me gusta la mujer que es ahora o el recuerdo que tengo de la Megan adolescente, que me provocaba sueños húmedos y fantasear con un hogar junto a ella.

Así que he tomado una decisión: voy a estar aquí como amigo. Solo eso. La cuidaré mientras lo necesite. Y luego me iré. Volveré a mi vida, probablemente sin ella.

Llamo al timbre con el codo, porque tengo las manos ocupadas, y tras un par de segundos, la puerta se abre despacio. Megan lleva una camiseta de pijama enorme, que le cae por un hombro, y un moño alto bastante torcido. Tiene cara de no haber dormido mucho.

—¿Estás bien? —pregunto enseguida.

Ella niega con la cabeza. No habla. Se limita a dar un paso atrás para dejarme pasar y luego, sin previo aviso, se deja caer en el sofá. Cuando dejo las cosas en la mesa y me acerco, veo que tiene los ojos enrojecidos.

—No me encuentro bien —murmura—. No es que me duela nada. Es… todo.

Se tumba en el sofá. No me lo pienso dos veces y me siento a su lado. Levanta la cabeza y se recuesta sobre mí, apoyada en mi regazo como si fuera lo más natural del mundo, y suspira. Le acaricio el pelo, despacio. Luego deslizo la mano por su brazo desnudo, en círculos lentos. Está tensa, agotada o ambas cosas.

Ella no dice nada. Yo tampoco, solo siseo como a un bebé o a mis animales cuando están enfermos.

Pasan unos minutos y su respiración se vuelve regular. Se ha dormido. Así, como si estuviera a salvo. Como si yo fuera un refugio y no un tipo al que no veía desde hacía diez años hasta hace unas semanas.

Con la otra mano, saco el portátil y lo coloco sobre el apoyabrazos. Me conecto al wifi y reviso los correos. Blue Media me ha mandado la propuesta de campaña, y tengo que reconocer que está muy por encima de lo que esperaba. Las ideas son frescas, diferentes. Se nota que han querido impresionarme, quizá porque venía de la competencia. Y lo han hecho. Me gustaría comentarlo con Megan, pero no la voy a despertar por esto.

Un rato después, Megan se mueve un poco. Abre los ojos, se incorpora despacio y parpadea, aturdida.

—Perdona —susurra—. No quería quedarme dormida encima de ti. Bueno, no es que… en fin. Las hormonas me tienen frita. Perdona.

—Tranquila. Has dormido veinte minutos, más o menos. Y ni he notado el peso. —Mentira. Pero suelto una sonrisa para que se relaje —. ¿Te apetece echarme una mano con esto? Me vendría bien tu opinión experta.

—¿Con qué?

Le paso el portátil. Ella se estira, se arremanga, y sus dedos vuelan sobre el teclado para abrir los archivos y revisar las presentaciones y el video que lo acompaña.

—Oh. Esto es bueno. Mejor que lo que estaba haciendo nuestra…, digo, la anterior agencia, para ser honesta —me dice—. ¿Has visto este detalle del etiquetado? Está muy bien planteado para resaltar la trazabilidad del producto. Y este enfoque gourmet… me encanta. Aunque aquí —señala un bloque de texto— les diría que no mencionen «elaboración artesanal» tantas veces. Empieza a parecerse a un catálogo de panadería *hípster*.

—¿Puedo copiar todo lo que dices y fingir que lo he pensado yo?

Suelta una carcajada que me llena el pecho de una alegría nueva. Me gusta verla así.

—Solo si me invitas a otro muffin.

—Trato hecho, aunque no deberías comer mucho azúcar.

Revisamos juntos el documento y todas las opciones el resto de la mañana. Ella me dicta unas correcciones, me da sugerencias y me pone en alerta de posibles dificultades que podrían aparecer al filmar los anuncios, y yo escribo el correo de respuesta. Le digo que usaré sus palabras, con su permiso, y ella se encoge de hombros. Está mucho mejor que al despertarse. Veo un brillo en sus ojos que ayer no estaba.

Y entonces su estómago ruge. Nos miramos. Ella se tapa la cara con las manos y ríe, avergonzada.

—Voy a hacer la comida. —Dejo el portátil en la mesa y me levanto.

—¿Tú cocinas?

—Soy ranchero. Y si algo aprendemos en el campo es a no morirnos de hambre. Además, tengo órdenes específicas de Emma y las tengo que cumplir o no volverá a confiar en mí.

Se apoya en el marco de la puerta, aún con media sonrisa dibujada, mientras me observa moverme por la cocina.

—Emma es especial.

—Lo es —asiento sin girarme, sacando cosas de la bolsa como si supiera dónde está todo—. Es lista, directa, divertida y algo mandona, pero se hace querer…

—Y te gusta.

Lo pregunta bajito, como si no lo hubiera pensado. Me quedo un segundo quieto, por lo inesperado de la pregunta, sujetando una

caja de huevos.

—¿Emma?

—Sí. Se nota que os lleváis bien. Hacéis buen equipo.

Me encojo de hombros y saco una sartén. Me muevo para hacer tiempo mientras pienso una respuesta.

—Supongo. No sé. No me he parado a pensarlo mucho. Puede que me guste más otra persona, aunque ella no está nada mal.

Levanta una ceja. Pero yo creo que se hace la distraída, como si mi respuesta no la convenciera aunque trate de reflejar que no le importa.

—Bueno, seguro que en cuanto vuelvas a Willow Creek vas a tener a todas las jóvenes casaderas del condado haciendo fila. Pasteles caseros, conservas en tarros con lacito, ganas de comerte a cachos, esas cosas.

Suelto una carcajada mientras bato un par de huevos en un bol.

—Seguramente sea así. Creo que el otro día una me dejó un bizcocho en el buzón con su número de teléfono escrito en el glaseado.

—¿Y te lo comiste?

—Lo tiró mi madre. Dijo que no era higiénico.

Nos reímos los dos. No sé muy bien por qué, pero hablar así con ella me hace sentir en casa. Incluso en medio de una cocina enana en el corazón de Brooklyn y mi ropa de *cowboy*.

Deja que me mueva a mis anchas mientras pongo agua a calentar y saco unas verduras del cajón. Mi teléfono suena encima de la mesa, pero no le hago caso. Luego suena el suyo.

—Hola, Emma. ¿Qué tal ha ido el juicio? —deja el manos libres activado para que yo también participe.

—Bien, bien, ¿tú cómo estás?

—Mucho mejor que ayer. Un poco rara, nada más.

—Meg, ha surgido algo. Tengo que ir a ver a un cliente a Boston.

—¿Boston?

—Sí, y no podré quedarme contigo esta noche. ¿Te importa que se quede Travis?

—Estoy bien —responde enseguida, y me mira—. De verdad. No estoy enferma ni nada, no hace falta que se quede nadie.

Esta frase hace que me gire y me acerque a ella. Su fragancia me llega hasta el fondo de mis fosas nasales. Dios, que bien huele. Tengo las ideas alteradas, esto no es normal.

—Lo sé, cariño. Pero me quedo más tranquila si hay alguien contigo. Por si te mareas otra vez o cualquier cosa.

Nos miramos unos segundos sin decir nada. Sé que no quiere pedirme algo así, es demasiado para un amigo con el que todavía no hay confianza. Aunque ella no sabe que mi único motivo de este viaje es estar a su lado.

—Me quedo —anuncio con calma—. No pasa nada, Megan. No voy a darte conversación si no quieres. Me puedo quedar en el sofá con el portátil. Solo por si necesitas algo.

Acepta con un gesto de la cabeza, sin decir nada. Me sorprende lo natural que suena. Y lo bien que me sienta que me deje estar aquí, aunque no se lo voy a decir.

—Está bien, Emma, Cuídate.

—Y tú. Te quiero.

Vuelvo a la cocina, revuelvo los huevos en la sartén y finjo no haber notado que sigue observándome. ¿Qué le pasará por la cabeza? ¿Resistiremos a una noche juntos?

Capítulo 15

Megan

No recuerdo la última vez que cené tan a gusto. Supongo que ayuda el que no haya tenido que cocinar, que la compañía sea buena y que el postre haya sido de chocolate. Y por supuesto, también es por Travis y su manera de estar sin agobiar y de llenar los silencios con calma.

Sirve los platos con gesto concentrado, como si estuviera montando una exposición. El olor es delicioso.

—No está nada mal —comento, olisqueando el contenido con exageración—. Si además sabe bien, te consigo una estrella Michelin para el rancho.

—Cuidado, que una vez gané un premio con mi chili en el concurso de Willow Creek.

—¿Ese en el que solo competiste tú y tu primo? —Me acuerdo bien de ese día. A la familia de Travis le encantaba organizar juegos en el rancho.

—Había un tercer participante —responde con tono ofendido.

—Sí. El caballo de tu abuela. Que se comió tu chili sin pestañear.

Estallamos en carcajadas al mismo tiempo. Es una risa limpia y sincera, de las que solo surgen cuando tienes historias compartidas.

—¿Te acuerdas de la vez que intentaste enseñarme a montar? —sigo, tirando de los hilos de la memoria que parecen haberse despertado de un gran letargo.

—¿Que intenté, dices? Te montaste al revés, Megan. ¡Al revés! Y luego te caíste de culo en el barro.

—Estaba nerviosa y no dejaba de pensar en que tu caballo se llamaba Cactus. ¿Qué clase de persona llama así a un animal?

—Una que tiene sentido del humor o un trauma con las plantas, no sé.

—Y luego me llevaste a casa, empapada, cubierta de barro y con la dignidad a la altura de los tobillos. Mi madre pensó que nos habíamos peleado.

—Yo pensé que me ibas a matar.

—Te lancé un zapato, ¿recuerdas?

—Por eso lo pensé.

Nos reímos otra vez. Él coge su vaso y me hace un gesto como de brindis silencioso. Yo levanto el mío.

—Por las adolescencias ridículas.

—Y a las amistades que sobreviven a los zapatos voladores.

Chocamos los vasos de agua y, por un instante, me quedo mirándolo. Este Travis que tengo delante no es el niño flacucho de entonces. Pero tiene la misma forma de hacerme reír. La misma manera de mirarme como si nada de lo que diga pudiera asustarlo.

Me gusta.

—¿Te acuerdas de aquella vez que intentaste saltar desde el granero al pajar? —pregunto con la boca llena de ensalada, para romper el silencio que empezaba a ponerse tenso—. Seguro que lo hiciste para impresionarme.

Travis se ríe al ver el mohín de mi cara, traga su bocado de pollo y niega con la cabeza.

—¿Cómo olvidarlo? Me torcí el tobillo y estuve cojeando una semana entera.

—¡Pero te hiciste el machito! Me dijiste que era solo una torcedura de nada y luego no pudiste ni subir al autobús del instituto sin que el conductor te ayudara.

—Eh, tenía mi orgullo —responde alzando una ceja—. Además, tú fuiste la que me dijo que los chicos valientes eran más atractivos.

—¿Yo dije eso? ¡Sería porque tenía catorce años y acababas de regalarme una lata de Coca-Cola con una pegatina de caballos! ¿Qué iba a hacer? ¿Destrozarte la autoestima?

Travis se ríe con la cabeza echada hacia atrás, y su carcajada llena el salón como si tuviera eco. Es un sonido que me transporta a otros tiempos y me hace sonreír de inmediato.

—¿Y tú? ¿Te acuerdas de lo enamorada que estabas del profesor de historia? —contraataca con una sonrisa traviesa—. Ese pobre hombre no podía ni escribir en la pizarra sin que tú lo miraras embobada.

—¡Mentira! —protesto con la servilleta en la mano, dispuesta a lanzársela. Él se aparta entre risas—. Lo que pasa es que… tenía una letra muy bonita. Y olía muy bien. Tú no podías entenderlo.

—Ajá, claro. La letra…

Me lanza una mirada burlona por encima del vaso.

—No olvides que yo me sentaba justo detrás de ti. Te vi escribir Sr. Anderson en el margen de tu libreta. Y le dibujaste un corazón.

Me echo a reír tan fuerte que casi me atraganto.

—¡Eso te lo estás inventando! Yo no lo recuerdo.

—¡No me lo invento! Y lo peor de todo es que, una vez, escribiste «Megan Anderson».

—¡Travis! —le increpo aguantándome la risa. No recuerdo cuando fue la última vez que reía tantas veces seguidas sin importarme lo que pensara nadie.

Él se encoge de hombros y sé que está mintiendo.

Cuando acabamos la cena me quedo medio vencida sobre el respaldo del sofá mientras él se lleva los platos a la cocina. Desde mi ángulo, lo observo de reojo. Lleva el cabello algo alborotado, los brazos se le marcan cuando carga con los platos, y su fuerza me eriza la piel de deseo. Pero lo que realmente me deja sin palabras es ver cómo se pone a fregar.

—¿Lo estás haciendo en serio? —pregunto desde el salón, divertida.

—¿El qué?

—Fregar. Quiero decir… eres un vaquero, un machote, y además, el CEO de una empresa importante. Se supone que deberías estar ahí, de pie, apoyado en la encimera, dejando que lo haga otra persona. ¿No va con el personaje?

—Estoy fuera de mi rancho, señorita. Aquí las reglas son otras. Aunque, a decir verdad, en casa me ocupo de mis cosas. Menos cuando mi madre viene a mimarme, como dice ella.

—Ja, me la imagino. Es que…, un *cowboy* fregando platos es histórico —murmuro, como si narrara un documental.

Él ríe bajo, pero no se gira. Solo sacude la cabeza mientras aclara una sartén.

Yo me muerdo el labio. Porque no quiero reconocer que lo estoy mirando como una tonta. Que me he fijado en su espalda, en la forma en que se mueve, en cómo le queda esa camiseta gris tan gastada que parece diseñada para provocarme algo y en el culo que le marcan los vaqueros, y que mueve ligeramente al fregar. ¿Cómo sería ese balanceo sobre mí con mis manos en sus nalgas?

No debería estar mirándolo así; no debería estar pensando en eso.

—¿Qué pasa? —pregunta, volviéndose por fin con un plato seco entre las manos—. Estás muy callada.

—Pensando —respondo, y me enderezo—. En… bueno. En cuando éramos pequeños. No sé, eras tan distinto y escuálido. Te recuerdo con el pelo siempre despeinado y la camisa por fuera.

—No he cambiado tanto —dice, dejando el plato en la pila.

—Oh, créeme. Has cambiado mucho, al menos por fuera.

Me mira con una sonrisa ladeada. Como si no supiera muy bien si tomarse eso como un cumplido o no.

—¿Y tú? —pregunta de pronto—. ¿Te reconoces?

—¿En quién soy ahora?

Afirma con la cabeza mientras se seca las manos y se acerca al sofá.

—A veces. Y otras, no tengo ni idea de quién soy, ni de cómo he llegado a esto. Supongo que eso forma parte del juego.

—Tú siempre fuiste lista. Tenías algo distinto a las demás. No sé qué era, pero lo tenías.

Me río, bajito, sin saber muy bien cómo recibir eso. No soy buena aceptando cumplidos y menos cuando vienen de alguien que me mira como me está mirando él ahora.

—¿Y tú? ¿Qué querías ser de mayor?

—Ganadero de éxito mundial y estrella del rock.

—Ajá. ¿Y qué pasó con lo de estrella del rock?

—Que no sé cantar. Y lo del éxito mundial… bueno, estoy trabajando en ello.

Nos miramos tan sonrientes que parecemos dos muñecos en la feria esperando a que un niño acierte en la diana.

—Me voy a acostar, Travis. Gracias por todo. Me muero de sueño.

—Sí, debes descansar. Si no te importa, dejaré la puerta abierta de la habitación de invitados para oírte si me necesitas.

Una hora más tarde, estoy tumbada en mi cama, con la luz apagada y el corazón encogido. No puedo dormir a pesar del tremendo cansancio que siento en mi cuerpo.

Todo debería estar bien. Ha sido un bien día. Sin embargo, no lo está. Porque el futuro se me presenta como una habitación sin ventanas, y el bebé que llevo dentro, aún no tiene un sitio en el mundo, ni sé de qué vamos a vivir, porque estoy sola.

Me echo a llorar con lágrimas que caen sin ruido, como si buscaran hueco en la almohada. De pronto, oigo pasos. La puerta se abre despacio.

—¿Megan?

Me incorporo, limpiándome la cara sin disimulo.

—Estoy bien —miento.

—¿Puedo…? —Señala el interior con la cabeza.

—Sí, claro, pasa.

Avanza hasta quedar junto a la cama. Se apoya en la mesilla, sin moverse.

—Ya me voy —dice al cabo de un momento, con voz suave—. Solo quería saber si necesitabas algo. No he podido evitar escucharte. ¿Seguro que estás bien? ¿Te traigo agua?

—Estoy bien, de verdad. Vete a dormir. Gracias

Me muerdo el labio. Miro su silueta en la penumbra al pasar por la puerta y escucho mi propia voz que sale sin pensar.

—Mejor, quédate. Solo… abrázame. Necesito un abrazo —sollozo con las lágrimas agolpadas en mis ojos a punto de salir a borbotones. La sensación de soledad me hace sentir minúscula. Solo necesito que alguien me haga sentir querida, aunque no sea real.

Él duda un segundo. Luego se descalza y se tumba detrás de mí con tanto cuidado, que casi ni noto el colchón hundirse. Me abraza por la cintura, apoyando el mentón en mi hombro. Su respiración es cálida, acompasada. Me dejo envolver por ella. Por él.

No hablamos, solo respiramos. El silencio ya no duele tanto cuando unos brazos fuertes te abrazan.

En cuanto me calmo, noto un cosquilleo. Ese roce invisible que recorre mi piel. No sé si es el embarazo, que me tiene trastornada, o es él y mis sueños juveniles que enterré en un lugar de mi corazón, pero deseo que me bese. Es lo único que ocupa ahora mi mente.

Giro despacio la cabeza. Su boca está ahí, a pocos centímetros. Y sin decir nada, lo beso.

Un roce, apenas.

—¿Estás segura? —pregunta, con la voz grave y un poco rota.

—Lo estoy.

Él se gira más. Me busca y me encuentra. Sus labios son más firmes ahora, pasa la lengua por los míos, los humedece y yo abro apenas para dejarle paso. Nuestras lenguas se enredan y un jadeo sale de mi garganta. Él sonríe, me acaricia el rostro, luego la espalda. Me aprieta contra su cuerpo con una mezcla de urgencia contenida y ternura infinita. Me estremezco. Entonces, le tomo la mano y la guío hacia donde más necesito que esté, donde el deseo me está matando y ya siento que estoy lista para él.

—Espera —susurra, con la frente pegada a la mía—. No tenemos que hacer nada si…

—Quiero estar contigo —le interrumpo—. Solo eso.

Travis cuela los dedos por dentro de mis bragas y el placer que siento solo con ese gesto, me recorre entera como un latigazo. Con un dedo traza círculos y a la vez introduce dos en mi vagina. Exploto en un orgasmo demasiado pronto y sé que es por las hormonas. Aprieto las piernas con su mano entre ellas, aprisionándola para sentirlo más. Su mano es grande, dura y caliente. Nos besamos, nos acariciamos y no vamos más allá. Nos dejamos estar y entre las sombras del sueño que me llega demasiado pesado, quiero recordar si alguna vez él y yo nos tocamos así en el pasado. Sé que nunca nos acostamos, pero tengo como ráfagas de que hoy no ha sido la primera vez que estamos así. O lo soñaría…

Siento su abrazo, enredados bajo las sábanas, y le susurro que lo siento, que quizá no fue buena idea, él me responde acariciándome

el pelo.

—No hay nada que sentir.

Y con esas caricias, me atrapa el sueño.

Capítulo 16

Travis

Acompañar a una mujer embarazada al médico no es la típica cita que uno imaginaría para un jueves por la mañana, después de una noche de caricias sexuales, pero aquí estoy. Con mis botas impolutas, sombrero nuevo y el portátil en la mochila. Emma se quedó un día más en Boston, así que me tocó a mí. Y la verdad... no me quejo.

Megan está guapísima. Aunque no se lo voy a decir justo ahora, que tiene cara de sospechar de mí como si en vez de un rancho, tuviera un plan secreto para secuestrarla.

—No entiendo cómo un CEO como tú tiene tiempo para esto —murmura, sin mirarme.

—Tengo un buen equipo —le respondo, como si fuera lo más evidente del mundo, y pienso en el cabreo de Markus y de mi hermano Winston, que ya se queja de que estoy desatendiendo el negocio.

—No sé si creerte. De verdad que no lo entiendo, no tienes por qué hacerlo.

Sonrío. Nos sentamos en la sala de espera y saco el portátil. Aprovecho para mostrarle el panel de control de la empresa: cámaras del rancho en directo, mapa de calor del ganado, informes diarios de peso y alimentación. La tecnología al servicio del campo.

—¿Ves? Vivo en un pueblo, sí, pero no estoy aislado del mundo. Mi móvil suena más que el de un bróker. Solo que a veces, en vez de acciones, hablamos de terneros y pastos. No solo el rancho de

Willow Creek ha evolucionado, todo el pueblo de Cedar Valley ha hecho un esfuerzo por no quedarse aislado.

Ella se inclina un poco para mirar mejor. Me roza el brazo sin querer y no sé por qué, pero lo noto como si me hubiera puesto hielo sobre la piel.

—¿Así lo controlas? ¿Y con eso te basta?

—No siempre. Hay que estar en el día a día, pero me sirve. Mi trabajo ahora es más de gestión que de ordeñar vacas —río ligeramente—. Sé que tendré que volver pronto. No puedo dirigirlo todo desde aquí eternamente. Pero ahora...

La miro.

—Ahora estás aquí por mí —completa, ladeando la cabeza.

—Estoy aquí porque quiero. Y porque me lo puedo permitir. Somos amigos y los amigos se ayudan.

—Aun así, es demasiado. Tanto tiempo si vernos y ahora…

La enfermera nos llama. Cuando entramos a consulta, me doy cuenta de que atraemos miradas por todos lados. Ella también lo nota.

—No me extraña que la gente te mire así —susurra, mientras nos sentamos frente al doctor.

—¿Así cómo?

—Como si fueras un personaje de una serie de vaqueros que se ha escapado del set. Con esas botas, Travis…, el sombrero y…

—¿Mi sombrero? Eso sí que no puede ser un escándalo —la corto antes de que hable de mi físico, si es lo que sospecho que iba a hacer, por la mirada que ha paseado por mi cuerpo.

Ella se ríe, y su risa me desarma.

El médico es amable. Hace preguntas, revisa datos, observa sus análisis y finalmente dice:

—Todo va bien. El bebé está creciendo y los niveles están dentro de lo esperado. Pero tienes que tomarte las cosas en serio. Nada de cargar peso. Reposo parcial. Lo que más me preocupa es el riesgo de un pequeño desprendimiento, así que… tranquilidad.

—¿Puede viajar en avión? —pregunto sin mirarla.

El médico me lanza una mirada inquisitiva y Megan una asesina.

—¿Perdón? —dice ella.

El médico aclara:

—No es lo ideal, pero si se trata de un traslado, con cuidado, podría hacerse. No para ir de vacaciones, por supuesto, pero si es para estar con su familia, más acompañada, con ayuda… entonces sí.

Yo asiento. Megan frunce el ceño. Puedo oír cómo se le tensa la mandíbula.

En cuanto salimos del hospital, se suelta.

—¿Por qué has preguntado eso? ¿Estás loco?

—Solo ha sido una pregunta. Relájate.

—¡No, Travis! No es «solo una pregunta». ¿Qué significa eso de ir en avión? ¿Es que pretendes que me vaya a Willow Creek? ¿A vivir? ¿Con quién? ¿Contigo?

—No he dicho eso. Pero sería bueno que te cuidaran. Que no estés sola en tu apartamento, en una ciudad que no perdona. Emma

trabaja y el padre…, ya sabes. Además, tu madre estaría encantada de cuidarte. ¿Todavía no se lo has dicho? Sería bueno que…

—¿Y tú qué sabes lo que es bueno para mí? ¿Apareces de pronto en mi vida, después de años, y ahora crees que puedes decidir por mí?

—¡No estoy decidiendo! Estoy preocupado. Y tú estás empeñada en enfrentarte a todo sola.

—¡Porque es mi vida! ¡Mi bebé! —grita y le da igual que la gente de la calle nos mire.

—¡Lo sé! —Me detengo y la cojo suavemente del brazo—. Lo sé, Megan. Solo… cálmate. Esto no le hace bien al bebé. No te pongas así, por favor.

Ella me mira con los ojos brillantes, furiosa, herida y guapa como el demonio. Ahora mismo la besaría.

—¿Qué estás haciendo aquí, Travis? ¿De verdad? ¿Por qué ahora?

—Porque no podía quedarme en casa sabiendo que estabas aquí sola. Porque me importas.

Se suelta de mi mano. Da un paso atrás, aprieta los labios y, sin más, levanta la mano. Para un taxi. Entra antes de que yo reaccione. La puerta se cierra y el coche se aleja.

Me quedo quieto. Con la ciudad tragándome y totalmente confundido.

Camino de vuelta hasta su casa durante una hora. No sé muy bien qué espero. Que me escupa en la cara o que me abrace. Llamo a la puerta varias veces, sin respuesta. Apoyo la mano en la madera:

—Megan, sé que estás ahí, Hablemos, por favor.

Sigue el silencio. Suspiro, me coloco el sombrero y doy un paso atrás dispuesto a irme al hotel. Me giro, paso las manos por la cara y estoy a punto de bajar las escaleras cuando oigo el cerrojo. Me doy la vuelta.

Megan abre. Tiene los ojos rojos. No dice nada, solo hace un gesto para que pase. Entro y me quito el sombrero sin hablar. El silencio es espeso. Camino hacia el salón y dejo el sombrero en la mesa.

Sin mirarme aún, ella murmura:

—Lo siento. De verdad que te agradezco todo lo que haces, aunque no lo entienda. No me cabe en la cabeza que aparques tu vida por alguien que no es nada para ti. Yo tomé mi decisión hace años y la asumo. Tú, tú…

—Yo siento haber provocado esto. Pregunté sin más, no tengo planes de llevarte a ningún sitio. De verdad. ¿Quieres que me vaya?

—Puedes quedarte. Prefiero no estar sola por la noche, todavía.

Yo asiento despacio. Con el corazón apretado.

—No lo estarás.

Capítulo 17

Megan

Me despierto con un sabor raro en la boca, mezcla de sal y sueños confusos. Durante un segundo no recuerdo nada. Luego me giro y veo la puerta entornada, la luz suave de la cocina al final del pasillo y a Travis tarareando bajito mientras prepara el desayuno.

Sigo sin entender qué hace aquí y, sin embargo, doy gracias por tenerlo cerca.

Me pongo la bata y salgo. Está de espaldas, con ese cuerpo fuerte y sereno, colocando unas tazas en la mesa como si llevara haciéndolo toda la vida.

—Se lo voy a decir —anuncio.

Travis se gira. Sus ojos claros se clavan en mí.

—¿A quién?

—A mi madre. Que estoy embarazada. Tienes razón: no puedo seguir sola con esto.

Sonríe con una ternura silenciosa que me embriaga, y yo me acerco a la mesa, dispuesta a dar el siguiente paso. Estoy untando mantequilla en una tostada cuando suena un golpe seco en la puerta.

Golpean otra vez. Fuerte.

—¿Esperas a alguien?

Niego con la cabeza. Me levanto y voy a abrir. Es el pasado que irrumpe en mi casa como una tormenta y que me recuerda que todavía me quedan hilos por cortar.

Blake entra con un traje impecable, y la cara roja de furia viva.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? —me increpa sin ni siquiera saludar.

Me da un empujón con la mirada, como si mis palabras no valieran nada.

—¿Te has vuelto loca? ¿Te estás vengando de mí porque no me he divorciado de mi mujer, niña caprichosa? ¿Sabes lo que estás haciendo, Megan?

—Blake, por favor…

—¿Qué? ¿Ahora te crees lista? ¿Sabes que el vaquero millonario se ha ido con la competencia y me he enterado de que es por tu culpa? ¿Así me pagas todo lo que he hecho por ti estos años?

Su mano se cierra alrededor de mi brazo con fuerza.

—No tienes derecho a…

—¡Suéltala! —la voz de Travis me llega como un trueno.

Aparece como un rayo. En dos pasos ya está junto a nosotros. Le quita la mano de encima de un tirón y, sin usar más fuerza de la necesaria, lo empotra contra la pared. Una mano abierta en su pecho, lo mantiene firme como un ancla.

—Ni se te ocurra volver a tocarla. Ni hablarle así. Ni aparecer por aquí como un energúmeno.

—¿Y tú qué coño haces aquí? ¿Quién te crees que eres?

—Alguien que sabe ver lo que tú no supiste cuidar. Y que no necesita levantar la voz ni poner las manos encima de una mujer para ser hombre.

—¿Ah, sí? —Blake lanza una carcajada rota—. Ahora lo entiendo, ¿eh, Megan? Te has buscado a otro. Alguien con más ceros en la cuenta. Muy lista, maldita hija de puta. Ya veo la jugada.

—¡Que no le hables así! —insiste Travis y aprieta más la mano contra el pecho de Blake.

—¿La defiendes? Pues que sepas que te dirá que se ha quedado embarazada para que te cases con ella, pero solo quiere tu dinero, vaquero. A mí casi me la juega, menos mal que no me divorcié. ¿Es eso lo que querías, putita, mi dinero? —rabia con la cara roja, pero sin defenderse de los brazos de Travis.

—Es cierto. Estoy embarazada. Nunca te he mentido —digo. La voz me sale baja, casi un susurro. Pero él me oye.

Noto que le cambia la expresión... se calla. Me mira. Y algo se rompe en sus ojos. Algo oscuro.

—Si es verdad y ese hijo es mío —escupe—, ya puedes ir llamando a una clínica para abortarlo. No lo quiero, pero si nace, me encargaré de pedir la custodia y haceros la vida imposible a los dos. No vas a vivir del cuento toda la vida a costa mía, extorsionándome por un puto niño.

Mis lágrimas me nublan la vista. No veo nada más que un futuro oscuro. Me cubro la cara con las manos y tiemblo, de miedo y de impotencia. La rabia me sale en forma de lágrimas, como una rendición.

Travis, sin apartarse un centímetro, lo mira con un asco que nunca le he visto antes.

—Eres un despojo humano. No mereces ni la confianza que ella puso en ti, ni la mía al elegiros como agencia, cuando pensé que tenías algo de decencia. Márchate. Vete al infierno, Blake, y no vuelvas a molestarla o te las verás conmigo.

Él se resiste un segundo más, pero acaba reculando.

Cuando la puerta se cierra, me dejo caer en la silla. Siento que se me ha caído algo por dentro, como si el suelo ya no fuera firme.

—Lo siento… —susurro—. Otra vez. Siempre me ayudas y yo..., lo siento, aunque ya sé que no sirve de nada.

Travis se agacha a mi lado.

—Deja de disculparte. No tienes que hacerlo. Estoy aquí porque quiero, así que sobran las disculpas. No te reproches nada por sentir, ni por vivir, ni por confiar en alguien que no lo merecía.

Me acaricia el pelo, despacio. Después, se levanta y me prepara una infusión sin decir palabra. Luego, me acompaña hasta la cama. Me cubre con la manta, se sienta en el borde y espera hasta que me duermo.

Cuando despierto, más relajada, la luz ya es distinta. Hay un silencio cálido en mi apartamento. Salgo al salón y encuentro a Travis trabajando con el ordenador. Me guiña un ojo y me sonríe.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor, gracias. Voy a llamar a mi madre.

Tomo el móvil, me siento en el sofá, y marco.

—Hola, mamá.

—¡Megan! ¿Qué tal, cariño?

—Muy bien, mamá, feliz porque tengo buenas noticias —miento y Travis me hace una mueca; no está de acuerdo.

—¿Sí? ¡Qué alegría! ¿De qué se trata?

—Estoy… embarazada.

Del otro lado hay un silencio espeso, porque mi madre no me conoce pareja, pero no me extraña, la entiendo.

—¿Y cómo ha sido?, bueno, ya sé cómo ha sido, no sé qué digo, en fin, ¿estás bien?

—Sí, muy bien. He tenido bajada de azúcar, pero nada más. Controlado.

—¿Estás sola?

—Bueno, si te refieres a quién es el padre, no hay. Es solo mío.

Otro silencio.

—Ay, nena, ahora los jóvenes hacéis unas cosas… Entonces necesitarás que vaya, ¿no?

—No hace falta. Tengo amigas y gente que me cuida —digo mirando al vaquero que se ha instalado en mi casa no sé ni cómo ni por qué.

—Me gustaría verte, hace mucho que no vienes. Por cierto, ¿has visto a Travis? Su madre me ha dicho que anda por Nueva York.

—Sí, hemos quedado. Hacía años que no nos veíamos. Bueno, te tengo que dejar. Solo quería que lo supieras. Intentaré ir pronto.

—Claro que sí. Me encantaría. Aquí estaré.

Colgamos y, durante unos segundos, siento que vuelvo a tener una raíz a la que agarrarme.

Travis me mira desde la mesa del comedor, por encima de la pantalla del portátil, con los brazos cruzados y una calma que me da tanta paz. Le envidio, es un superpoder que tiene.

—Bien hecho, se preocupa mucho por ti.

—¿No me buscarías porque te lo dijo ella?

—Te juro que nuestro encuentro en la agencia fue casual. También es cierto que me dio tu teléfono para llamarte, pero pensaba hacerlo otro día.

—Ya, el destino, ¿no? —me rio. Hablar con mi madre me ha quitado un peso de encima y me siento más ligera, hasta que Travis saca el verdadero problema.

—Megan, tenemos que hablar en serio. ¿Qué piensas hacer? Creo que Blake es más peligroso de lo que parece —dice.

—Yo también lo creo.

—¿Entonces?

Le miro. Respiro hondo.

—Quiero pensarlo bien. Quizá no sea tan mala idea irme unos días a Cedar Valley, con mi madre, y alejarme de Blake. Emma se encargará de lo legal y yo puedo buscar trabajo desde allí. Tú mismo me has dicho que estáis muy conectados tecnológicamente.

Se ríe con una carcajada que me sabe a gloria y eso me reconforta, aunque todavía no estoy convencida de que esto sea ya una decisión.

Capítulo 18

Travis

La última noche en Nueva York cenamos con Emma, Jasmine y uno de sus amigos, un tal Jonah que no paró de hablar de arquitectura y de las vistas desde su piso en el Upper East Side. Megan y yo nos mirábamos por encima del menú para no reírnos. Era simpático, pero entre Jonah y yo había algo más que kilómetros: había todo un país de diferencia.

Cenamos en un restaurante italiano cerca de Central Park, con las luces tenues, los manteles almidonados y fotografías de las ciudades de Italia por las paredes. La cena fue tranquila. Megan estaba algo pálida y muy nerviosa, pero sonreía mucho. Emma se reía demasiado fuerte, como para que no se notara que le costaba despedirse. Y, ajena a todo eso, Jasmine le hacía preguntas a Jonah sobre sus exposiciones mientras me lanzaba de vez en cuando alguna mirada de reojo.

—¿Así que te vas a, cómo se llama?, ¿Willow Creek? —preguntó Jonah, curioso—. ¿Eso está en Utah? ¿Colorado?

—En Arizona —respondí, sin dejar de cortar la lasaña—. Y sí, existe.

Jasmine soltó una risita y Megan rodó los ojos.

—Willow Creek pertenece al pueblo de Cedar Valley; mi madre vive a mitad de camino. Él lo llama «el rancho» como si fuera una granja —añadió Megan—. Pero dirige una empresa enorme desde allí. Tiene más pantallas que una sala de control espacial.

—Y más vacas —añadí, por si acaso.

Se rieron. El ambiente se había relajado, aunque Emma miraba a Megan como si quisiera congelar cada gesto suyo. A mitad del postre, me levanté al baño, aprovechando que las chicas habían ido también y Jonah hablaba por teléfono. Desde el pasillo escuché la risa de las chicas al fondo.

—¿Tú has visto los brazos que tiene? —susurró Emma—. Y las manos. ¿Eso viene de serie con los sombreros?

—Las chicas de la agencia están como locas —añadió Jasmine, con voz bajita— Todas querían trabajar en su proyecto; una lástima que se haya roto el contrato.

—Sí, claro. Trabajarían con la lengua fuera —dijo Emma entre risas.

—¿Y encima es millonario? —intervino Jasmine—. Si no está casado es porque no quiere. ¿Serán todos así en Cedar Valley?

Sonreí para mí. Pensé que, en mi tierra, todos los *cowboys* somos iguales. Un poco más arrugados, quizás, menos acostumbrados a los trajes... pero iguales. Me hizo gracia pensar que en Nueva York eso fuera algo exótico. Me quedé quieto unos segundos, lo suficiente para escuchar el remate.

—Tiene algo —dijo Emma—. No es solo la pinta de *cowboy*. Es que parece... de verdad. ¿Sabes? Como si no necesitara demostrárselo a nadie.

Volví a la mesa con paso tranquilo y me senté como si no hubiera escuchado nada. Pero ellas estaban demasiado tiesas. Jasmine se concentró de golpe en el tenedor, Emma en su copa y Jonah en el mantel. Solo Megan me miró a los ojos.

—¿Todo bien?

—Perfectamente —respondí.

Me serví un poco más de agua, con una sonrisita contenida. No dije nada, pero ellas debían de haberse dado cuenta o no entiendo tanta incomodidad de pronto. Aunque duró exactamente lo que tardamos en pedir la cuenta.

Después, cuando el taxi dejó a Jonah y Jasmine en sus respectivas esquinas y Emma se quedó sola con nosotros, la máscara se vino abajo y nos abrazó con fuerza a los dos.

—Vais a estar bien —dijo, con los ojos brillantes—. Pero si no lo estáis, me lo decís y voy volando a buscaros.

—Cuídate mucho, amiga.

—Te llamaré. Aún tenemos pendiente la denuncia contra Blake.

—Ni me lo nombres —gruñó.

Recuerdo todo esto en el avión, donde ya llevamos una hora de viaje. Megan intenta dormir apoyada en mi hombro. Hemos madrugado mucho y está cansada. El coche con chófer que nos ha llevado al aeropuerto ha sido muy puntual, y el vuelo privado que he reservado para que fuera más cómoda, nos esperaba en la pista al llegar. No me gustan los gastos excesivos que dejan ver lo rico que soy, pero en este caso me pareció conveniente por el bien de Megan y del bebé. Ella no ha dicho nada, pero en sus ojos se le nota la ansiedad. He visto sus dedos temblar al abrocharse el cinturón en el avión.

—¿Estás bien?

—Sí. Solo… no me gustan los aviones. Ni los traslados. Menos aún los cambios, así de repentinos.

Le aprieto la mano y dejo que su palma descanse en la mía sin más palabras.

Durante el vuelo, apenas hablamos. Megan duerme a ratos, pero se despierta sobresaltada cada vez que el avión se agita. Entonces se gira hacia mí, buscando aire como si en la cabina faltara oxígeno. No dice nada y yo tampoco. Demasiadas ideas por mi cabeza y problemas a solucionar en el rancho.

Cuando aterrizamos en un aeródromo cercano a Cedar Valley, el cielo está limpio como un cristal. El aire huele a tierra, a verde, a algo que llevo meses sin respirar.

—¿Has estado en este aeropuerto? —le pregunto, mientras bajamos por la escalerilla.

—Nunca. Es pequeño. —Inhala con los ojos cerrados y continua—. Siempre me ha gustado el cielo tan abierto que hay aquí.

—Te acostumbras y dejas de valorarlo —le digo. Pero sé que no siempre es cierto. No todo el mundo se acostumbra a sentirse tan expuesto.

El coche nos espera en la salida. Le indico al conductor que pare primero en la casa de su madre, que se trasladó a una pequeña finca entre el pueblo y el rancho, cuando su marido dejó de trabajar para mi padre y montó su propio negocio agrícola.

Apenas abre la puerta, la señora Collins rompe a llorar.

—Mi niña… mi niña, mi niña.

Megan se lanza a sus brazos. Lloran las dos, abrazadas en la entrada, y por un instante ella vuelve a ser una cría, una hija pequeña que se deja cuidar. Y a veces solo eso puede salvarte.

—Quédate a cenar, por favor —me dice su madre, con la voz tomada.

—Lo agradezco, pero tengo algo que hacer hoy. Nos veremos pronto.

Vuelvo al coche. El conductor no hace preguntas. Me lleva directamente al rancho.

Las vallas están donde siempre. El roble del camino sigue torcido. El aire huele a establo, a cuerda y a salvia seca. Es un olor que uno no sabe que echa de menos hasta que vuelve.

Me detengo frente a la casa de mi madre y bajo sin avisar. Ella abre con un paño de cocina en la mano y una sonrisa que se apaga al verme.

—¿Qué ha pasado?

—¿Tienes café?

—Pasa.

Se lo cuento todo. Bueno… casi todo. Lo del bebé, lo que hemos vivido en Nueva York, le hablo de Blake. Ella me escucha como escuchan las madres: sin interrumpir y con una cucharada de intuición. No hace juicios y no pregunta lo que ya sabe.

Al final, se limita a decir:

—Así que te importa.

—¿Cómo dices?

—Megan. Es lo único que no me has dicho directamente, pero lo leo entre líneas. Nunca has dejado de quererla. Solo me preocupa una cosa. Bueno, dos.

—A ver…

—Que sigas enamorado de la chica que fue y no de la que es. Seguro que ha cambiado mucho después de vivir diez años en Nueva York, habrá tenido experiencias que aquí ni soñamos... en fin, que sepas distinguirlo y no equivocarte. Igual que me pregunto si te enternece verla desvalida y tu instinto te pide cuidarla, aunque no tengas por qué. ¿Qué ocurrirá cuando esté bien? Ya sufriste mucho cuando se fue.

—Vale, eso ya lo he pensado yo, ¿y la otra?

—Que lleva un niño de otro. ¿Estás dispuesto, si ella también te quiere, a ser su padre? ¿Qué pasa si aparece el biológico? ¿Lo has pensado?

Me voy a mi casa cuando ya empieza a oscurecer. Dejo la maleta sin abrir en el suelo del pasillo, me tumbo en la cama y no enciendo la luz.

Miro el techo en silencio. He tomado decisiones millonarias sin pestañear, sin dudar ni un ápice. Pero con Megan… Con Megan todo se tambalea, las dudas no me dejan respirar ni mostrarme como soy. He actuado sin planes, con la única certeza de hacer caso a mi corazón, y dudo de que sea suficiente.

Capítulo 19

Megan

Desde que llegamos, cada mañana paseo con mi madre por la finca. Dice que el aire fresco me hará bien, y tiene razón. Nos movemos despacio entre los surcos, hablamos poco. Me enseña qué se cultiva en cada zona y cómo han ido adaptando los métodos a lo largo de los años. Me sorprende ver lo organizada que está, cómo coordina a los trabajadores con una soltura que nunca le vi en casa. Hay un pequeño cobertizo donde guardan las herramientas, cajas de madera con el nombre del rancho de Travis marcado a fuego en una esquina.

—¿Esto va al rancho? —pregunto, tocando una de las cajas.

—Todo va allí. Travis compra a casi todos los agricultores de la zona. Paga bien, respeta los tiempos. Sin él, no habríamos salido adelante en años como este.

La miro con una mezcla de sorpresa y vergüenza. En todos estos años, nadie me había contado nada de eso. De lo que ha hecho por el pueblo. Ni una palabra. Solo sabía que era un tipo reservado, con un rancho enorme y poco interés en el resto del mundo. Qué poco sabemos a veces de los demás. Y cuánto más nos molesta cuando se trata de alguien que creímos conocer.

Blake ha llamado un par de veces. Lo bloqueé en cuanto me soltó la primera barbaridad. Sigue dolido por la denuncia, pero sobre todo porque he dejado de tenerle miedo. Aquí no puede alcanzarme. Aquí estoy a salvo. Con mi madre, en esta tierra que huele a sauces, trigo y a madera de cobertizo.

Mi madre y yo estamos recogiendo acelgas cuando aparece una camioneta blanca al final del camino.

—¿Esperas a alguien? —pregunto, limpiándome las manos en los vaqueros.

—Tu hermano. Me dijo que vendrían hoy, pero ya sabes cómo son…

La puerta del coche se abre antes de que termine la frase. Sonrío en cuanto veo cómo sus botas pisan el suelo y sale de un salto. Se acerca a mí con su andar característico, que le hace parecer más torpe de lo que es. Detrás, su mujer baja con calma y se acomoda la chaqueta sobre su barriga de ocho meses.

—¡Estás enorme! —le digo, sonriendo, y corro hacia ella para abrazarla.

—Y tú no tanto como pensaba. Se nota que estás al principio.

—Gracias por venir.

—Por favor —responde mi cuñada—. Me habría subido a un caballo si hiciera falta.

Mi hermano me observa en silencio unos segundos. Después me rodea con un brazo y me aprieta contra él. Huele a leña y a menta, como cuando éramos niños y jugábamos con las ramas del corral.

—¿Estás bien?

—Estoy… mejor.

No es una mentira, pero tampoco una verdad completa. Nos sentamos todos en el porche. Mamá saca limonada, como si ese gesto pudiera resolver cualquier grieta provocada por la ausencia y la distancia. Se burlan de mi aspecto de chica de ciudad, hablamos

de la finca que mamá está sacando adelante y de su casita nueva que están decorando para el bebé. En una pausa, mi hermano nos sorprende.

—¿Y el padre? —pregunta sin mirarme.

Levanto la mirada. Sé que lo ha intentado decir sin enfado, pero no lo consigue.

—No es importante ahora —respondo—. No tiene cabida aquí. Mi hijo no tiene padre —sentencio para que no saquen más ese tema.

Mi madre me mira de reojo. No dice nada y yo agradezco su silencio.

—¿Y Travis? —pregunta mi cuñada, con una sonrisa casi traviesa.

—¿Qué pasa con Travis?

—Sé que ha estado contigo en Nueva York, aquí no se habla de otra cosa, ni te imaginas la de chicas que van tras él, porque ahora es el héroe del pueblo, Megan. En Cedar Valley lo tratan como si fuera el sheriff y el alcalde y el rey del condado, todo en uno. Hasta en el ultramarinos nos han dicho que gracias a él seguimos vendiendo fruta.

Pasamos la tarde contando anécdotas y Mandy me pone al día de las cosas que necesito para el bebé. Me abruma, pero agradezco que no pregunten nada más privado ni por mi futuro, que desconozco. A veces pienso que este embarazo es lo único real que tengo ahora. Mi cuerpo cambiando, el vértigo y la necesidad de proteger, que es nueva para mí.

Travis me visita, pero no mucho. Supongo que no quiere presionarme. Yo tampoco tengo claro en qué punto estamos. Un día, mientras compartimos una taza de té en la cocina de mi madre, le digo que quiero ver el rancho, con todo lo que me han contado, la

curiosidad por conocer el nuevo Willow Creek me corroe. Me mira como si quisiera leerme, y asiente sin hacer preguntas.

—Mi madre me ha invitado a comer —dice—. Puedes venir, si quieres.

—Me encantaría.

Vamos juntos en la camioneta. La casa de su madre está igual a como la recordaba, dentro del rancho, pero me parece más cálida ahora. Hay un mantel de cuadros sobre la mesa, pan recién hecho, una fuente de verduras asadas que huelen a gloria. La señora MacKenzie me abraza como si no hubiera pasado el tiempo.

—Estás preciosa —me dice al oído—. Y tan fuerte…

Después de comer, Travis me lleva a dar una vuelta por el rancho. No debo ir a caballo, así que caminamos. Me enseña los invernaderos, los establos y los sensores que controlan el riego. Nada es improvisado ni decorativo. Y, sin embargo, todo es hermoso.

—No sabía que ahora era así —admito, mirando el sistema de canalización que bordea los campos—. Ha cambiado mucho.

—Cierto, hay que evolucionar, Megan. Si no, te come el desierto.

Me lleva al cercado de los caballos. Me quedo observándolos durante un buen rato. Son altos, tranquilos y majestuosos. Me muero por acercarme más y poder acariciarlos. En el fondo, el cosquilleo que siento es el deseo de montar, después de diez años sin hacerlo. Me encantaba la sensación de libertad que me daba, cabalgar hasta los sauces o el lago y volver a paso ligero. Pero no puedo. Poco a poco los recuerdos se agolpan en mi cabeza y me encogen el pecho.

—Los pasearemos después —me dice, como si adivinara mi pensamiento.

Seguimos caminando hasta el río. Rodea el rancho por la parte trasera. El agua es clara y la corriente parece avanzar con calma, como todo en este lugar. Me quito las sandalias y meto los pies. El frescor me atraviesa como una caricia.

Cerca del río, bajo el gran sauce donde jugábamos de niños, hay un claro. La hierba está alta, verde y blanda. Me tumbo sin pensarlo dos veces. Él se tumba a mi lado, con las manos cruzadas tras la nuca.

—¿Te acuerdas de cuando nos escondíamos aquí? —pregunta.

—Sí. Tú hacías que buscábamos tesoros y luego siempre aparecía el mismo collar de tu madre.

—Era oro de verdad. Pero no sabías distinguirlo de una piedra pintada.

—No hacía falta. Contigo todo parecía mágico.

Nos miramos. Ya no sonreímos. Solo existe el silencio que habla de otras cosas, de todo lo que ha pasado y de sentimientos que no nos atrevemos a decir.

Él se incorpora un poco, apoya la mano junto a la mía y me besa. Acostumbrada a los besos urgentes e insípidos de Blake, este me parece lleno de vida, con sabor a campo y a preguntas sin responder. Me busca y yo le busco también, con la boca primero, con las manos después, y con esa urgencia que no sé si es deseo o vértigo o un poco de cada cosa.

Travis baja los labios por mi cuello. Yo enredo los dedos en su camisa. Su respiración se acelera contra mi piel y la mía también. No sé qué está permitido, qué es prudente o qué será de nosotros mañana, pero aquí, en esta hierba húmeda, bajo el árbol que nos vio crecer, nada más importa.

Solo él. Solo yo. Y el mundo en suspenso. Eso me digo porque no puedo pensar en otra cosa mientras cuela las manos por debajo de mi vestido, acaricia el borde de mi ropa interior con la mirada fija en mí. Baja la cabeza para besarme el escote y, al rozar mis pezones, ahogo un grito de dolor. Los tengo sensibles por el embarazo.

—Oh, perdona. Si quieres, paramos, Megan, yo, no me di cuenta, no sé hasta donde puedo llegar ni hasta donde quieres.

—Lo quiero todo.

—¿Y el riego de desprendimiento que dijo el doctor?

—Vale, nos quedamos en todo lo anterior, ¿bien?

Sonríe con malicia. Apoya las manos a mis costados y baja hasta mi vértice. Se cuela debajo de mi falda y me baja las bragas. Subo las rodillas para abrirme mejor y él me regala mordisquitos en mis labios vaginales, que tengo tan sensibles como los pezones. Luego me lame, succiona y juega con la lengua provocándome un orgasmo que me eleva al cielo. Lo de este hombre no es normal. Nunca me habían hecho vibrar como lo hace él. Sube la cabeza y me besa.

—Te toca —le digo—. Si no es juntos, al menos por separado.

Sonrío y meto la mano dentro de su boxer. Está duro como una piedra y yo disfruto dándole el placer que se merece, el mismo que él me ha dado sin pedirme nada. Nos besamos con una pasión nueva, que hace que me arda el corazón, la piel y todos los sentimientos por Travis que creía enterrados.

Cuando regresamos, ya es noche cerrada. Hemos visto atardecer y hemos esperado a que salieran las estrellas, para contar historias como cuando éramos niños.

—Siempre me has gustado, Megan —confiesa y noto que tiemblo como una hoja de papel.

—Y tú a mí, pero creía que te gustaban más las otras chicas.

—Creías mal. La verdad es que me parecían un poco tontas.

—Y a mí, por eso prefería tu compañía y hacer cosas de chicos —me rio.

—¿Y ahora?

—¿Ahora qué?

—Si sigues prefiriendo mi compañía, si te sigo gustando.

Me siento porque las respuestas golpean mi corazón y se atascan en la garganta.

—Travis, no sé qué contestar. Ahora estoy en un punto delicado. Tengo que pensar en el bebé, buscar trabajo… Te agradezco todo, de verdad, todo, pero no sé si puedo prometerte algo más. Ahora no.

—Lo sé. No contestes… todavía.

Capítulo 20

Megan

Después del beso bajo el árbol, pensé que algo se había asentado entre nosotros. Que el calor de sus labios sobre los míos, el silencio compartido, la hierba fresca pegándose a mis piernas, bastarían para sentirme bien, aunque no quería tener nada con él. Creí que esa paz podía durarme días.

Pero me equivoqué.

Me levanto temprano, bajo a la cocina donde mi madre ya está preparando el desayuno, y me siento a su lado. El ruido de un motor nos hace levantarnos y vemos la camioneta de Travis aparcando delante de nuestro porche.

—Entra, está abierto —grita mi madre desde la ventana de la cocina.

—Buenos días —una sonrisa radiante le ilumina la cara.

—¿Un café? —ofrece mamá.

—No, gracias. Acabo de tomar en casa. ¿Estás lista, Megan?

—¿Para?

—Quiero enseñarte algo —dice misterioso.

—Vete, niña —casi me obliga mi madre, empujando de mi brazo.

—¿Adónde me llevas? —pregunto, cerrando la puerta de casa con una mano mientras me ajusto el pelo con la otra. Hoy hace calor y

mi madre dice que en el rancho se seca el alma de tanto sol.

—Confía en mí.

—No has respondido.

—Precisamente por eso.

Subimos a la camioneta. Me pasa una botella de té frío y pone el aire acondicionado al máximo. La radio suena bajita. Un grupo country que no reconozco canta algo sobre tormentas en la llanura y amores imposibles. Muy apropiado, la verdad.

—¿Vas a decirme qué es lo que planeas? Me pone nerviosa la incertidumbre.

—Te voy a enseñar la campaña. La de Blue Media.

Parpadeo.

—¿Te la han enviado?

—Ayer por la noche. Quiero tu opinión.

—¿Y por qué mi opinión?

—Porque eres lista, tienes criterio y más experiencia que yo, ya lo sabes. Y porque no puedo decirte lo que pienso sin que me mires así.

—¿Así cómo?

—Así —dice, señalando mi cara.

Ruedo los ojos y me río. Pero me gusta que confíe en mí, aunque no tanto que parezca que quiere tenerme cerca. Esto no se me puede ir de las manos.

Llegamos a su casa. Entra primero y desaparece unos minutos mientras yo me quedo en el porche mirando cómo las hojas del roble se mueven sin prisa. Cuando vuelve, lleva el portátil en la mano y dos cafés.

—¿Preparada?

—Lo estoy deseando, a ver si son tan buenos como dicen.

Entramos y nos sentamos en la mesa del comedor, él a un lado, yo al otro. Abre el correo, busca el vídeo y lo pone. La pantalla cobra vida con imágenes de campos verdes, caballos al galope y niños riendo mientras corren tras las gallinas. La música es cálida. Un texto blanco sobre fondo negro aparece en la pantalla: *El futuro está en nuestras raíces*.

—Vaya —susurro, cruzando los brazos. Me echo hacia atrás, impresionada—. Esto no está mal.

—¿Solo no está mal?

—Está muy bien. Es… bueno. Y no cae en lo cursi, lo cual es difícil con caballos y niños con botas.

—¿Tú cambiarías algo?

—El ritmo del segundo tramo es un pelín lento. Pero es potente. Transmite verdad. Y tiene dirección de arte, no solo edición bonita. Me ha sorprendido. Con razón son la principal competencia de los hermanos Walton. Es moderna y todo lo que han pensado para redes sociales es tendencia. Desde luego, saben lo que hacen. La nuestra iba a ser más convencional. Sí, has ganado con el cambio. Será un éxito.

—Gracias, no estoy muy puesto en redes sociales y esas cosas. Si te gusta, les doy el *ok* —sonríe satisfecho.

—No es para tanto lo de las redes, con una buena programación, podrías tener un rancho muy *trendy* —digo sin pensar, divertida al imaginármelo bailando en TikTok delante de las vacas.

Él me mira de reojo, con media sonrisa.

—¿Y si te dijera que creo que podrías encargarte tú?

—¿De qué?

—De todo esto. De la imagen, de la gestión de los contenidos, y coordinar con Blue Media desde aquí. También eso de las redes que comentas. Si decides quedarte en Cedar Valley, me gustaría que lo hagas conmigo. No hay nadie mejor que tú, ni que sepa de qué va una campaña de marketing.

La propuesta, que me pilla por sorpresa, se queda suspendida en el aire. Él me la lanza como quien tira una piedra a un estanque, sin saber qué salpicaduras va a provocar.

Yo no tardo ni dos segundos en contestar:

—No. No es posible. Gracias, pero no.

Su sonrisa se desvanece. Me levanto, doy una vuelta por el salón, y me apoyo en la ventana, con la mirada hacia el campo, como si eso pudiera alejar la conversación.

—Travis, no hagas eso. No me pongas una decisión así delante como si fuera un caramelo, sabiendo cuál es mi situación.

—No te quiero presionar. Solo es que se me ocurrió y no tengo un departamento de marketing todavía. Creo que es una oportunidad para ti, si decides quedarte. Aunque en realidad, puedes hacerlo desde aquí o desde donde quieras. Si tu idea es regresar a Nueva York… Solo quiero que sepas que la falta de trabajo no es un problema, yo puedo contratarte. Lo del departamento de marketing

es cierto, hace tiempo que queremos crearlo. No pienses que es porque quiera que te quedes.

—No he decidido nada sobre si regreso o no. —Me giro para verle de frente—. Y no voy a decidirlo hoy. Ni contigo mirándome de esa forma.

Se queda callado. Baja la cabeza y cierra el portátil con lentitud. Luego, se acaba el café.

—Lo siento. Tienes razón, me he pasado de la raya.

Y creo que no se refiere solo a la campaña.

—Vamos, te llevo a casa.

A las siete, ya me he vestido y lo espero en el porche. Esta noche hay baile en el pueblo y le prometí que iría con él. Todavía no se me nota el embarazo y ya es hora de que vea a mis amigos del instituto.

Travis me recoge con la camioneta. Lleva una camisa vaquera oscura y el pelo ligeramente revuelto, como si se lo hubiera despeinado a propósito para parecer más informal. No lo necesita. Está guapísimo, peinado y despeinado, con sombrero y sin él.

Cuando llegamos, hay banderines colgados entre los postes de madera, farolillos de papel encendidos y mesas largas llenas de tartas, mazorcas asadas y jarras de limonada. Todo huele a verano, a azúcar tostado y a recuerdos que tenía olvidados. Todo el mundo lo saluda y le sonríe, le admiran y le quieren, como me contó mi cuñada. Estoy abrumada porque, de paso, también me miran a mí y cuchichean.

—¿Estás seguro de que esto es buena idea? —le pregunto bajito, agarrada a su brazo.

—Te he traído aquí para que te distraigas un poco y veas a tu gente de antes. No para que te sientas observada.

—Ya es tarde para eso.

Me saluda media docena de personas en los primeros diez minutos. Todos con sonrisas abiertas, abrazos, comentarios cariñosos sobre mi madre o mis mejillas de cuando tenía trece años. Nos sentamos por fin en la mesa en la que están Brandon, Lisa, Matt, Jordana, Brittani y Joel. Me abrazan y yo me siento aturdida porque los reconozco a pesar de estar muy cambiados. Pero siguen siendo ellos. Y eso es lo raro: que aún con las arrugas nuevas y los ojos más cansados, los gestos son los mismos.

—¡Megan!—dice Matt, abriendo los brazos como si no creyera que esté ahí—. ¡Megan en Cedar Valley! ¿Esto es un sueño o estoy bebiendo demasiado deprisa?

—Sigues igual de exagerado —respondo, riéndome mientras le doy un abrazo.

—¡Y tú sigues igual de guapa! —dice Jordana, que lleva el pelo corto y gafas de sol en la cabeza—. ¿Qué haces aquí? ¿De vacaciones? ¿Te has escapado de la jungla neoyorquina?

—Algo así —respondo, tomando asiento junto a Travis—. Vine por un asunto familiar… y me estoy quedando unos días.

—Días, dice —murmura Brittani con una sonrisa. Lleva un vestido con lunares y un bebé dormido en brazos—. Apuesto a que más de uno en este pueblo está rezando para que sean semanas. ¿Verdad, Travis?

Él se rasca la nuca y no responde. Todos sueltan una carcajada.

—¿Y tú, Britt? ¿Eres mamá?

—Mamá por partida doble. Este es Noah. Y la terremoto mayor está ahora mismo comiéndose medio pastel de arándanos con su padre. Su padre, que ya no es mi marido —añade, señalando con la cabeza a un tipo que habla con otra mujer junto a los cubos de cerveza.

—Lo del divorcio fue una fiesta —dice Lisa, y alza su copa—. Yo me encargué de la música. Pusimos *I Will Survive* cuatro veces.

—¿Y tú, Lisa? —pregunto—. ¿Sigues en la clínica?

—Sí. Veterinaria a jornada completa y madre a jornada parcial. No recomiendo el orden.

—Yo trabajo con mi padre en la carpintería —dice Brandon—. Y también cambiando pañales, que es un arte más delicado de lo que parece. Por cierto, mi mujer está allí —señala hacia el puesto de algodón de azúcar—. Te va a encantar.

—Y yo sigo soltero —interrumpe Joel, alzando una ceja en mi dirección—. Por si alguien se lo preguntaba. Me dedico a la fotografía. Bodas, mascotas, niños disfrazados de calabaza… lo que caiga. ¿Quieres una tarjeta?

—¡Joel! —le reprende Jordana, riéndose—. Déjala respirar. Lleva diez años fuera, y ya quieres venderle algo.

—No he dicho nada… —protesta él, alzando las manos—. Solo estoy promoviendo mi negocio. No el romanticismo. Bueno, no directamente.

Travis se ríe en voz baja. Yo le lanzo una mirada divertida.

—¿Y tú, Megan? ¿Qué haces exactamente en Nueva York?

—Trabajo en publicidad. Campañas digitales, redes, diseño…

—¿Trabajas para las marcas esas que hacen que gastemos dinero sin querer?

—Algo así —respondo, encogiéndome de hombros—. Aunque últimamente me pregunto si eso es realmente lo mío.

—¿Y eso?

—No sé… A veces te das cuenta de que no todo tiene sentido cuando el aire huele a establo y hay un pastel de melocotón enfriándose en la ventana.

Se hace un silencio breve y veo sus sonrisas cómplices. Miradas que entienden sin necesidad de explicaciones.

—A mí me pasa lo mismo cuando huelo a pañal —dice Matt, rompiendo la solemnidad.

—¡A ti te pasa eso desde el instituto, y no por los pañales! —suelta Jordana entre risas.

La música sube un poco. Alguien reparte servilletas con dibujos de estrellas y Joel me pasa una.

—Por si te emocionas más tarde.

—Gracias, caballero.

—De nada, dama de la gran ciudad.

Estoy tan a gusto que, por un momento, todo parece fácil. Casi me creo que nunca me fui.

Después de una hora con los chicos, ya estoy relajada. Travis me saca a bailar en una canción lenta. Me rodea la cintura con suavidad, sin presionar demasiado, como si tuviera miedo de romper algo.

—¿Va todo bien?

—Sí.

—Parece que estás en otro sitio.

—Estoy aquí.

La música baja un poco y nos paramos un momento. Desde donde nos hemos quedado escucho unas voces detrás del puesto de empanadas. Travis habla con un señor y yo me quedo quieta cuando oigo mi nombre.

—Pues claro que es buena chica, pero no sé qué ha venido a hacer aquí después de tanto tiempo. Ya ves tú, además, dicen que está embarazada… No sé si será cierto.

—Eso debe ser, por eso él la acompaña porque es un caballero. Nada más. A ver qué se ha creído.

—Un caballero que le tiene lástima. Fíjate cómo la trata, como si fuera frágil.

—La pobre. Y ella ahí, tan digna, bailando como si nos chupáramos un dedo. Esta solo quiere su dinero, seguro. No tendrá donde caerse muerta y viene a quitarnos lo nuestro.

—Ya ves. Además, Travis, muy listo y mu guapo, pero ya se casó una vez por no dejar tirada a su ex. Parece que solo le van as que dan pena—. Suelta una carcajada a la que se unen las demás.

No me miran directamente, pero sé que saben que estamos ahí y no disimulan nada; lo hacen para que lo escuche. Como una caricia con un cuchillo. Las risas son hirientes.

Me quedo paralizada. Travis sigue hablando, pero no lo oigo. Solo noto ese picor detrás de los ojos. Esa mezcla de rabia y vergüenza que te golpea cuando intentas ser fuerte y te devuelven la compasión en forma de cuchicheo.

Respiro hondo. Cierro los puños. Y tomo una decisión: agarro a Travis de la camisa, cuando se despide del hombre.

—Ven. Vamos a darles un buen espectáculo.

—¿Qué? ¿A quién?

—Baila conmigo.

Me acerco mucho a él, que pone cara de no entender nada. Junto mi cuerpo al suyo, tal vez demasiado. Le paso los brazos por el cuello y me pego más a él. Muevo las caderas con sensualidad, con fuego en los ojos.

Él no entiende nada, pero me sigue. Porque Travis siempre está ahí, aunque yo aún no sepa por qué.

Las risas de las cotorras cesan, y yo bailo como si no me dolieran sus palabras y no sintiera la humillación ardiéndome en la piel.

Cuando acaba la canción, me separo. Le doy un beso en la mejilla, y le digo al oído, casi sin voz:

—Gracias por ser tú.

Y en silencio, en mi fuero interno, me juro que después de esta noche, me voy a alejar de Travis. No puedo permitir que esté conmigo por pena. Intentaré verle menos hasta que pueda irme de verdad. No, no quiero ser una historia de compasión. No quiero quedarme atrapada en un lugar donde mi historia va por delante de mí, y mi dolor se interpreta como debilidad. Me da rabia que conviertan a Travis en un héroe y a mí, en su obra de caridad.

Cuando esté más fuerte, volveré a Nueva York, y debo hacerlo entera. No rota ni a la sombra de nadie, ni siquiera de alguien como él. Bastante tuve con ser el perro faldero de Blake. Mañana empiezo a buscar trabajo en serio.

Capítulo 21

Travis

Han pasado dos días sin verla. Dos días y no consigo pensar en nada más que en Megan y cómo se fue transformando durante el baile, hasta que al llevarla a su casa me pareció muy distante.

Repaso las marcas de las crines con más cuidado del necesario. Los potros de la cuadra norte llevan días sin moverse de una sombra, y yo no dejo de hacer lo mismo: dar vueltas sin avanzar.

El móvil suena en mi bolsillo cuando preparo el agua para dar de beber a los potros.

—¿Travis? —La voz de la señora Collins está temblando—. Tienes que venir. Rápido. Es Megan.

No pregunta si puedo, ni dice qué ha pasado. Solo corta la llamada y un «voy enseguida» queda suspendido en el aire.

Tardo menos de diez minutos en llegar. Dejo la camioneta mal aparcada y subo los escalones de dos en dos.

La puerta está abierta.

—Arriba —dice una voz desde dentro. Es la madre de Megan, con la cara blanca como una sábana.

Corro escaleras arriba, entro en la habitación de Megan y lo que veo me deja de piedra.

Está tumbada en la cama, con las piernas encogidas, rodeada de sangre. Grita y llora a la vez, como si el dolor no supiera por dónde

salir.

—Hemos llamado a la ambulancia —me dice su madre—. Ya viene. Ya está viniendo… No sabía si debía llamarte, mi hijo está lejos, no sé quién es el padre…—gimotea nerviosa.

Yo tampoco sé qué hacer. Solo tengo experiencia con las vacas y las yeguas. Me arrodillo junto a la cama y le cojo la mano. Está helada.

—Megan, estoy aquí.

Ella no abre los ojos. Solo repite:

—No… no… no…

La ambulancia tarda cinco minutos que a mí me parecen cincuenta. La suben con cuidado, y su madre se va con ella. Yo me meto en el coche y conduzco detrás, sin encender la radio, sin pensar en nada que no sea su cara cuando me miró.

En el hospital, nadie habla demasiado. Después de lo que parece una eternidad, uno de los médicos que la han atendido sale de la habitación.

—Ha sido un aborto espontáneo. A veces pasa así. No hay forma de saberlo ni de evitarlo. Está estable, descansando.

—Gracias—. No sé qué se espera que diga. El médico sigue hablando, me ha debido tomar por el padre, pero yo no me muevo.

Cuando me dejan entrar, la habitación está en penumbra. Megan tiene los ojos cerrados. Llora en silencio, y su rostro parece distinto. Como si algo muy hondo se hubiera roto dentro de ella.

Me acerco y me siento a su lado. Al notar mi caricia, abre los ojos, en los que hay una tristeza infinita, y me mira como si no estuviera

segura de que soy real.

—¿Qué ha pasado?

—Lo siento mucho —le digo. Y le beso la frente.

Ella asiente muy despacio.

—¿Sabes? Lo gracioso es que yo no quería un hijo de Blake —susurra—. Lo odiaba por eso. Pero, a la vez, ya lo quería con toda mi alma. Cada día lo amaba más. Mi bebé —rompe a llorar.

No digo nada. Solo le aprieto la mano y le beso en la sien. Me quedo con ella, acariciándola, hasta que se duerme. Su madre, que ha ido a casa a recoger algunas cosas, regresa un rato después y pasa la noche con ella.

Al día siguiente, la acompaño a casa cuando le dan el alta. Va en silla de ruedas hasta la puerta, y no se queja cuando le cojo la mano para ayudarla a subir al coche. En el trayecto no hablamos. La dejo en casa con su madre y sé que yo no pinto nada en ese momento tan íntimo para ellas. Megan me da las gracias con un gesto, sin palabras, y la beso en la mejilla.

—Te pondrás bien. Si necesitas hablar, ya sabes, llama a un amigo —sonrío cuando me señalo a mí mismo y ella estira los labios en una mueca que pretende ser alegre, pero encierra tristeza y estupor. Supongo que deberá hacer su propio duelo, algo que yo, como hombre, no sabré nunca cómo es.

Durante los días siguientes, paso cada tarde por allí y le llevo helado, tarta, libros o cualquier cosa que haga que la pena se diluya un poco. Unas veces nos quedamos dentro, otras en el porche, y hablamos o jugamos a juegos que su madre todavía guarda de cuando éramos niños. Me dice que no hace falta que le dedique tiempo, que tendré cosas más importantes que hacer, pero yo vengo

igual. Ahora más que nunca quiero estar a su lado, que no se sienta sola.

Esta tarde tiene mejor cara. Sus mejillas vuelven a tener color y la mirada es menos triste. El médico le ha dicho que puede volver a hacer vida normal. Megan me ofrece una limonada en el jardín. Se sienta frente a mí, y noto en su expresión nerviosa que ha esperado este momento para decirme algo importante.

—Tengo que volver a Nueva York —anuncia, sin rodeos—. A mi casa, a mi vida. No puedo pasar más tiempo de vacaciones sin un trabajo a la vista. Sé todo lo que has hecho por mí…, y te lo agradezco, pero…

—Puedes tener otra vida —le corto antes de que diga lo que no quiero escuchar, sin pedirle nada concreto. Sé que enseguida se siente presionada y no es mi intención que lo crea.

—Tú no tienes que cuidarme, Travis; no hay razón para ello —añade—. Y sé que lo haces desde el cariño, y te lo agradezco… pero no quiero que nadie esté conmigo por pena.

Me levanto despacio. El sol cae tras la valla y tiñe de rojo el borde del campo.

—¿Tú crees que he estado a tu lado por pena? ¿En serio crees eso? —me trago la ira que me está subiendo por la garganta al escuchar tremenda idiotez. ¿Por qué habrá pensado eso?

—Es que no encuentro otra razón. Ya no soy aquella niña que…, nada —si iba a decir que se enamoró de ti, me duele que lo calle porque es lo que necesito escuchar. Entonces, ¿no soy nada para ella? —. Creo que no sabes lo que quieres ahora mismo. Ni tú, ni yo. Sobre todo yo.

Me acerco a ella con intención de marcharme. Ahora mismo tengo el corazón en un puño y dolor en el pecho. Sus palabras han sido

dardos para mí y no quiero estropear lo que siento por hablar desde el despecho. Cuando estoy a punto de irme, me giro.

—Te equivocas, Megan.

Y me voy. Cuando bajo los escalones del porche, no aguanto más. Me seco las lágrimas con la manga, antes de que me las vea nadie. Y camino hasta el coche con el corazón roto.

Capítulo 22

Megan

La verja del rancho está abierta, pero aun así toco el claxon antes de entrar. Siempre lo he hecho, desde niña y eran mamá o papá los que me traían a casa de Travis. Una costumbre absurda, pero necesaria, como si necesitara avisarle de que vengo en son de paz. Aunque no estoy segura de que eso sea del todo cierto.

El coche de mamá huele a colonia infantil y a galletas recién hechas, sus preferidas cuando merendábamos juntos En el asiento del copiloto, reposa una caja con todas las que ha preparado mi madre para que se las traiga. Me rasco el muslo, nerviosa. Me duelen aún algunas zonas del cuerpo, pero lo que más pesa es esa cosa sin forma que siento dentro, entre la rabia, la culpa y la tristeza.

Travis sale del establo con las manos sucias de tierra y sudor en la frente. Lleva la camisa remangada, las botas manchadas de barro y la expresión de sorpresa cansada cuando me ve. Parece un trabajador más y no el dueño que se ha hecho rico. Me bajo con la caja y me acerco a él.

—¿Ha pasado algo? —pregunta.

—Vengo a despedirme —respondo.

Su cara se tensa, pero no dice nada. Me hace un gesto con la cabeza para que lo siga hasta el porche.

Subimos los escalones sin hablarnos, como si cada paso midiera lo que queda entre nosotros. La madera cruje bajo nuestras botas y, por un segundo, tengo la absurda impresión de que el porche

también está incómodo con nuestra presencia. Travis abre la puerta sin mirarme, como si tuviera prisa por entrar y quitarse de encima esta conversación que ambos sabemos que es inevitable.

En el interior huele a café reciente y a leña de chimenea. La brisa mueve ligeramente la cortina de cuadros azules de la cocina, y desde aquí se ve la cafetera aún caliente sobre la encimera. Travis se encamina hacia el fregadero y se lava las manos en silencio. El agua corre con fuerza, como para ahogar lo que no decimos. Se seca con un paño de lino y solo entonces se gira hacia mí.

—¿Quieres dar un paseo? —pregunta, sin darle demasiada importancia, con una voz que me parece extraña, seguro que para evitar cuidadosamente sonar herida.

Asiento con la cabeza, sin confiarme a las palabras.

—Te he traído galletas. Mamá ha hecho de esas de avena y chocolate que te gustaban de niño, ¿las recuerdas?

—Mis preferidas —sonríe y eso calma mi ánimo por unos segundos —. Podemos llevar algunas.

Me acerco a la alacena mientras él se pone la chaqueta vaquera del perchero. En la caja hay dos docenas de galletas perfectamente alineadas, como si nadie se atreviera a tocarlas. Cojo cuatro y las envuelvo en una servilleta. El crujido suave al levantarlas me resulta reconfortante.

Salimos. El aire de la mañana es fresco, huele a tierra húmeda y a campo recién despertado. El camino hacia los sauces está lleno de pequeñas flores silvestres que asoman entre los bordes del sendero, y el sonido del río a lo lejos acompaña nuestros pasos.

Andamos despacio, como si no quisiéramos llegar demasiado rápido. Travis lleva las manos en los bolsillos y la mirada baja. Yo le

doy un mordisco a la galleta, solo para tener algo que hacer con la boca.

—Mi hermano viene esta tarde a buscar a mamá —rompo el silencio—. Mi cuñada está a punto de dar a luz y... he pensado ir también y pasar unos días con ellos para ayudarlos y conocer al bebé.

Él afirma ligeramente con la cabeza, sin girarse hacia mí.

—Tiene sentido.

Camina unos pasos más, patea una piedra, como si de pronto le molestara en el zapato.

—Desde allí podré buscar trabajo en Nieva York, bueno, ya he enviado algunos currículums —añado—. A agencias de publicidad, ya sabes.

—Claro —dice él, bajito—. Es lo lógico.

Nos detenemos al borde del campo, donde comienza la arboleda. Él recoge una ramita de algo seco del suelo y se lo guarda en el bolsillo, sin darme explicación. Yo me limito a observarlo, como si fuera la primera vez que veo sus gestos y, a la vez, como si los conociera de toda la vida.

—No has considerado lo que te propuse, ¿verdad? —pregunta entonces.

Su tono no es acusador, pero en él hay algo que duele.

—Travis…

—Solo dime la verdad. ¿Ni siquiera lo has pensado?

—Lo he hecho y…, no puedo —respondo, sin rodeos—. No quiero vivir aquí. Nunca lo he querido. Este pueblo está en medio de la

nada. Me siento atrapada, me agobia…

Él se detiene de golpe. Se da la vuelta y veo sus ojos brillar bajo la sombra del sombrero.

—Qué bien sienta que te lo digan así, sin remilgos, directa al grano.

—No era mi intención hacerte daño.

—Qué más da eso ya.

Se gira otra vez y sigue caminando. Me apresuro a alcanzarlo. Las ramas del sauce más viejo se agitan con una ráfaga suave de viento, y el río se escucha más cerca. El sol se filtra a través de las hojas como si la naturaleza no tuviera ni idea de lo que está pasando.

—Mira —dice él, señalando el tronco—. Aún está tu inicial. Justo al lado de la mía. La hiciste tú con una piedra cuando tenías once años. Dijiste que no querías olvidarte nunca de dónde venías.

Me acerco. La M está torcida, casi borrada, y la T apenas se distingue. Paso los dedos por encima, sintiendo el relieve antiguo en la corteza rugosa.

—Yo también quise irme —dice él, más tranquilo—. ¿Recuerdas que te lo conté en Nueva York? Me marché en cuanto pude. Pero cuando murió mi padre y me tocó levantar todo esto… entendí algo.

Se sienta en la hierba y yo hago lo mismo, con la servilleta entre las manos.

—Entendí que no se trata del sitio. Ni siquiera del trabajo. La felicidad trata de ser quién eres cuando te levantas por la mañana y seguir siéndolo cuando te acuestas. Del valor que le das a las cosas, de apreciar lo que se te da y de con quién decides compartirlas.

Se calla. No me mira y yo tampoco digo nada, solo observo cómo baja el agua por el río.

—Y yo te habría elegido a ti —añade, en voz baja.

El río canta a unos metros. El sol se refleja en las ondulaciones del agua como si todo fuera una escena demasiado bonita para lo que se está rompiendo dentro de mí. Siento cómo se me anuda algo en el pecho. Me acerco a él, me inclino y le rozo la mano con la mía, no sé con qué intención, si quiero consolarlo o buscar su consuelo. Ahora, con el calor de su piel bajo la mía, es donde todo empieza a arder.

—Voy a echarte mucho de menos. —Su voz sale con una seguridad que me abruma.

Me acerco. La hierba está fresca bajo mis piernas, pero el calor que emana de su cuerpo me alcanza incluso sin tocarlo del todo. Le rozo los dedos. No hace falta más. En el momento en que mis yemas tocan su piel, él se gira hacia mí. Hay un segundo de incertidumbre, de esos que lo cambian todo.

Me giro hacia él. La tristeza me golpea en el estómago, pero no llega a impedir que vea cómo me mira. Cómo sus ojos se clavan en los míos con esa mezcla de deseo y rabia, de ternura y dolor. Y no sé quién da el primer paso. Solo sé que nuestros labios se acercan hasta rozarse.

—No digas nada —le susurro, porque hablar sería romper el hechizo.

Él me toma la cara entre las manos. Sus dedos son cálidos, ásperos, reales. Me mira como si acabara de volver de una guerra y no estuviera seguro de haber sobrevivido. Entonces me besa. No con rabia ni con prisa, sino con una dulzura feroz, como si llevara años guardando el gesto.

Respondo al beso sin pensarlo, con un nudo en el estómago que no se deshace, que me arde. Me empujo contra su pecho y lo siento temblar apenas. Sus labios bajan por mi cuello, sus manos recorren mi cintura, y yo me aferro a él como si fuera lo único que me mantiene anclada al presente. Nos tumbamos en la hierba, entre los susurros del álamo y el rumor constante del río, sin dejar de besarnos, con su lengua enredada en la mía, entre murmullos y respiraciones entrecortadas. Siento el deseo con dolor porque todavía no estoy bien del todo. Pero me da igual. Lo quiero cerca, lo necesito dentro. Como si su piel pudiera curar lo que dentro sigue roto.

Travis se mueve con cuidado, con una ternura que me hace daño, porque me recuerda todo lo que podría ser y no será. Me desabrocha la blusa despacio, mirándome como si no quisiera olvidar ni una sombra sobre mi piel.

—¿Estás bien? —susurra, y en su voz hay algo tan vulnerable que me deja sin aire.

—Sí —respondo, aunque no sea del todo cierto. Todavía me duele un poco, no sé si por el cuerpo o por el alma. Pero le deseo. Le deseo con esa urgencia que viene del amor que no se admite, del deseo que sabe que no tiene futuro.

—Si te molesta, me lo dices y paro —susurra en mi oreja cuando sus dedos masajean por debajo de mi ropa interior—. Estás muy húmeda.

—Creo que podré soportarlo.

La calidez y la ternura con la que me toca me llenan el pecho de un calorcito agradable, sé que no quiere hacerme daño, y actúo para que tanto cuidado no le haga enfriarse. Alcanzo su dureza con la mano, él me ayuda bajándose la ropa, y le toco. Me incorporo para seguir con los labios, le lamo y empiezo a follarle con la boca. Él, al poco rato, entre jadeos, me dice que pare. Me da la vuelta, saca un

preservativo del bolsillo y se lo pone con destreza. Con sumo cuidado se acerca a mi abertura, con los dedos me da placer y hace que la penetración sea suave. Gimo, algo dolorida, y me arqueo hacia atrás para recibir sus estocadas. Con una mano le agarro del pelo y empujo con su vaivén, y con la otra araño la hierba. Subo las caderas, él entra más, y una oleada de éxtasis me recorre el cuerpo. Hacemos el amor entre las raíces del árbol que nos vio crecer. Su cuerpo sobre el mío, sus labios en mi clavícula, sus manos buscándome como si supieran exactamente dónde estoy rota. Y aunque el dolor aún está ahí, la conexión lo eclipsa por completo.

Me desahogo sobre la hierba, Travis se desploma encima de mí, jadeamos, sudamos y sonrío abrazada a él. El sol atraviesa las hojas y me dibuja formas doradas sobre la piel. Él acaricia mi espalda con una lentitud que me hace cerrar los ojos. Cuántas veces soñé con esto en la adolescencia. La vida me lo debía, aunque solo vaya a ser esta vez. Tengo que dejarlo claro, que no crea que follar hoy es el principio de algo. No sé ni como he sido capaz…

Después, cuando el aire se ha calmado y las cigarras cantan como si no les importara nuestra presencia, me doy cuenta de la realidad. Por un instante, me permito imaginar que esto podría ser suficiente. Que podríamos quedarnos así. Pero no.

Me quito unas hojas de la falda y trago saliva. Me incorporo despacio, abrocho mi blusa sin mirarlo.

—No deberíamos haber hecho esto —murmuro—. No ha estado bien.

Él se sienta, con la expresión dura.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Porque no cambia nada, Travis. No creas que por haberlo hecho me voy a quedar, por si habías pensado convencerme con un polvo. No es así. Mi vida no está aquí y esto no cambia nada.

Sus ojos se oscurecen, sacude la cabeza con expresión de incredulidad y, después, se incorpora de golpe. La rabia le sube a la cara como una ola.

—¿Crees que esto ha sido un truco? ¿Que te quería echar un polvo para manipularte? ¿Eso piensas de mí?

—No he dicho eso —subo la voz—. Pero no puedes pretender que me quede en Willow Creek porque nos hayamos besado unas cuantas veces.

—No puedo creer que digas eso. ¿Y qué piensas que hay en Nueva York? ¿Prefieres acostarte con tipos como Blake, vivir estresada entre coches y edificios? Vaya manera de arruinar tu vida.

—Eh, para el carro —le espeto—. Soy mayorcita para tomar mis propias decisiones y tú no eres nadie para decirme si te parece bien o mal. O dilo, me da igual, no te voy a hacer caso. ¿Quién te crees que eres?

—Alguien que te quiere —susurra con la cabeza baja y la vista al suelo.

Me quedo helada.

—Pero después de lo que has dicho —sigue él, de pie, sin mirarme —, tienes razón. Ha sido un error. Todo. Así que vete, Megan. Vete a donde te sientas feliz. Aquí no lo serás nunca porque no deseas serlo.

—No me hables así —le espeto—. No tienes derecho a juzgar mis decisiones.

—Y tú no tienes derecho a venir aquí, dejarme amarte y después tratarlo como una transacción emocional que no encaja en tu Excel de vida neoyorquina. Eres tú la que me ha utilizado a mí haciéndome creer que sentías algo. ¿Has tenido sexo conmigo para

devolverme el favor de cuidarte? ¿Algo así? Y dices que es cosa mía para retenerte aquí. Es perverso.

—Eres injusto.

—Y tú una cobarde.

Algo se ha roto entre nosotros que ya no se puede coser. Nos miramos como dos extraños que han compartido un recuerdo demasiado íntimo. Regresamos en silencio. Arrastro los pies caminando a su lado. No me roza, no me habla ni me mira. En cuanto llegamos, se va directo al establo. Monta uno de los caballos y se aleja al galope, como si huyera de mí, de lo que ha pasado, de todo.

Me quedo un segundo plantada frente a la casa, aún aturdida por todo lo que ha pasado esta mañana. Luego, me subo al coche y arranco. En cuanto salgo del camino, empiezo a llorar. Golpeo el volante, insulto al universo, a los hombres, a mí misma. ¿Son todos igual de gilipollas o solo los que me encuentro yo?

Cuando llego, mamá está en el porche.

—¿Todo bien?

—¡Sí! —grito—. Voy a hacer la maleta.

Subo las escaleras de dos en dos y cierro la puerta con un portazo. No quiero que me vea. Ni ella ni nadie, porque si me miran, me voy a hundir porque no sé mentir, y ahora mismo necesito mantenerme a flote.

Capítulo 23

Travis

—Te estás volviendo un fantasma, hijo. Y tú nunca has sido así.

La voz de mi madre resuena en la cocina mientras me deja un plato de sopa humeante sobre la mesa. Lleva toda la mañana arrastrando cacerolas y golpeando muebles como quien intenta despertar a un oso hibernando. Y en cierto modo… me siento así.

—Come —insiste, empujándome un plato—. Porque si no lo haces tú, lo hará el perro.

—No tengo hambre —respondo sin mirarla.

Ella se cruza de brazos, con el ceño fruncido y expresión de paciencia infinita y firmeza materna, que me ha ganado más de una vez.

—Desde que se fue, no hablas con nadie. No te alegras ni de que las cifras de ventas vayan como nunca. Blue Media ha hecho magia con tu marca y tú ni siquiera te has dignado a abrir el informe que te enviaron. Sí, me lo ha dicho Markus —añade al ver mi cara de extrañeza; mi madre nunca se ha metido en los asuntos del rancho, pero ni las mejores cifras de negocio significan nada sin ella—. ¿Quieres que llame a un médico?

—Estoy bien.

—Estás muy lejos de estar bien, cariño.

Me siento a la mesa sin discutir más. Pincho un poco de estofado. Está delicioso, como todo lo que hace ella, pero en mi boca, todo me

sabe igual desde hace días. Megan se ha ido. Y lo que me ha dejado es un hueco que no sé llenar ni con trabajo, ni con whisky, ni con todos los malditos caballos del rancho.

—Mamá, no insistas —la increpo, sin mirarla—. No hay nada que hacer. Déjame vivir a mi manera, por favor.

—Creo que lo que te falta es tu famoso sentido común —replica ella, y luego su tono se suaviza—. Lo que no puede ser es que sigas en esta casa sin hablar con nadie, sin reírte, sin vivir. Sal. Haz algo. Golpea un saco de boxeo, arranca un árbol, pero deja de estar tan… ausente.

Me seco las manos con la servilleta, más por darle gusto que por necesidad. Me levanto y estoy a punto de meterme en el despacho cuando ella sonríe, enigmática.

—Por cierto. Mira quién ha venido.

Escucho pasos en el porche y por la forma de pisar lo reconozco antes de verlo. Me giro justo a tiempo para ver entrar a Winston, mi hermano menor.

—¿Qué demonios haces aquí? —pregunto, entre sorprendido y aliviado.

—¿Así saludas a tu hermano favorito? —dice, con una sonrisa ladeada, y me estrecha en un abrazo fuerte.

Nos damos unas palmadas en la espalda, esas que ocultan todas las palabras que no se dicen. Mi madre, satisfecha, se retira con la bandeja como si hubiera orquestado un milagro.

—Estás hecho polvo —dice Winston, cuando salimos al porche.

—Gracias, necesitaba que alguien me lo confirmara. Pero si has venido a decirme lo obvio, ya puedes largarte.

—¿Montamos? —propone, señalando los caballos que pacen junto a la valla.

Minutos después, cabalgamos en silencio por los caminos de tierra roja que bordean el rancho. Es un día despejado, de los que el cielo parece más grande de lo que uno puede abarcar con la vista. El viento acaricia mi cara y por primera vez en días, respiro aire puro.

—Me lo ha contado mamá —dice él, sin rodeos—. Lo de Megan, y el aborto y… bueno, no la riñas. Está preocupada.

—Ya. No es para tanto.

—Sí lo es. Mírate. ¿Dónde está el hombre brillante que ha levantado el rancho y ganado millones de dólares? No te reconozco.

Me encojo de hombros; eso quisiera saber yo.

—Veo que no has perdido tu talento de jinete.

—¡Travis! —me riñe—. No cambies de tema. ¿Todo esto es por ella?

No hace falta contarlo. Él sabe lo suficiente.

—¿La quieres? —continúa.

—Claro que la quiero. Pero eso a ella no le basta.

—¿Y tú qué? ¿Vas a quedarte aquí lamiéndote las heridas y fabricando bistecs *premium*? Usa tu ambición para las demás áreas de tu vida, no todo es trabajar.

—Dices lo mismo que mamá. Podéis dejarme en paz. Agradezco tu visita, pero no que te metas en mi vida, Winston.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero él sigue.

—Escúchame. Sabes que siempre he odiado Dallas y que maldije el día que me dieron ese destino. Sin embargo, en el hospital estoy muy bien, me gustan los compañeros, el ambiente, el trabajo…, y he conocido a alguien, una pediatra que se llama Brenda. Te la presentaré. Bueno, lo que te quiero decir es que el lugar es lo de menos si todo lo demás encaja. Al final, el hogar lo hacen las personas, no el entorno.

Las palabras de Winston me hacen recordar el día que le dije a Megan que la felicidad no dependía de un sitio, sino de uno mismo. Se lo dije pensando en que ella podía adaptarse a Willow Creek, pero tal vez sea al revés. «Travis, aplícate el cuento. A lo mejor puedes rehacer tu vida con ella. Y si no puedes aquí… ¿quién dice que no puedes probar en otra parte?», me digo a mí mismo.

—¿Me estás diciendo que me mude a Nueva York? —rompo el silencio, con una risa seca—. ¿Tú me ves a mí en una oficina acristalada, tomando café sin azúcar y llevando camisa todos los días? Sin poder cabalgar ni ver el atardecer sobre el rancho.

—¿Y por qué no? Hace años soñabas con irte de aquí. Además, eres el CEO de tu empresa. Puedes dirigirla desde donde te dé la gana. La vida no es lo que uno pensó que sería a los veinte. Es lo que eliges construir con lo que tienes ahora.

No respondo. Pero la semilla ya está plantada.

Esa noche, salimos al bar del pueblo. Hace tiempo que no piso ese sitio y, al entrar, me envuelve la música, las risas, el olor a cerveza derramada. Algunos nos saludan, otros nos observan. No paso desapercibido desde que el nombre de Willow Creek Beef aparece en más de un periódico de negocios y en las cadenas de televisión. Eso y que todos saben que el dinero no es un problema para mí. Unos me tienen envidia, otros admiración y agradecimiento por lo que he traído al pueblo y las solteras quieren lo que quieren. Me invitan a

copas mientras las chicas se acercan con sonrisas y ojos que brillan. No me impresiona. Ni una sola de ellas.

—Hola, Travis —dice Betty, una rubia de ojos intensos y falda muy corta que siempre quiso algo conmigo—. Estás… guapísimo esta noche.

—Gracias, Betty. Bonito vestido.

—¿Quieres salir a tomar el aire?

Dudo. Winston me mira con una ceja levantada, como diciendo *haz lo que quieras, pero no hagas tonterías*. Aun así, salgo. Por inercia más que por ganas.

Afuera, en el aparcamiento, ella se acerca demasiado a mí. Me pone las manos en el pecho. Me besa sin pedirme permiso. Sin embargo, yo no respondo. Mis labios están muertos. Lo que siento es vacío.

—Lo siento —le digo, apartándola con suavidad—. Esto no… no es lo que quiero. Vuelve adentro.

Se queda mirándome, molesta, pero se va, y yo me quedo apoyado en la pared, mirando al cielo.

Es en ese momento cuando lo sé con certeza: tengo que ir a por ella.

Si el lugar no importa, si la felicidad depende de las decisiones que uno toma… entonces tengo que intentarlo. Tal vez no pueda tenerla en el rancho y quizá me rechace. Pero sí puedo darle algo más sin pedirle ningún sacrificio.

Cuando volvemos a casa, Winston me da una palmada en la espalda.

—¿Estás mejor?

—Sí. Gracias por venir, hermano. De verdad.

—Me alegro de oírlo. Seguro que tomas la decisión correcta. Hagas lo que hagas, cuídate y sal del rancho, tío, que das asco.

Reímos a carcajadas. Le doy las buenas noches, pero en lugar de subir a mi habitación, me meto en el despacho, enciendo el ordenador y empiezo a buscar billetes a Nueva York, como un ciudadano más.

Esta vez no voy a perderla.

Capítulo 24

Megan

Cuando alguien dice que trabaja en las redes sociales de una firma de moda, la gente imagina glamour, ropa gratis, sesiones de fotos con luz dorada y cafés perfectos. Nadie piensa en las ojeras bajo un filtro, los Excel interminables o los mensajes de madrugada de jefes que creen que el algoritmo duerme con uno de nuestros pijamas.

Llevo una hora sentada en una mesa blanca, con el portátil abierto y el móvil apoyado entre el teclado y mi taza de café medio frío. Desde hace dos semanas trabajo gestionando la estrategia digital de una cadena de ropa juvenil. La oficina es un espacio diáfano de techos altos, lámparas de diseño y frases inspiradoras colgadas por las paredes como si aquí solo se pudiera pensar con hashtags.

La jornada no ha hecho más que empezar, pero ya tengo la sensación de haber vivido un día entero. Hay reuniones marcadas en todos los colores del calendario, campañas que revisar, ideas que desechar y algún que otro comentario paternalista de un superior que apenas me saca cinco años y cree que el feminismo es una estética más.

Pero no me quejo. Necesitaba esto, una rutina, un salario puntual y algo que me exija levantarme, vestirme y fingir que todo está en orden. No es mi trabajo ideal ni pretendo que lo sea el resto de mi vida, pero cumple el cometido de evadirme y esconderme en la lista de tareas. Me hace olvidar que quizá tenía que haberme quedado en Willow Creek, que cabe la posibilidad de que Travis no estuviera a mi lado por pena. Pero no lo sé. No hemos vuelto a hablar y cada día que pasa es más difícil preguntar. Mi plan es acomodarme de nuevo

a Nueva York, donde cada vez me siento más ajena, y volver a construir mi vida. No necesito a un hombre para ello.

Una notificación vibra en la pantalla. Es Emma. Reunión *online* confirmada a las cuatro en su despacho.

Me levanto despacio, aliso la falda como si eso pudiera borrar también el cansancio que arrastro, y camino hasta el despacho de mi jefe para pedirle permiso. Ya saben lo de la demanda a Blake y que tenía pendiente esta reunión.

Llego a la sala en el despacho de Emma, donde nos esperan los abogados. Ella está allí, con el pelo recogido muy tirante, un clásico cuando quiere intimidar, y la mirada afilada, preparada para otra ronda de guerra legal.

Nos saludan desde la pantalla, uno a uno. Me esfuerzo por parecer atenta, presente. Pero entonces aparece Blake, impecable como siempre, con americana entallada, sonrisa afilada y voz de serpiente domesticada.

—Señor Walton, gracias por venir —dice uno de los abogados.

—Es un placer —responde él, con la calma de quien nunca pierde —. Aunque me gustaría aclarar algo desde el principio. Todo esto... es una farsa. Megan jamás estuvo embarazada. Lo inventó para presionarme. Me lo reconoció hace poco, fuera de estas reuniones.

Siento cómo Emma se tensa a mi lado. Yo me mantengo inmóvil, me niego a darle la satisfacción de verme alterada.

—No es cierto —replica Emma—. Lo que Megan dijo fue que perdió al bebé, y eso está respaldado por informes médicos, recetas y visitas hospitalarias. Usted puede retorcer la historia, pero los hechos no cambian. Nosotros sí alegaremos coacción, amenazas y un historial de daño emocional.

Blake suelta una risa baja, y luego guarda silencio. El resto de la reunión se convierte en un zumbido lejano. Atravieso los minutos como una niebla espesa, preguntándome si alguna vez podré liberarme del todo de él. De su voz y de su sombra.

Cuando Emma retoma la palabra, la reunión toma un rumbo más técnico. Se enumeran documentos, informes, fechas, comunicaciones por correo electrónico y mensajes del móvil que me sacan los colores. Cada palabra de mi amiga busca sostenerme como un andamio que desafía el derrumbe. Emma interviene con firmeza cuando hace falta, corrige matices, señala incongruencias en el testimonio de Blake. Yo asiento, respondo cuando me lo piden, con la garganta seca y los dedos entrelazados sobre la mesa, como si al mantenerme quieta pudiera contener también la rabia.

Finalmente, el abogado contrario propone una segunda fecha para continuar con la mediación. No se mencionan acuerdos todavía. Me choca que nadie se despide con cordialidad, la frialdad es extrema, como si todos, en el fondo, supiéramos que esto ya no es una negociación, sino una batalla abierta.

Emma cierra el portátil con un leve chasquido y me lanza una mirada de complicidad. No necesitamos palabras para entender que, aunque haya sido duro, vamos por buen camino. Ganar este caso no va a borrar el pasado, pero sí puede ofrecerme un futuro más claro.

Cuando salimos, Emma me agarra del brazo con suavidad y me acompaña hasta la calle. El aire de la tarde está tibio, con olor a *hotdog* callejeros y gasolina quemada.

—No le creas. Está desesperado. Lo sabe.

—Ya lo sé —respondo en voz baja—. Pero aun así... duele.

Emma me abraza con una fuerza medida, como si supiera que cualquier exceso podría romperme. Le devuelvo el gesto, intento sonreírle y le agradezco con un susurro antes de girar la esquina.

Camino hacia mi casa sin prisa, con el cuerpo descompuesto, como si los huesos me pesaran más de lo normal. El día ha sido largo, pero no lo suficiente como para alejarme del recuerdo de Travis. De lo que pasó y de cómo nos separamos, sin ni siquiera una despedida. No le he pedido explicaciones ni he contactado con él para no remover más. La distancia y el silencio son mi cura.

La ciudad sigue su curso sin mirarme. Hay gente que se ríe por el móvil, niños que corren, taxis que pitan con impaciencia. Y, sin embargo, todo me parece ajeno, como si yo caminara en otro plano.

Cuando llego a la esquina de mi calle, veo que hay alguien en las escaleras que dan acceso al edificio. Ya está oscureciendo y siento miedo. Es alto, de hombros anchos, y lleva algo en los brazos. Mi primer impulso es frenar. Algo me dice que no es un repartidor y sé que no es un vecino. El corazón me late con fuerza en el pecho, como si supiera lo que mis ojos aún no han confirmado.

Sigo caminando. Cada paso me cuesta un mundo. Los faros de los coches pasan a mis espaldas, iluminando fugazmente la acera. Y ahí sigue él, inmóvil, como una figura mal colocada en el decorado de mi vida.

Al acercarme me doy cuenta de que lo que lleva es un ramo, que le tapa la cara de lo grande que es. No me atrevo a levantar la mirada por si es alguien peligroso; dicen que cuando te cruzas con un extraño en la noche es mejor ignorarlo, y eso hago. Paso junto a él con el cuerpo en tensión, con las llaves preparadas entre los dedos por si resulta ser algún loco. Pero entonces, cuando pongo el pie en el primer escalón, lo oigo.

—Megan.

El mundo se detiene.

La voz, grave y familiar, atraviesa la bruma de mi confusión como un rayo lento. Me detengo en seco en mitad de la escalera, con la

llave entre los dedos y el corazón martilleando en mis costillas. Me doy la vuelta con la respiración contenida, como si al hacerlo pudiera comprobar que no es un espejismo, que no estoy delirando tras un día demasiado largo, tras una vida que aún no se ha recolocado del todo.

Travis está allí, a apenas unos metros, semi oculto tras un ramo de flores enorme entre las manos y los ojos ardiendo. Lleva la camisa remangada, los vaqueros gastados y ese aire de hombre cansado de luchar contra sí mismo. No lleva sombrero, algo inusual en él. Por eso no lo reconocí enseguida. Por un instante, la ciudad desaparece. La calle, los portales, los taxis lejanos, todo queda suspendido en una burbuja en la que solo estamos él y yo. Como si el tiempo hubiera encontrado la forma de plegarse sobre sí mismo para traérmelo aquí.

—Hola.

No digo nada más. No me siento capaz. La rabia que creía extinta despierta bajo mi piel como un animal que ha estado dormido demasiado tiempo. Camino hacia la puerta con el corazón latiéndome en los dientes. Él no se mueve. Ni siquiera cuando paso a su lado para encajar la llave en la cerradura. Lo siento girarse despacio, seguir mis movimientos. No lo miro. No me atrevo a hacerlo porque me arriesgo a derrumbarme y no quiero. Abro la puerta y entro, dejando que él decida si quiere o no cruzar ese umbral.

Subimos a mi apartamento, abro y camino hasta la cocina, dejo el bolso sobre la encimera con un golpe seco y me apoyo en ella, de espaldas a él. Escucho sus pasos detrás, lentos y densos, como si cada uno pesara toneladas. La puerta se cierra con un leve clic que me hace estremecer. Y luego, el silencio.

Cuando me vuelvo, Travis sigue de pie en mitad del recibidor, sosteniendo las flores sin saber qué hacer con ellas, como si, al ver

mi cara, hubiera olvidado todas las frases que había ensayado de camino aquí. Mi mirada viaja por su rostro, buscando señales de todo lo que no dijo aquella tarde junto a los sauces. Y, por un momento, lo odio. Por estar aquí y ser el único que logra sacudirme las certezas. Por ponerle un rostro tan humano al pasado que intento enterrar.

Él alza ligeramente el ramo. Es hermoso y ridículo. Y por eso mismo, casi me hace llorar.

—¿De verdad piensas que las flores arreglan algo? —pregunto, sin levantar del todo la voz, pero con la herida aún sin cicatrizar, asomando en cada palabra.

Travis baja la mirada. La mueve despacio por la habitación, por los cuadros torcidos, por el abrigo en la silla, por mis zapatos tirados en la alfombra. Como si ese pedazo de vida que he reconstruido aquí fuera un lugar sagrado en el que él no sabe moverse.

—No lo sé —responde al fin—. No sabía qué hacer y me pareció un gesto amable.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros. Los segundos se suceden como olas que no terminan de romper. Y justo cuando me decido a decirle que se marche, que ahora no puedo, que no quiero, su voz vuelve a atravesar el aire:

—¿Podemos hablar?

Lo dice sin suplicar y sin drama, con la calma rota de quien no tiene nada que perder. La misma que usaba cuando de niños me convencía de saltar desde lo alto del granero o de correr con él hasta el río, incluso cuando sabíamos que estaba prohibido.

Pienso en concederle cinco minutos, una eternidad o una trampa, pero no lo digo.

—Claro. Siempre hemos podido —le pincho porque el dolor me hace ser así, y lo lamento.

Le miro a los ojos y lo que veo no es a un hombre que ha venido a pedirme nada, sino a uno que está dispuesto a dejar algo atrás, aunque no sepa qué recibirá a cambio.

La sangre me zumba en los oídos. Quiero decirle que no, que ya es tarde, que las cosas no funcionan así y yo no quiero remover más el pasado. Quiero que sepa que ya solo miro hacia delante. Pero en lugar de eso, dejo que las palabras se queden suspendidas entre mis labios.

—¿Quieres una cerveza?

—Por favor. ¿Aún tienes zapatillas de hotel para que me quite las botas?

No quiero sonreír, pero lo hago.

Capítulo 25

Travis

No sabía qué iba a encontrar al tocar esa puerta. Ni siquiera estaba seguro de que me fuera a abrir. Pensé que tal vez me gritaría desde dentro, o que dejaría las luces apagadas para que creyera que no estaba. A veces el orgullo puede más que el amor y, después de todo lo que pasó, habría tenido todo el derecho a dejarme plantado en el umbral de su vida. Pensé irme, tras esperar más de una hora en su puerta, cuando la vi a lo lejos. Me quedé y me dejó entrar.

En cambio, lo que he encontrado no es a la Megan fuerte y resuelta que había imaginado mientras buscaba vuelos, sino a una mujer con el alma revuelta, que mira como si no quisiera mirar, que me deja entrar, pero sin saber si quiere que me quedara.

Aquí estoy, horas después, sentado en su sofá, con la espalda algo rígida por culpa de estos muebles modernos que no se parecen en nada a mi sillón de cuero, mirándola mientras rebusca menús en una aplicación del móvil.

—¿Pides mucha comida china? —pregunto, más por llenar el silencio que por verdadera curiosidad.

Ella alza la vista, divertida.

—Como todo el mundo en Nueva York. Aquí nadie cocina. O casi nadie. Las cocinas existen para calentar café y meter vino blanco en la nevera.

—Ya... —respondo, rascándome la nuca—. Entonces menos mal que la hostelería sigue comprando carne. Si no, nos habríamos arruinado.

Se echa a reír. Esa risa. Esa forma de encogerse de hombros mientras busca el botón de confirmar pedido, me calienta el corazón y algo más.

—No sabes cuánta razón tienes. Aunque el tofu está ganando terreno, ¿eh?

—Tendré que vender carne con extra de tofu —bromeo—. Angus teriyaki con corazón de soja.

Nos reímos los dos. Y hay algo en ese momento, en ese pequeño intercambio absurdo, que me relaja por primera vez desde que pisé esta ciudad. Me doy cuenta de que me daba más miedo encontrarla fría, lejana, que cualquier otro escenario posible. Pero no lo está. Está… vulnerable. Y eso es aún más difícil de ver.

Ella se acomoda en el otro extremo del sofá, con las piernas dobladas y una manta sobre los pies. Se arropa como quien necesita protección, pero no la pide. Es la Megan que recuerda todo, que piensa todo, que se guarda todo.

—Siento haberme ido así —digo entonces, con voz baja. No quiero que suene ensayado—. Sin despedirme de ti.

Ella guarda silencio. Luego asiente sin mirarme.

—Estabas furioso. Lo entiendo.

—Pero aun así… —trago saliva—. Lo he lamentado cada día.

—Podías haber llamado —me reprocha, y en su tono percibo tristeza contenida—. Pero no lo hiciste.

—No. —Cierro los ojos un instante—. Estaba tan dolido que borré tu número. Como si eso me ayudara a dejar de pensarte.

Ella gira la cabeza hacia mí. Sus ojos brillan, y no sé si es por la lámpara tenue del rincón o por algo más profundo.

—Te rechacé porque no quería que estuvieras conmigo por lástima, como si fuera un cervatillo herido al que hay que proteger —dice, en voz casi inaudible.

—No sé por qué pensabas eso, nunca fue mi intención. Estaba contigo porque quería, porque… te quería. Me subí al caballo para huir de ti y de mis propios sentimientos.

Megan respira hondo. Luego se lleva una mano a la cara, como si el recuerdo le escociera aún.

—¿Y? ¿Qué hace aquí? ¿Por qué ahora?

—Yo —digo, apoyando los codos en las rodillas—. He venido para averiguar si puedo tener una vida aquí, contigo, aunque sea en un lugar que no es el mío. Porque si lo importante no es el pueblo, ni las vacas, ni el rancho... entonces tal vez lo importante seas tú. O yo sintiéndome bien sin importar el lugar. Desde que te fuiste, no he estado a gusto ni en mi casa.

Ella me mira con una mezcla de incredulidad y ternura. Y entonces se rompe, se deshace en lágrimas lentas, como quien ha estado aguantando una presa demasiado tiempo.

—Me dijeron que estabas conmigo por pena, que te arruinaría la vida —solloza.

—No es eso —respondo enseguida, casi con urgencia—. Nunca ha sido compasión, ni por lástima. La prueba es que estoy aquí, dispuesto a intentarlo aunque sea en Nueva York. Yo, en una ciudad. Imagínate.

Ella me mira como si no acabara de creérselo. Como si, a pesar de todo, no estuviera segura de que esto pueda sostenerse fuera del

polvo del rancho.

—Un *cowboy* en Manhattan —ríe—. ¿En serio que harías eso por mí?

Entre esas risas caen lágrimas. Llora como si no pudiera evitarlo, como si algo se hubiera aflojado por dentro después de semanas apretando los dientes.

—No sé qué me pasa —balbucea, secándose las mejillas con la manga del jersey—. Escuché cosas en el baile. Todas esas mujeres decían que no me querías, que solo era una mujer embarazada sin sitio donde caerse muerta y que tú eres demasiado buena persona e ibas a cargar con un hijo que no era tuyo, solo por piedad. Creía que iba a destrozarte la vida —dice entre hipidos.

—Y yo he escuchado muchas cosas —digo, intentando que la voz no me tiemble—. Que soy el soltero de oro, que todas quieren casarse con el dueño del rancho más rentable del condado.

Ella se ríe entre lágrimas. Es una risa húmeda, torpe y preciosa.

—¿Y?

—Nada, que me da igual todo eso. Porque yo solo dejaría la soltería por una mujer. Una que no lleva botas de vaquero ni sabe distinguir una vaca charolesa de una limusina.

—¿Limusina?

—Una raza de carne. No es un coche.

Vuelve a reír. Y ahí es cuando me acerco. Me sitúo en la esquina del sofá donde ha llorado más de lo que yo querría imaginar. La abrazo sin pedir permiso, con la certeza de que ese espacio sigue siendo mío si ella me lo permite. Su cuerpo encaja en el mío como si no hubiéramos pasado ni un solo invierno separados.

Me apoya la frente en el cuello. Le tiembla el aliento.

—No sé si esto saldrá bien —susurra.

—Yo tampoco. Pero sé que me dolería mucho más no intentarlo.

Le acaricio la mejilla con los labios para secarle las lágrimas con mi roce. Sabe a sal. Megan levanta la cara, y entonces nos miramos como si estuviéramos volviendo a casa.

Nos besamos despacio, bebiéndonos el uno al otro. Somos dos personas que han aprendido a no dejarse para después y que necesitan reconocerse. La piel recuerda, las bocas que se reconocen, y siento esa especie de temblor que aparece cuando uno vuelve a besar lo que creyó perdido.

Le sostengo la cara entre las manos porque quiero leer en su mirada, profunda y brillante de esperanza. La beso despacio en una mejilla, luego la otra, y después el borde de sus labios. Ella cierra los ojos, como si quisiera grabarlo todo en la memoria. Le acaricio el rostro con la devoción de quien ha rezado durante días sin respuesta.

La beso de nuevo en la boca con más hambre que antes, y esta vez no hay espacio para dudas ni reproches. Solo está su boca, la manera en que se abre a la mía como si hubiera estado esperándome desde hace años. Megan me acaricia la nuca, enreda los dedos en mi pelo, y algo dentro de mí se asienta al fin.

Nos estiramos sobre el sofá, entre cojines desordenados y una manta que ya nadie va a usar. Mi camisa acaba por los suelos, su camiseta me roza los dedos mientras la subo con calma, descubriendo su piel caliente, suave, viva. A cada nuevo contacto, siento que la recupero un poco más.

Me acerco más. Nos reímos un momento, bajito, cuando mi cinturón se queda atascado y ella intenta ayudar sin éxito. Es un

gesto torpe, íntimo y nuestro.

Cuando acaricio su sexo con los dedos, la respiración de Megan se acelera y su mano se desliza por mi espalda. El cuerpo ya ha respondido antes que la cabeza. Entonces ella se arquea bajo mí y no hace falta nada más. Todo lo demás desaparece.

—¿Estás segura?

—Totalmente. Además, ya estoy recuperada del aborto. No hace falta que tengas cuidado.

Sus palabras me aturden ante la expectativa que mi mente se crea. Me inclino sobre ella y encajo la cabeza entre sus piernas. Le lamo los pliegues, juego con mi lengua por su botón del placer e introduzco los dedos en ella provocándole un orgasmo que me excita todavía más de lo que estoy. Alcanza su boca y la beso con pasión. Encajo mi dureza en ella y la penetro de una estocada arrancando un gemido.

Nos movemos despacio. Sin urgencia. Como si el tiempo se hubiera vuelto más denso entre estas paredes. La siento estremecerse cuando le acaricio la cintura, cuando mi boca recorre la curva de su cuello y se entretiene en sus pezones, cuando nuestras caderas se buscan con la naturalidad de quienes ya han estado ahí, pero esta vez con algo distinto latiendo dentro.

Megan se aferra a mis hombros, me muerde el labio con suavidad, jadea entre dientes. Su cuerpo tiembla, aún delicado, pero no se aleja. Me guía, me sostiene y me responde. Cada centímetro de su piel parece recordar lo que fuimos. Y ahora, lo que podríamos ser.

El éxtasis nos alcanza casi a la vez, ella grita y yo me desplomo sobre su cuerpo. Nos quedamos tumbados en el sofá, entrelazados, con su frente apoyada en mi pecho. Le acaricio el pelo sin decir palabra. Megan no se mueve, solo deja que la abrace. Yo tampoco

me atrevo a romper ese instante. Afuera, la ciudad sigue encendida. Aquí dentro, todo está en calma.

No sé qué viene después.

Solo sé que esta vez no pienso irme.

Capítulo 26

Megan

Me despierto con la nariz aplastada contra el hombro de Travis. Huele a bosque, a ropa lavada con jabón corriente y a sexo. Inevitable después de la noche que hemos compartido entre las sábanas que ahora se me pegan a la piel. Respiro hondo antes de atreverme a abrir los ojos.

No quiero mirar. Porque si lo hago, la realidad se va a sentar con nosotros y va a empezar a hacer preguntas incómodas. Pero Travis se mueve. Se despereza con cuidado y me mira, con las arrugas de la almohada en la mejilla.

—¿Estás despierta? —pregunta en voz baja.

—No. Estoy hablando en sueños —murmuro, aún pegada a su piel.

Él se ríe. Una risa auténtica, baja, sin filtros.

—Tenía miedo de que te levantaras antes que yo y huyeras por la ventana.

—¿En serio? Me duele hasta el pelo. No habría podido ni queriendo.

Se aparta un poco para mirarme, pero no demasiado. Sus ojos son cálidos. Observadores. Tiene esa expresión que pone cuando algo le gusta mucho, pero no lo dice en voz alta.

—Es raro, ¿no? —digo, porque alguien tiene que decirlo—. Estás en mi cama. En Nueva York. Y anoche pedimos comida china como

si lo hiciéramos cada viernes desde hace años.

—Y tú te quejaste porque se olvidaron el extra de arroz —contesta, sonriendo.

—¿Ves? Ya somos como una pareja de verdad.

Nos reímos los dos. Y durante un momento me permito imaginar que esta escena podría repetirse. No cada día, pero sí a menudo. Hasta que esa idea empieza a darme miedo. Mucho miedo.

—Travis —digo, volviendo al presente—. No quiero que pienses que esta noche… que esto lo arregla todo. Porque yo tampoco tengo ni idea de qué estamos haciendo.

Él se incorpora un poco, con la sábana cayéndole por la cintura, dejando ante mis ojos su abdomen esculpido a base de ejercicio y trabajo. Está tremendo. Se rasca el pecho, distraído.

—Yo tampoco —admite—. Pero eso no me asusta. Lo que me asusta de verdad es no intentarlo.

Lo miro. Tiene el pelo revuelto, la voz aún ronca. Parece más joven que ayer. Más humano. Más… mío.

—¿Sabes qué me preocupa?

—Dímelo.

—Que me acostumbre a tenerte aquí. Y que la próxima vez que te vayas… no me baste con hacerme la fuerte.

Travis baja la mirada. Y luego vuelve a alzarla, con una decisión que reconozco al instante.

—No me voy a ir.

—Eso no puedes prometerlo.

—No, pero puedo prometer que si tengo que marcharme será porque ambos lo decidamos. Puedo probar a vivir aquí a ver qué tal se me da. ¿Te imaginas? Un cowboy en Manhattan. Puede ser divertido.

Trago saliva. Hay una parte de mí que quiere decirle que no sea idiota. Que eso es complicado. Que mi trabajo, mi vida, mi independencia... Pero otra parte, una mucho más testaruda, piensa que tal vez no se trata de renunciar, sino de reescribir lo que tenemos. Quizá todo eso que me digo sobre mi vida no sean más que palabras vacías, envueltas de miedo.

—Te aviso de que mi apartamento tiene goteras y la vecina del tercero pone reguetón a las ocho de la mañana —digo, porque el miedo necesita humor para no clavarse como una espina.

—Yo he dormido en establos con peor acústica —responde, sin pestañear.

Nos miramos y el tiempo parece que se encoge. Aunque no haya promesas, ni planes, ni garantías, algo en mi pecho se afloja. Como si el miedo empezara a tener menos sitio para dárselo a algo parecido al amor.

Entonces, Travis se inclina y me aparta un mechón de pelo de la frente con los dedos y me besa en los labios.

—¿Hay café en esta casa o debería empezar a buscar el avión de vuelta al oeste?

—Hay café —respondo, sonriendo—. Pero si estás esperando que lo sirva en una taza adorable con frase inspiradora al estilo *hipster*, olvídalo. Aquí se bebe en tazas de publicidad barata y se agradece que esté caliente.

—Entonces, perfecto —dice, levantando su hermoso y gran cuerpo de mi cama, y yo siento frío en la piel que antes tocaba—. Eso es

justo lo que necesito.

Mientras recoge sus vaqueros del suelo para ponérselos, lo observo desde la cama. Una sensación nueva, la de que no me siento fuera de lugar en mi propia vida, se cuela en mi cuerpo. Siento vértigo.

Me levanto tras él y lo sigo hasta la cocina, después de pasar por el baño. Le rodeo la cintura por detrás, apoyando la barbilla en su hombro. Es un gesto pequeño, tierno, doméstico, que me estremece más que el sexo de anoche. Porque esto… esto se parece a una vida.

—¿Estás bien? —pregunta, en voz baja, asustado.

—Sí, es solo que, no estoy acostumbrada a esto —confieso—. A tener a alguien en la cocina. A despertarme con otra respiración junto a la mía —y recuerdo que Blake siempre se iba. Pensar en él me hace estremecer. ¡Qué equivocada estaba! Ha tenido que venir un *cowboy* para abrirme los ojos, y el corazón.

—Tampoco yo —dice, y noto su sonrisa contra mi cuello.

—Me asusta lo fácil que ha sido volver a tenerte aquí.

—¿Y eso es malo?

—Es peligroso.

El agua burbujea en la cafetera. Y yo, que llevo semanas sobreviviendo al día a día, empiezo a preguntarme si de verdad podría volver a vivir. Con él. Con un nosotros y todo lo que eso implica. Porque ahora ya no somos solo Megan y Travis. Ahora somos dos personas que han roto cosas por el camino, que han sangrado y que han mentido por miedo o por orgullo. ¿Cómo se reconstruye algo así?

—¿Qué vas a hacer hoy? —pregunta, y lo suelto para servirme una taza.

—Tengo una reunión por la tarde y por la mañana, creo que voy a trabajar desde casa. Me viene bien un respiro.

Él sonríe.

—¿Te parece si… me quedo un rato?

Lo miro por encima del borde de mi taza. Y no sé qué responder. Una parte de mí quiere decirle que sí, que se quede, que nunca más vuelva al aeropuerto sin mí. Pero otra, más cauta, más rota, solo susurra que esto aún no está decidido.

Entonces suena mi teléfono. Me tenso al ver el nombre de Emma tan temprano.

—¿Sí?

Su voz suena urgente al otro lado.

—Megan, tenemos un problema. Blake ha presentado una contrademanda.

Y, en ese instante, la tregua se rompe.

Capítulo 27

Travis

Manhattan no está hecho para gente como yo.

Ni por tamaño, ni por ruido, ni por las miradas. Sí, las miradas que no son descaradas, sino peor todavía: como si no entendieran qué hace un tipo con botas y camisa vaquera paseando por la Quinta Avenida. Pensaba que Nueva York es precisamente la ciudad en la que todo es posible y por cuyas calles puedes ver a la gente más estrafalaria sin que a nadie le llame la atención. Sin embargo, a mí me miran con curiosidad, me han preguntado si me había perdido e incluso si era actor. La última, en el ascensor, una señora bien vestida miró mis botas con un gesto de pena tan sincera que por poco le doy las gracias.

Pero no pienso cambiarme. No porque sea terco, que lo soy, sino porque no sé vestirme de otra forma. No sabría andar por la calle si no escuchara el roce de la suela de cuero contra el suelo. No me reconocería en el espejo sin esta ropa que define lo que soy. Un día entré en una tienda para probarme un traje de chaqueta y no, no es para mí.

Megan no dice nada cuando me ve así. Solo me mira y sonríe, como si ese fuera precisamente el problema. Que soy yo. Y eso, para ella, parece bastar.

A pesar de todo, siento que está preocupada por mí. Cada día trabajo desde su casa cuando ella se va y entonces no hay disimulo posible. Markus me pide que vaya cada vez que hay un problema. Es difícil dirigir una empresa como la mía desde el otro lado del país. Cuando vuelve Megan le digo que todo va bien, aunque no estoy

seguro de que lo crea. Además, odio estas mentirijillas, aunque sean piadosas, pero tampoco me atrevo a ser completamente sincero. Debo adaptarme, no hay nada más.

— Cariño —le digo una mañana—, he pensado que podemos comprar una casa más grande, que sea nueva y con jardín. ¿Qué te parece?

—¿Lo dices por las goteras o para no encontrarte conmigo por el pasillo? —bromea.

—Te mereces algo mejor y yo puedo pagar la casa de tus sueños. Además, yo necesito un despacho y tener algo de naturaleza cerca. Quizá en los Hamptons, o en la parte alta de Manhattan…

—En los Hamptons no, imagina tener que conducir cada día para trabajar. No. En el Upper, podemos ir mirando, pero no quiero que me pagues nada, Travis.

—No es mi intención.

Megan no lleva bien ser pareja de un hombre rico. Me lo ha dicho muchas veces, pero mi vida es muy sencilla. Trabajo y vivo sin problema gracias a mi dinero, no hay nada de malo en ello. Sin derrochar.

—Solo deseo que tengas la mejor vida posible. Te lo mereces, Meg. Si te hace ilusión un ático frente a Central Park, mañana lo busco. Si prefieres casa con jardín…, lo que sea.

—¿Y tú, con todo el dinero que tienes, no quieres un ático? ¿Tengo que quererlo yo?

—El lujo por el lujo no me llama la atención. Que mi madre tenga todo lo que necesita para una vejez tranquila, que mis trabajadores y animales estén bien, y ahora tú, todo eso me hace feliz. El dinero lo quiero para eso, para vivir mejor, no para presumir.

—A mí tampoco me hace falta el lujo, Travis.

Esta noche hemos celebrado que han vuelto a premiar mi carne. La empresa cada vez va mejor.

—En Willow Creek quieren hacer una fiesta. Me gustaría ir a celebrarlo con todo el equipo.

—Claro, cariño, cuando quieras. Eres un CEO maravilloso —me dice sentándose a horcajadas sobre mí. Me besa el cuello mientras habla—. Me gustó mucho lo que me contó mi madre.

—¿El qué? —Quiero saberlo, aunque mi cabeza está ya más en mi entrepierna que en sus palabras.

—Lo de que pudiste comprar las tierras a los granjeros pequeños y fincas como la de mi madre, pero en vez de eso, de dejar a toda esa gente sin trabajo y sin negocio, lo que haces es comprar lo que generan. Eres muy generoso dejando a cada familia con su legado.

—Solo quiero que nuestra tierra prospere.

Sus labios sobre los míos interrumpen la frase. Recibo su legua mientras con las manos empujo sus nalgas hacia mi cadera. Ella me desabrocha la camisa y yo le subo el vestido, que se saca por la cabeza. Sus pechos quedan frente a mi boca, me relamo y rozo los pezones apenas con la punta de la lengua. Adoro ver cómo se le erizan con ese pequeño gesto. Me excita. Sigo lamiéndole los pezones mientras me desabrocho los vaqueros y con un gesto torpe, levanto un poco el culo para bajarlos. Ella ríe como una niña pequeña en un balancín por el vaivén de mi movimiento. Aparto la tela que cubre su sexo y lo acaricio con mi dureza. Megan se eleva lo justo para que pueda penetrarla y, apoyando sus rodillas en el sofá, me encajo en ella. Rodea mi cabeza con los brazos, sus pechos bailan sobre mi cara, y sus caderas suben y bajan al ritmo que ella marca. Hoy la dejo hacer, me amoldo a su cavidad, a sus

movimientos que me sacan un jadeo tras otro. Con las manos le acaricio el clítoris y la abro más. Ella sigue moviéndose en un vaivén que me vuelve loco. Se arquea hacia atrás cuando un orgasmo la atraviesa. Yo la sigo segundos después. Tocamos el cielo y bajamos a la tierra con los cuerpos sudados y agotados. Me abraza sin que salga aún de ella.

—Te quiero —susurro en su oído.

—Te quiero —contesta bajito y en mi estómago siento esas mariposas que revolotean y me hacen sonreír como el niño más feliz del mundo.

Megan me pide que la acompañe al juicio contra Blake. La mañana de la vista me la paso fingiendo que estoy tranquilo. Ella cree que me preocupan las consecuencias para su carrera, pero no. Lo que me come por dentro es otro mensaje que me ha llegado de Willow Creek. Otro más. El contador del rancho, un viejo amigo de mi padre, quiere que regrese cuanto antes. Algo sobre unas inspecciones, una posible denuncia de unos vecinos del rancho de al lado que ya pertenece a otro pueblo, por un tema de permisos de agua. Pero lo dejo pasar. Ya me ocuparé. Ahora, Megan necesita que esté aquí.

Y la verdad, yo también necesito estar aquí.

Cuando entramos en la sala del juzgado, ella va derecha, con la barbilla alta y el traje impecable. Se sienta con Emma a un lado y sus asistentes al otro. Yo me quedo detrás, en el banco del público, retorciendo el sombrero en las manos como si fuera papel.

Blake ni siquiera se molesta en mirarnos. Está con su propio equipo de abogados, demasiado peinados, y demasiado seguros. Pero cuando Megan empieza a hablar, algo cambia. No levanta la voz. No dramatiza. Solo cuenta cómo fue el despido, cómo empezó todo y lo que vino después: el ambiente, las amenazas, la presión...

Y, sobre todo, el aborto. No como un argumento, sino como una verdad cruda e innegable.

El abogado de Blake intenta alegar que todo fue una invención y la machaca a preguntas traicioneras. Se basa en que la relación era consensuada y que no se había roto ninguna norma. Pero los documentos están ahí. Y entre ellos, una cláusula del reglamento interno de la empresa que prohíbe expresamente las relaciones jerárquicas sin ser comunicadas al departamento de Recursos Humanos.

Pero Blake nunca dijo nada a nadie. Porque, claro, él no se enamoró. Solo se creyó con derecho a jugar para su conveniencia.

Cuando la jueza dictamina a favor de Megan y le impone a Blake una multa por despido improcedente y una sanción económica adicional por incumplimiento grave de las políticas internas, siento que la respiración me vuelve al cuerpo. Megan aprieta la mano de Emma y yo, desde atrás, solo quiero ir a abrazarla.

—Lo has hecho —le digo, cuando salimos a la calle—. Has ganado.

—No es una victoria —responde—. Es solo justicia.

Pero sonríe. Y yo también.

Celebramos el veredicto en un bar pequeño en el Village de esos donde la gente bebe cerveza artesanal y hay luz tenue y música buena. Megan y Emma brindan con vino blanco, y los asistentes yo, con cerveza. Todos están felices con el éxito. Han trabajado muy bien.

Por un momento olvido los correos sin contestar y las llamadas que no devuelvo. Olvido que tengo una vida pendiente a mil millas de aquí, en una tierra donde el sol sale distinto y donde todos me conocen por mi nombre. Todavía no sé cómo resolver y aunar mis

dos vidas. Ni puedo desatender mi empresa, el legado de mi familia y la prosperidad de mi pueblo, ni quiero dejar a Megan.

Salimos del bar ya entrada la noche, con la brisa cálida en la cara y las luces reflejadas en los charcos. Megan me mira de reojo, con esa media sonrisa que nunca sé cómo interpretar.

Y entonces, se gira del todo, se planta delante de mí, y dice:

—Vámonos. Ha llegado el momento.

Me guiña un ojo que no sé interpretar. El corazón me da un vuelco. La ciudad desaparece y solo queda ella y su voz resonando en mis oídos.

—¿Vámonos… adónde?

Pero no responde. Solo camina hacia la esquina, segura, sin mirar atrás. Y yo, por supuesto, la sigo.

Capítulo 28

Megan

Elijo cada prenda con la misma precisión con la que he tomado esta decisión. No hay nada impulsivo en mi maleta, ni siquiera la bufanda amarilla que nunca me pongo, pero que él dijo que le gustaba porque me hacía brillar como el sol. Pero no lo hago por él. O no solo por él.

Porque, claro, tiene que ver con Travis. Con su forma de ver el mundo y la manera en que sus silencios no son vacíos, sino respeto. Tiene que ver con que me hace sentir que puedo ser yo sin disfrazarme de ejecutiva perfecta o de mujer invulnerable.

Pero tampoco es solo eso. Es por mí. Por lo que siento cuando estoy a su lado. Por lo que siento cuando no está cerca.

Además, llevo meses levantándome cada mañana con esa incomodidad sorda que no sé nombrar. Como si algo no encajara. No es tristeza, no es rabia. Es ese tipo de desgana que se instala poco a poco, como el polvo que se acumula en las esquinas de una vida que ya no te representa. Me gustaba mi trabajo. Al principio, cuando creía que podía hacer algo útil. Pero ahora paso los días atrapada en reuniones absurdas, discutiendo con directores de contenido que quieren disfrazar de feminismo una campaña para vender sujetadores *push-up* a chicas de quince años. Me pagan bien por dar forma a ideas vacías, por aplicar filtros bonitos a mensajes huecos. Yo ya no quiero hacer eso después de ahogarme entre gente en el metro, comer un sandwich de plástico y llegar a casa tan cansada que ya ni siquiera hago ejercicio. Travis trabaja en casa y se ocupa de todo porque yo llego sin energía para nada. Y sin tiempo.

También va de Blake. Ganar el juicio fue solo el último empujón. No quería irme sin solucionar el tema y cerrar esa etapa. Ver a Blake encogido en esa sala, escuchando cómo lo obligaban a indemnizarme por despido improcedente y por incumplir la política de relaciones internas, me dejó una sensación de justicia rara. No fue una victoria eufórica, sino una especie de cierre tranquilo. Un punto y aparte. Como si al fin pudiera dejar de cargar con una culpa que no me pertenecía.

Al salir del juicio miré a Travis. Caminaba a mi lado, con su americana mal planchada y el gesto serio. En sus ojos tenía esa ternura callada que me ha acompañado desde el primer día. Y mis sospechas tomaron fuerza: él no encaja en Manhattan.

Desde que llegó a Nueva York, no ha sido el mismo. Lo intenta y se esfuerza. Pero se le nota. La ropa lo incomoda. El ruido lo agota. La ciudad lo observa como si fuera un bicho raro, y él disimula, pero cada vez que lo miro, veo que se está apagando un poco más. Eso sin tener en cuenta que le agobia no atender la empresa desde primera fila. Creo que siente que la está dejando aunque no me lo diga para que no sienta culpa por estar aquí conmigo. Cuando mi trabajo no necesita que los dos pasemos por eso. No soy imprescindible, y él sí lo es en Willow Creek.

Allí, en su rancho, Travis tenía un brillo distinto. Hablaba poco, sí, pero con esa seguridad de quién sabe cuál es su lugar en el mundo. Aquí, parece desubicado. Como si estuviera traduciendo constantemente. Como si tuviera que justificarse por ser quien es.

Así que, tras pensarlo mucho, lo he decidido. Le he propuesto volver juntos, intentarlo allí. Quiero estar con él y eso me basta para empezar. Pero no de cero. No quiero desaparecer en un pueblo pequeño, ni encerrarme a esperar a que alguien me ame. No. Yo vuelvo, pero con un plan, con una idea que no me haga sentir enjaulada.

Vuelvo con un propósito claro. El rancho ya es un éxito. La carne que produce y comercializa Travis se ha hecho un hueco en el mercado gracias a Blue Media y, sobre todo, a la calidad del producto. Ha ganado premios y cada vez se demanda más. Pero no hay una estrategia sólida detrás. No hay una identidad de marca coherente, ni una comunicación que lo represente. Yo sé cómo construir eso desde dentro. Poner en marcha un departamento de marketing que esté a la altura de lo que ya es. Comunicar sin disfrazar y contar su historia sin adornos, pero con intención. Sé construir puentes entre lo invisible y lo real. Si lo he hecho para otros, ahora quiero hacerlo para algo que me importa. Para alguien que importa. Si Travis quiere llevarlo al siguiente nivel, puedo ayudarle a conseguirlo. Y si no lo quiere… al menos estaré donde quiero estar.

No se lo he contado hasta la cena de celebración del juicio. No quería presionarlo. No quería que pensara que lo hacía por compensar nada. Me he limitado a observarlo, a ver si era capaz de imaginarme una vida a su lado sin dejar de ser yo.

Y sí, puedo.

Cuando entregué la carta de renuncia en el trabajo, no hubo drama. Una parte de mí esperaba que me ofrecieran quedarme, pero nadie lo hizo. Lo tomé como una señal.

La despedida de Emma ha sido dura. Lo sabía. Lloramos en la cocina, abrazadas entre cajas. Ella se queda algunas de mis las plantas y una caja de libros. Me desea suerte con ternura y pena, porque lo hemos sido todo la una para la otra en Nueva York, la familia que una construye cuando tiene a los suyos lejos.

—Sabes que no te voy a pedir que te quedes, cariño. Nunca te he visto tan enamorada. Hazlo a tu manera, pero hazlo bien.

—Lo sé. Y tú siempre serás bienvenida en el rancho.

—Si no funciona —me dice al oído—, aquí tienes tu habitación, tus tazas feas, y tu cepillo de dientes.

—No voy a fracasar, Em —le aseguro—. Solo voy a probar. Me lo debo. Nos lo debemos.

Travis está abajo con los chicos de la empresa que hemos contratado para la mudanza. Me espera junto a la acera como un tipo de película antigua, apoyado en la puerta, sin saber si bajarse o esperarme de pie. Observo como cargan las últimas cajas y no digo nada. No hasta ver como la furgoneta se aleja del barrio después de comprobar con el conductor que tiene la dirección correcta. Nosotros viajaremos en avión. Damos un abrazo a Emma, y paramos un taxi para ir al aeropuerto.

—Megan… —su voz se ahoga un segundo—. ¿Estás segura? No tienes que hacer esto por mí.

—No lo hago por ti. Ya te lo he dicho, lo hago por mí, por nosotros. Porque tú viniste y lo intentaste. Ahora me toca a mí. Y si no funciona… volveré. Pero esto tenemos que probarlo. Nos lo debemos.

—No quiero que sientas que tienes que demostrarme nada.

—No es una prueba para ti —respondo—. Es una prueba para mí. Para saber si lo que siento por ti puede tener raíces. Si podemos construir algo que no se base en recuerdos ni en veranos pasados. Si juntos podemos hacer frente a lo que la vida nos traiga.

Él me mira con una expresión que interpreto como alivio y también con gratitud, tal vez. O esperanza.

—Quiero quedarme contigo, Travis. Pero sin dejar de ser yo. Y creo que eso… solo puede pasar allí. Donde tú sí eres tú.

—¿Y si no funciona?

—Entonces volveré. Pero me habré dado la oportunidad de saberlo. Y tú también.

El taxi se detiene en un semáforo. Travis se gira hacia mí, me acaricia el cuello con la yema de los dedos, muy despacio. Como si todavía no creyera que estoy aquí, diciendo esto.

—Esta es la última vez que te lo pregunto, lo prometo: ¿estás segura?

—Estoy lista y curiosa por lo que venga.

Se inclina. Me besa con la delicadeza de quien ha esperado mucho para volver a hacerlo. Y cuando me aparto un poco, con los labios rozándole la mejilla, le digo al oído:

—Tú solo llévame a casa.

Epílogo

Megan

Willow Creek está más bonito que nunca. Hay banderines de colores colgados de árbol a árbol, tarros de cristal con velas titilando sobre las mesas, y aroma a carne asada y a flores silvestres. La música country suena de fondo, hay bebida y comida para todos los que se han querido acercar a celebrar con nosotros y la alegría se nota en el ambiente. Además de nuestra familia, mi madre y mi hermano con su bebé, la madre de Travis y Winston con su novia, ha venido hasta Emma, que está encantada con la vida de campo, como dice ella. Creo que no aguantaría ni una semana aquí. El rancho está vestido de gala. Y yo también, aunque mis vaqueros favoritos sigan siendo lo que más me representa, hoy llevo un vestido blanco lencero, con botas y chaqueta vaquera.

Celebramos que la carne de Willow Creek ha sido elegida la mejor de Estados Unidos por segundo año consecutivo. Durante los últimos meses ha venido gente de todo el país, incluso de fuera, para interesarse por cómo lo hace. Quieren saber cómo cuida Travis a su ganado y cómo consigue que cada pieza tenga ese sabor inconfundible. Y yo, que ya sabía que era el mejor, me limito a disfrutar de verlo brillar.

Aunque él, con su camisa blanca arremangada y ese gesto sereno de siempre, parece no enterarse. Le incomodan los focos. Pero su mirada me busca entre la multitud. Y cuando empieza a sonar *Islands in the Stream*, de Dolly Parton, se abre paso entre la gente hasta llegar a mí.

—¿Bailas?

Le doy la mano sin dudar. Apoya su palma en mi cintura, y mi mano en su hombro encaja como si hubiéramos ensayado este baile toda la vida. Me guía despacio, al ritmo de esa canción que bailamos cuando éramos unos quinceañeros, escondidos en el establo.

Travis me canta al oído:

Islands in the stream
That is what we are
No one in between
How can we be wrong?

(Islas en la corriente
Eso es lo que somos
Nadie entre nosotros
¿Cómo podríamos estar equivocados?)

Yo le sigo con voz baja, emocionada:

Sail away with me
To another world
And we rely on each other, ah ha
From one lover to another, ah ha

(Navega conmigo
Hacia otro mundo
Y confiamos el uno en el otro, ah ja
De un amante a otro, ah ja)

Estamos tan cerca, tan ajenos a todo lo que nos rodea, que culminamos el baile con un beso. La gente aplaude y lanza vítores cuando nos ve. Nos separamos entre risas, algo sonrojados, como si fuéramos adolescentes. La verdad es que en el fondo, lo somos. Adolescentes que al fin se han encontrado sin miedo.

Markus avisa a Travis de que es la hora de su discurso. Mi chico sube al pequeño escenario improvisado en medio de la explanada,

toma el micrófono con esa humildad tan propia de él y el orgullo que no le cabe en el pecho.

Cuando coge el micrófono, hay un murmullo de respeto. Hasta los niños dejan de corretear.

—Gracias —dice, carraspeando. Está guapísimo y ahora mismo desearía que no hubiera nadie para meternos desnudos en el establo —. A todos los que habéis venido. A los que estáis aquí desde siempre, y a los que habéis llegado hace poco y ya sois parte del alma de este lugar.

Hace una pausa y me mira. Ardo por dentro con esa llama que me enciende cada vez que lo hace.

—Cuando me dijeron que la carne de nuestro rancho había sido elegida la mejor de Estados Unidos…, otra vez, pensé que se habían confundido. Porque aquí no tenemos grandes fábricas, ni laboratorios, ni fórmulas mágicas. Tenemos pasto, silencio, buenas reses y trabajo de sol a sol.

Se escuchan murmullos de aprobación entre los ganaderos del pueblo.

—Pero resulta que eso es precisamente lo que importa. Lo que marca la diferencia. Y yo no lo habría conseguido sin mi gente. Sin el equipo que me acompaña cada día: cuidando, escuchando a los animales, respetando los ciclos… Y sin la comunidad de Cedar Valley, que siempre me apoya, que aparece cuando más se necesita y que celebra con el corazón.

Levanta el rostro. Noto que la mandíbula le tiembla ligeramente. Sé que está conteniéndose.

—Gracias por confiar en lo que hacemos. Por creer que la calidad no está reñida con la tradición. Y por dar valor a la tierra, a los

tiempos lentos y a los oficios que no salen en las revistas de emprendedores.

—Y gracias a Megan —dice, con una sonrisa tan cálida que me derrite desde dentro—. Por recordarme que lo que hacemos importa. Que cuidar la tierra también puede ser amar.

Me llevo una mano al pecho, como si el corazón necesitara espacio. Y el aplauso que estalla entonces no tiene nada de formal. Es visceral. Real. Como si todo el pueblo supiera que no solo estamos celebrando un premio, sino algo más grande.

Algo que empieza hoy.

Me hace una señal para que suba. Me toma de la mano y vuelve a tirar suavemente de mí. Yo sonrío nerviosa porque la sorpresa que vamos a dar los va a dejar de piedra.

—Pero, hoy no solo celebramos un premio —añade Travis—. También celebramos que los sueños a veces se cumplen.

La gente enmudece un segundo. Y luego, estalla en gritos cuando ven aparecer al juez de paz del pueblo con una carpeta en la mano.

—¿Esto es una boda? —grita Emma.

—Esto es una boda —confirmamos los dos.

Los vaqueros lanzan los sombreros al aire, Emma grita de emoción, mi madre llora. Y yo solo puedo reír. Reír y decir que sí. Que claro que sí quiero.

Nos casamos allí mismo, entre risas, aplausos, olor a leña y aire del campo. Sin vestido de novia, con un ramo silvestre que tenía escondido cerca de la tarima, rodeados de la gente que queremos y con amor, mucho amor.

Más tarde, cuando el rancho duerme y todos han regresado a sus casas, nos retiramos también. La habitación está iluminada apenas por la luz de la luna. Travis me desviste con una calma reverente. Yo le quito la camisa y me maravillo, como siempre, de todo lo que es, de ese cuerpo que me lo da todo cada vez que me toca.

Hacemos el amor por primera vez como casados, con calma, como si quisiéramos grabarnos la piel con la memoria del otro. Sus manos me conocen y, aun así, exploran cada rincón, con cariño, casi que con devoción. Mis besos responden a los suyos. Vuelve a cantarme bajito junto al lóbulo de la oreja. Eso me excita tanto que ya me noto húmeda. Le miro a los ojos y veo su deseo, así que busco su boca para satisfacer esa pasión que nos está consumiendo a los dos. Travis rodea mis pechos con las manos, luego pellizca mis pezones, y sin dejar de acariciarme, acerca su sexo al mío y me roza con él. Deslizo la punta de mi lengua por sus labios, lo saboreo, y él me la atrapa para besarme con avidez. Yo me froto contra él porque mi deseo me está matando. Él se separa apenas de mí, mira hacia abajo y se relame al ver mi pubis brillante, hinchado, esperándolo. Se coloca entre mis piernas, que abro para él, y pasa la lengua entre mis pliegues. Lame y muerde, también me besa y me chupa el clítoris con decisión mientras yo gruño de gusto. Muevo mi cadera hacia su cara, necesito más. Se alza, quedándose de rodillas frente a mí. Su pene luce brillante, duro y él lo agita preparándolo para mí. Roza mi clítoris con él. Trato de levantarme un poco para alcanzar su boca, pero él me pone una mano en el pecho para que no lo haga. En esa postura, se inclina brevemente y, de una estocada, se hunde en mí. Dios, ¡es una sensación tan deliciosa y dura a la vez! Empieza a mecerse despacio, sosteniendo mi mirada, y poco a poco se balancea más rápido hasta hacerme perder el sentido. Soy todo placer, todo electricidad sucumbiendo al éxtasis que me provoca Travis. El ritmo crece, yo me contraigo, y él se deshace en un gemido celestial.

Se tumba a mi lado. Me giro para abrazarme a él, desnuda y rendida, y le susurro al oído:

—Tengo tu regalo de boda.

—¿Cómo dices? ¿Qué puede haber mejor que esto?

—No sé si es mejor, pero nos va a cambiar la vida. Travis, estoy embarazada.

Su cuerpo se queda quieto.

—Esta vez —añado—, no lo voy a perder.

Me abraza más fuerte, me besa la frente y, con un leve temblor en la voz, me dice:

—No lo perderemos. Por mi vida, que este bebé nacerá. Te quiero muchísimo, Megan.

Cierro los ojos, sonrío y me duermo con el corazón en paz.

Porque esta vez, todo empieza de verdad.

Gracias

por leer mis novelas y sumergirte conmigo en mundos de pasión y amor.

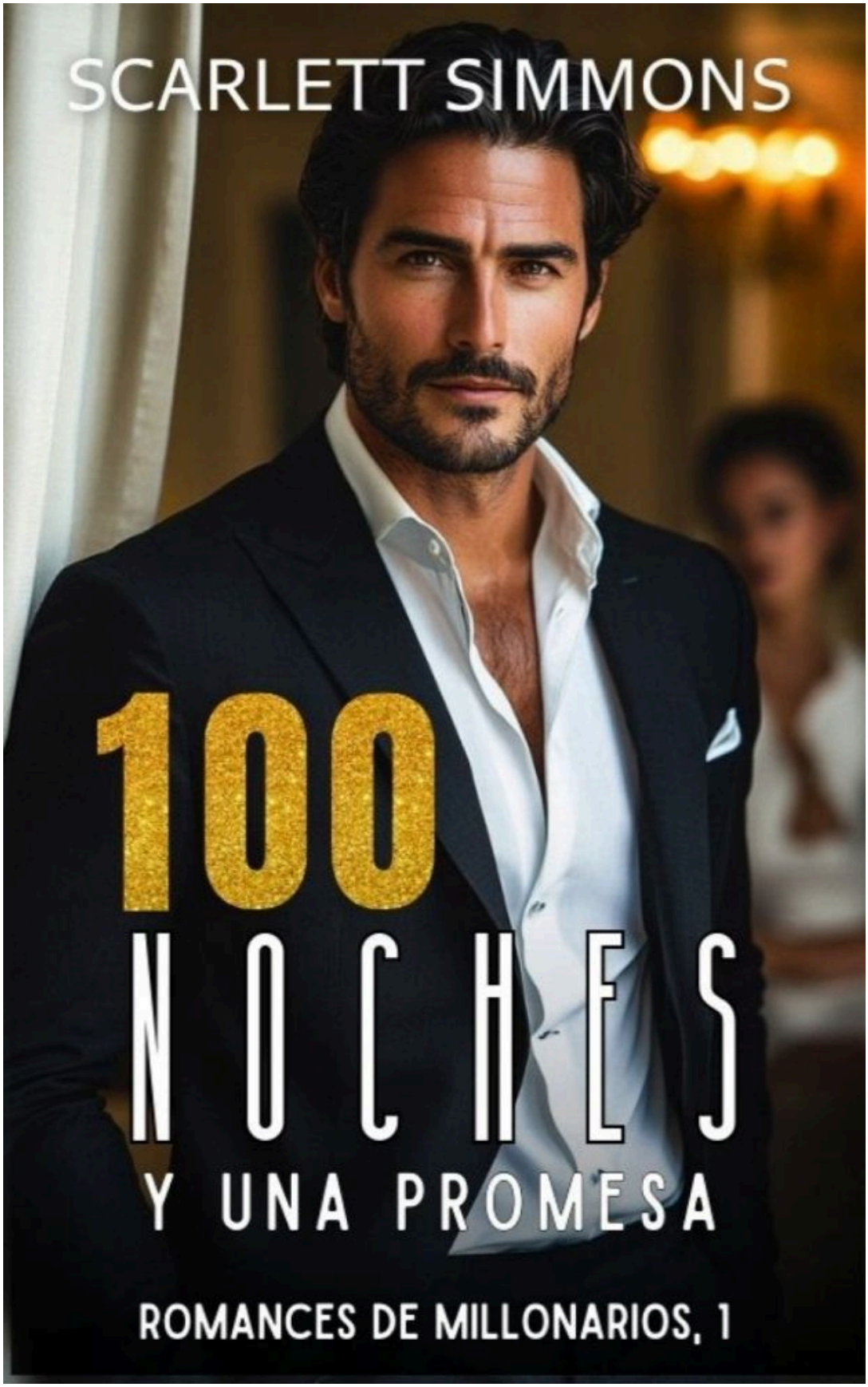
Si te ha gustado, te agradecería que apoyaras mi trabajo con una reseña en Amazon, entrando en este QR:

También puedes seguirme en Facebook



NO TE VAYAS TODAVÍA…

¿Conoces la primera novela de la serie Romance de Millonarios? Te dejo con *Cien noches y una promesa* (autoconclusivas e independientes):


SCARLETT SIMMONS
100
NOCHES
Y UNA PROMESA
ROMANCES DE MILLONARIOS, 1

PROLOGO
VALERIA

Esta noche no soy una mujer de negocios, me repito mirándome en el espejo del hotel en el que pasaré la noche en Milán, donde acabo de aterrizar, antes de ir mañana al Lago Como a trabajar.

Esta noche no soy la auditora que ha trabajado durante años para llegar a donde está y que se ha ganado un contrato muy reñido. Esta noche voy a disfrutar de la vida nocturna italiana y quitarme los nervios que no me dejan dormir. Mañana será un día importante cuando se celebre la reunión con un magnate hotelero que quiere expandir su *resort* en el Lago de Como, y quiero llegar relajada.

Esta noche, solo quiero divertirme.

Y, como que me llamo Valeria, me lo voy a permitir.

En el hotel me recomiendan un bar que tiene la atmósfera perfecta para perderse en él sin ser vista. Las luces son tan suaves que dejan rincones oscuros, la música de jazz es muy sensual, la pared detrás de la barra está llena de botellas de licor y las copas de cristal reflejan el destello de las velas. No es un sitio turístico ni una discoteca ruidosa. Es un lugar íntimo, selecto, casi secreto. El sitio que busco en el que las miradas se encuentran y la posibilidad de no pasar la noche sola es prometedora.

Aunque me había prometido que no lo haría. Que esta vez, en este viaje, me centraría solo en el trabajo. Que no me dejaría tentar por mis propios pensamientos que me incitan a buscar compañía cuando mi trabajo me obliga a pasar la noche fuera de casa.

Soy débil. Y estoy nerviosa. No siempre se tiene la oportunidad de trabajar con un magnate, rico, poderoso, con fama de implacable y que lleva años en el negocio hotelero. Si no me divierto hoy, tal vez

pasará tiempo hasta que tenga una noche libre. Solo para mí y mis deseos de vivir el aquí y el ahora pase lo que pase.

El bar tiene ese aire exclusivo que solo los habituales reconocen. No es un lugar ruidoso ni caótico, sino un rincón cuidadosamente escondido en el corazón de Milán, en una calle adoquinada que respira historia, con edificios de arquitectura clásica y faroles que desprenden una luz cálida y misteriosa. No es el tipo de sitio al que uno entra por casualidad. Aquí, las miradas se cruzan sin urgencia, los silencios no pesan y el ambiente, elegante e íntimo, invita a observar sin prisa, a dejarse llevar por la magia sutil de lo que puede suceder cuando dos personas se atraen.

Recorro el lugar con la mirada mientras espero la copa que he pedido al camarero. Al otro lado, alguien hace lo mismo, concentrado en su pedido. Apenas un movimiento, un giro casual de la cabeza, y su mirada se cruza con la mía. Breve, precisa. Un reconocimiento que no necesita más que un segundo para saber qué intención tenemos los dos.

No sé cuál de los dos encuentra antes al otro, pero cuando nuestras miradas se cruzan, ya sé que él será mi objetivo. Es el tipo de hombre que no se olvida. Alto. Moreno. Con una mandíbula cincelada y barba incipiente. Está sentado en un rincón, al otro lado de la barra, con una copa de whisky en la mano y apoyado en la pared con la actitud del que no necesita hacer un gran esfuerzo por conseguir lo que quiere. Como yo, que no me pienso acercar a él. Si le gusto, tendrá que hacer el primer movimiento.

Lo observo con disimulo, evaluando mis opciones. Por experiencia creo que no es un hombre que se esfuerce en destacar. Pero destaca. Y lo peor es que lo sabe. Mi instinto me dice que es un problema, el tipo de hombre con el que una mujer inteligente no debería medirse. Pero no estoy aquí para ser inteligente. Al menos no esta noche, en la que solo soy Valeria y quiero divertirme.

He llegado hasta el bar porque solo quiero olvidar las presiones, los plazos de entrega, los clientes exigentes y la maldita sensación de que mi vida es solo una cadena de responsabilidades sin un respiro.

Esta noche quiero jugar con fuego. Eso es lo que me pide el cuerpo: una escapatoria a mi vida organizada por el trabajo.

El hombre que me está observando desde el otro lado del bar parece el incendio perfecto. Sus dedos juegan con el borde de su copa de whisky mientras yo observo. Bajo la vista a mi copa y me muerdo el labio, porque el calor que me provoca su simple presencia es suficiente para que ceda a cualquier proposición que me haga.

Levanto mi copa, apoyo los labios sobre ella con delicadeza para dar un sorbo lento, sensual, y la dejo en la mesa con un movimiento pausado del brazo que, al separarlo del cuerpo, deja caer uno de los tirantes de mi vestido. Aunque la sutileza no es mi punto fuerte, parece que él ya ha captado el mensaje.

Me sonríe. Es un leve movimiento en la comisura de sus labios, apenas perceptible, pero suficiente para hacerme estremecer. Tengo un nudo en el estómago, una vocecita interna que me dice que estoy loca, y una humedad entre mis piernas que no puedo ni debo malgastar.

Él no aparta la vista ni un momento. Me fuerzo por no desviar la mía, a pesar de los nervios. Parecemos dos jugadores de póker en plena partida, en la que ninguno está dispuesto a ceder terreno, ni a dar el primer paso hacia la victoria o hacia la derrota. Hasta ahora. Veo que él se mueve primero y la idea de que no venga hacia mí cruza por mi mente. Tal vez solo haya venido a tomar una copa y ya quiera marcharse.

Se pone en pie con calma. Siento que su elegancia es natural, y que le rodea un aura de poder en cada paso. Tiene pinta de ser un

portento en la cama. Lo observo con disimulo, fascinada por ese traje oscuro que se ajusta con precisión a su cuerpo.

Mi pulso se acelera cuando avanza con decisión. No se desvía, no mira a ninguna otra mujer, no se detiene en otra mesa. Su destino soy yo.

Mi estómago se tensa con anticipación cuando se inclina ligeramente, lo bastante cerca para que su fragancia masculina y seductora, con tonos de bergamota y cítricos, me alcance.

—No eres de aquí —afirma. Su voz es profunda, con un acento italiano tan suave como peligroso.

—¿Eso es un problema?

Su sonrisa se amplía, lenta, deliberada.

— Depende.

—¿De qué?

Él inclina la cabeza levemente, evaluándome con una mirada intensa.

—De si me aceptas una copa o solo quieres que sigamos mirándonos desde la distancia.

Suelto una risa baja. El tío es bueno en esto. Pero yo también.

—Me gusta cómo piensas.

Levanto la mano y llamo al camarero.

— Otra ronda. Para los dos.

Él arquea una ceja, intrigado. Señala el sitio que hay junto a mí en el sofá, como pidiendo permiso para sentarse, que le concedo con

un leve cabeceo y una sonrisa.

— Así que no te asusta tomar la iniciativa.

— ¿Por qué habría de asustarme?

Él sonríe de nuevo, pero esta vez hay un brillo en su mirada. Siento que he superado alguna prueba de la que no era consciente. En ese momento, sé que esta noche va a terminar de una sola manera. La manera que he venido a buscar a este bar.

No sé cómo he llegado aquí.

O mejor dicho, sé exactamente cómo fue.

Cuando me besó en la mano y luego sus labios se acercaron a mi oreja sin llegar a tocar mi piel, acabé de convencerme de que él era el destino de mi deseo. Bebimos las copas sin preguntas mientras con la mano acariciaba mi muslo debajo de mi vestido hasta encontrar el encaje que apenas cubría mi sexo. Sus dedos jugaron con la tela, empapados de mí, y yo ahogué un jadeo que tragué junto con el gintonic. Después, una invitación a su apartamento que acepté. Su boca en la mía antes de llegar al ascensor. El aliento caliente acariciando mi oído, cuando susurró algo en italiano que no entendí… pero que me hizo arder por dentro.

Sus manos en mi cintura, deslizándose bajo mi vestido con la impaciencia de alguien que lleva horas conteniéndose. Al cerrar la puerta, mi vestido cayó al suelo y, apoyándome contra la pared, me lamió los pezones y siguió bajando hasta mi vértice. En un movimiento, me alzó por las nalgas y enterró la cabeza entre mis piernas. Besó, lamió, succionó a placer, el suyo y el mío, hasta que me corrí casi de inmediato.

El desconocido me llevó a la cama en volandas. Una vez allí, me besó con furia y le respondí con pasión, mientras se pegaba tanto a

mis caderas que sentía su protuberancia rozando mi vientre. Me faltaba el aliento. Él se separó levemente y ví sus labios hinchados, como debían de estar los míos. Susurró palabras en italiano que no alcancé a entender, pero no hacía falta porque el olor del deseo hablaba por sí solo. Me penetró y mis uñas se clavaron en su espalda de gusto. Sus movimientos se aceleraron y me enloquecieron a la vez.

Y ahora estoy en un apartamento desconocido en el centro de Milán, mientras sus labios están recorriendo mi piel con un fervor que roza la adoración.

Mis sentidos están embotados. Todo huele a él. La habitación tiene un ligero aroma a sábanas limpias y whisky. Pero sobre todo, huele a deseo.

Él me tumba en la cama con movimientos seguros, pero no hay prisa en sus gestos. Es un hombre que disfruta cada segundo.

— No tienes idea de lo hermosa que eres. —Su voz baja y ronca aumenta mi deseo.

Sus manos me recorren con calma, explorando, trazando un camino por mi piel desnuda con la precisión de alguien que quiere memorizar cada rincón.

Es un pecado lo que hace con su boca. Me besa, me acaricia y susurra contra mi piel hasta llevarme al abismo. Cierro los ojos y me dejo llevar.

Esta noche aún no ha pasado. No hay futuro. Solo este momento.

Su aliento caliente se desliza por mi cuello y mi clavícula, sigue por el estómago erizando mi piel y se para al llegar al ombligo.

—Dime que me deseas tanto como yo te deseo a ti.

No lo digo. Porque no es necesario hacerlo. Mi cuerpo ya lo ha dicho todo.

—Dios, no pares… —jadeo cuando sus labios trazan un camino de fuego sobre mi piel.

Clavo las uñas en sus hombros. Él gruñe contra mi boca. Es un sonido profundo, salvaje, masculino.

Y entonces me pierdo por completo en él, otra vez.

Cuando abro los ojos, la luz del amanecer se cuela por una de las ventanas.

Y él ya no está.

Me incorporo lentamente, con el cuerpo aún embriagado por la noche anterior y su olor impregnado en mi piel. El lado de la cama donde él durmió sigue caliente. Pero no hay ni rastro de su cuerpo.

Me levanto envuelta en la sábana y miro la mesa, la isla de la cocina… Nada. No ha dejado ni una nota.

Absolutamente nada.

Solo el recuerdo de lo que vivimos durante la noche.

Y está bien.

Porque fue solo una noche y salí para esto. No le voy a reprochar el silencio de su marcha porque he obtenido lo que quería, solo un cuerpo apasionado sin nombre.

En cuanto me duche y me recomponga en el hotel, volveré a ser Valeria Esteve, una auditora financiera implacable. Una profesional seria y una mujer independiente.

Y después, me incorporaré al trabajo y me olvidaré de esta locura.

Aunque el peligro reconozco que me pone, sé que nunca volveré a encontrar al hombre más atractivo que he visto en mi vida. Sin duda va a ser un polvo difícil de olvidar, pero no pasa nada porque he conseguido mi objetivo: ya no estoy nerviosa. Estoy satisfecha y relajada. Lista y con energía para mi próximo trabajo.

CAPÍTULO 1

VALERIA

El coche avanza con suavidad por la carretera estrecha que bordea el lago Como, serpenteando entre colinas verdes y magníficas villas de piedra con tejados de terracota. A mi izquierda, el agua reluce bajo el sol de la mañana, reflejando destellos color plata y azulados, tan serena que parece una lámina de cristal. Si no estuviera tan agotada, probablemente me detendría a admirar las vistas.

Pero mi cabeza está en otro lugar. O mejor dicho, en otro momento.

El recuerdo de anoche sigue aferrado a mi piel como el rastro invisible de un incendio. Lo que debió de ser un encuentro casual, una distracción sin importancia, se ha convertido en un eco persistente en mi mente. Cierro los ojos un instante y lo veo otra vez.

Sus manos recorriendo mi cuerpo con la paciencia de alguien que sabe exactamente lo que hace. Su boca explorando cada rincón de mi piel con una mezcla de deseo y devoción. Su voz grave susurrando palabras en italiano que no entendí del todo, pero que quedaron grabadas en mi memoria como un conjuro.

Un escalofrío me recorre la espalda, obligándome a apartar esos pensamientos. No fue nada. Solo una noche. Una decisión impulsiva que no tiene cabida en mi vida. Hoy empiezo uno de los proyectos más importantes de mi carrera, y necesito estar completamente concentrada.

El coche toma el camino que lleva al Hotel Velasco Como, y cuando cruzamos la entrada principal, un edificio de piedra blanca emerge imponente entre los jardines. La arquitectura es una mezcla perfecta entre la opulencia clásica y la elegancia contemporánea. Columnas esculpidas en mármol enmarcan la fachada, mientras balcones de hierro forjado se asoman sobre los jardines en niveles escalonados.

Más allá, una terraza con vistas al lago se extiende en un semicírculo perfecto, flanqueada por hileras de cipreses.

Respiro hondo mientras el coche se detiene frente a la entrada. No es solo un hotel. Es un mundo aparte, un refugio de lujo y exclusividad que promete a sus huéspedes una experiencia sin igual.

El aparcacoches se acerca rápidamente para abrirme la puerta. Salgo con calma, ajustándome el traje de chaqueta de lino color crema que elegí para la ocasión. Es elegante y cómodo para viajar, lo suficientemente profesional sin ser demasiado serio. Llevo sandalias de tacón bajo y el pelo recogido en una coleta. La imagen perfecta de una mujer de negocios segura de sí misma.

Al menos, en apariencia. Porque por dentro, aún siento el eco de la noche anterior latiendo dentro de mí.

Me aliso la falda con un gesto automático y me dirijo hacia la entrada. La brisa que viene del lago trae consigo un aroma sutil a lavanda y jazmín, mezclado con el frescor del agua. El sonido de una fuente cercana llena el aire con su murmullo constante que invita a la calma.

Cuando atravieso las puertas de cristal del salón, una sensación extraña se instala en mi pecho.

No sé qué es. No es ansiedad, ni miedo. Tampoco es nerviosismo. Es…, como si algo me estuviera esperando. Pero eso no tiene sentido. Me relajo pensando que es la importancia del trabajo lo que me provoca esa sensación y la necesidad de estar a la altura de la confianza que me han otorgado mis jefes.

El interior del hotel es aún más impresionante. Mármol pulido en tonos crema y dorado cubre el suelo, que refleja la luz que entra a través de los ventanales. Lámparas de araña cuelgan del techo alto, esparciendo un resplandor cálido que da a todo el espacio una sensación de lujo atemporal. Un piano de cola descansa en un rincón,

y el sonido lejano de la música en vivo flota en el aire, suave y envolvente.

Los huéspedes se mueven con la elegancia relajada de quienes están acostumbrados a este tipo de escenarios. Parejas de mediana edad con joyas discretas, pero evidentemente costosas, hombres de traje con relojes que valen lo mismo que un apartamento, mujeres con vestidos de seda que se deslizan sobre el suelo como si flotaran.

Camino con paso seguro hacia la recepción, sosteniendo mi bolso con firmeza. Mi intención es entrar, hacer mi trabajo y salir con la misma eficiencia con la que he manejado cada encargo importante en mi carrera.

Un escalofrío me recorre la nuca, súbito, certero. No es paranoia, ni un pensamiento que me sugestione. Es real, una presión sutil, invisible, pero inconfundible. La certeza de una mirada fija, de unos ojos que no se apartan de mí. Un instinto primario que se despierta sin necesidad de pruebas y que me ha salvado de muchas situaciones.

Respiro hondo y disimulo la tentación de girarme. En lugar de eso, me detengo frente al mostrador de mármol, donde una recepcionista de sonrisa profesional me atiende con diligencia.

—Buenos días. Tengo una reunión con el señor Velasco. Mi nombre es Valeria Esteve.

La mujer sonríe y marca un número en el teléfono con rapidez.

—Un momento, por favor, señorita Esteve. El señor Velasco la recibirá en su despacho en unos minutos. Nosotros nos encargamos de su equipaje.

Inclino la cabeza en agradecimiento y me giro levemente, para observar el vestíbulo mientras, en realidad, intento identificar de dónde viene esa sensación. Miro hacia la zona del bar, donde algunos

huéspedes disfrutan de café y cócteles matutinos. No veo nada fuera de lo normal. Luego, me giro hacia la escalera principal que lleva al primer piso, donde un par de empleados suben con carpetas en la mano.

Nada.

Quizá solo sean imaginaciones mías. O que el cansancio, el desvelo, la falta de sueño debilita mis sentidos. Tal vez…

Pero entonces lo veo. Es un instante fugaz, una imagen que capto en un segundo y que lo explica todo. Ahí está él, junto a la barandilla del primer piso del hotel, de espaldas, con un traje oscuro que le queda demasiado bien para pasar desapercibido. Alto, seguro, con los hombros anchos y una postura relajada, como si el mundo girara a su ritmo. Podría ser cualquiera. Pero no lo es.

No sé cómo lo sé. No veo su rostro, pero mi sexto sentido nunca me ha fallado. No hay ninguna razón para que mi pecho se tense, para que mi respiración se altere, para que mi piel se estremezca con la misma sensación que experimenté anoche cuando él me tocaba.

Lo sé. No hay dudas, no hay necesidad de confirmaciones, porque, justo cuando mi mente empieza a encajar las piezas, la figura se mueve. Apenas un giro, un leve cambio de posición, como si él también hubiera notado mi mirada. Y entonces, por fin, lo veo por completo.

El cabello oscuro. La línea afilada de su mandíbula. Los mismos ojos que me devoraron anoche en un apartamento de Milán. Los mismos labios que susurraban palabras en italiano entre gemidos. El hombre con el que pasé la noche. El mismo al que no debía volver a ver.

El aire se tensa un segundo, atrapado en la certeza de lo inevitable. Y justo entonces, la recepcionista cuelga el teléfono y me

dedica una sonrisa cortés, ajena al torbellino que se desata en mi interior.

—El señor Velasco la recibirá ahora.

Me quedo sin respiración. No puedo ni parpadear. Solo siento el golpe de la realidad derrumbándose sobre mí y unas irresistibles ganas de correr. Porque ya no necesito ninguna confirmación. No hace falta que él baje las escaleras ni que venga a confirmarlo. Porque ya lo sé.

El hombre con el que pasé la noche en Milán…, es mi cliente.

Y lo peor de todo es que él ahora también lo sabe.

*****

Sigue leyendo:

